CLARA ANN SIMONS



SILVER PEAKS

HERMANAS MERRIWEATHER LIBRO 1

Silver Peaks

Hermanas Merriweather libro 1

Clara Ann Simons

Silver Peaks
Clara Ann Simons

Copyright © 2024 por Clara Ann Simons.
Todos los Derechos Reservados.
Registrado el 09/12/2024

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.
Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.
La portada aparece a afectos ilustrativos, cualquier persona que aparezca es una modelo y no guarda ninguna relación en absoluto con el contenido del libro, con su autora, ni con ninguno de los protagonistas.
Para más información, o si quieres saber sobre nuevas publicaciones, por favor contactar vía correo electrónico en claraannsimons@gmail.com

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

CAPÍTULO 1

Harper

Finjo estar muy ocupada.

Pretendo revisar unos papeles en mi oficina secundaria, cerca del edificio donde vendemos los *forfaits* y alquilamos los equipos de esquí.

En realidad, no es más que una excusa para observar a Julie Winter salir de su tienda y dar la vuelta al letrero de cerrado a abierto. Cada vez que la veo, siento una extraña añoranza que pone en peligro la imagen de mujer fría que tanto me ha costado tejer.

Lo intento, pero de manera inevitable, se cuelan en mi memoria aquellos larguísimos veranos cuando era poco más que una niña. Los años en los que mi familia comenzó a escaparse del sofocante calor de Denver para pasar un mes en el antiguo resort de Silver Peaks en Montana. El dueño anterior era un buen amigo de mi padre. Conociéndole, sospecho que le ayudaba a mantenerse a flote a base de consejos gratuitos y probablemente algo de dinero, aunque esto último nunca lo quiso admitir.

Mis hermanas y yo fuimos felices en este lugar. A veces, también veníamos en invierno, en Navidades, aunque mis padres solían preferir alguno de los resorts de nuestra propiedad en Colorado o Los Alpes Suizos. Julie y yo fuimos inseparables desde los doce hasta más o menos, los veinticuatro años. Pasé más horas de las que puedo contar en la tienda de su abuela mientras mis hermanas correteaban por el pueblo. Esa forma que tenía de reírse de manera despreocupada, el aroma a canela de las cenizas en polvo que usaban para cubrir el vidrio, permanece tan vívido ahora como en aquellos años.

Incluso después de que mi madre nos dejara cuando yo tenía diecisiete años, destrozando los cimientos de nuestra familia, seguí regresando cada verano. En la universidad, evitaba viajar a Europa con el resto de la familia. Le decía a mi padre que era la magia del pueblo lo que me atraía, pero en realidad, era Julie quien me hacía volver año tras año. Suerte que mi hermana River me guardaba el secreto.

Más tarde, cuando me hice cargo de los negocios familiares, el tiempo y la distancia nos fueron separando. Hace tres años, me enteré de que el resort de Silver Peaks estaba en venta, incluyendo el hotel y las pistas de esquí. Pensé que el destino me echaba una mano. Era una oportunidad de salvar al pueblo y al mismo tiempo intentar construir un futuro con Julie. Nos

había imaginado trabajando codo a codo, insuflando nueva vida a Silver Peaks mientras compartíamos días de felicidad y noches de pasión.

Pero estaba solo en mi imaginación.

River se encarga de recordármelo casi a diario. Mi empeño por comprar la estación de esquí tan solo consiguió levantar un muro entre nosotras que nunca lograré derribar.

Para Julie, ahora no soy más que una capitalista cuyo único objetivo es acrecentar la fortuna familiar a cualquier precio. Ella ve mis planes de expansión como una amenaza para el carácter único del pueblo, para el legado de su familia y del resto de los dueños de las pequeñas tiendas. Nuestra amistad se volvió tensa, llena de silencios incómodos y acusaciones. Ya no quedaba nada del vínculo casi mágico que un día existió entre nosotras.

El suave clic de la puerta me saca de mis pensamientos y me devuelve a la realidad. Me giro despacio y observo a mi hermana River con un termo de café. Sus ojos azules, tan diferentes del color avellana que compartimos el resto de las hermanas Merriweather, brillan con una expresión extraña.

—¡Límpiate esas babas, anda! —bromea, dejando el termo sobre mi escritorio.

Mira a través de la ventana y sonríe.

—Sabes que es un poco perturbador que te dediques cada mañana a espiarla, ¿verdad? Tarde o temprano la gente empezará a hablar. Eso sin contar con que si Julie se entera de que la espías se acabará cualquier posibilidad de llevártela a la cama.

—No quiero llevármela a la cama, quiero…

Yo misma me interrumpo, me da demasiado miedo pronunciar esas palabras.

—Ya, bueno, sabes lo que quiero decir —indica, poniendo los ojos en blanco con un gesto dramático—. Además, a mí me queda más lejos que tu despacho del edificio principal.

—Nada te obliga a traerme café por las mañanas. Hay una cafetería en la esquina —gruño, aunque sé que tiene algo con la chica que alquila los esquís y el café es solo una excusa.

—El café de Dory es una basura requemada. Te quejas cada vez que lo bebes. Bueno, ¿cómo van las cosas con Julie? ¿Algún progreso? —inquiere, sentándose sobre la mesa de mi despacho.

—No —suspiro—. Cada vez que intento hablar con ella de algo que no sea asuntos del pueblo, se cierra. Es como si hubiese una barrera invisible entre nosotras.

—¿Has pensado alguna vez en decirle lo que sientes por ella? No sé, es una idea, ¿eh? Me parece algo sencillo —ironiza.

—No es tan simple, River.

—¿Qué no es tan simple? La verdad es que no lo entiendo. En las reuniones, en la sala de juntas, cualquier cosa que tenga que ver con los negocios, das un miedo que te cagas. Todo el mundo piensa que eres la mujer más decidida del universo. Luego, te da pánico decirle a tu novia imaginaria que estás enamorada desde la primera vez que la viste.

Apenas la escucho, demasiado concentrada en mirar por la ventana. Julie está ahora arreglando el escaparate de su tienda, colocando las esculturas de vidrio con precisión.

—Estoy preocupada por ella y por la tienda. Es obvio que está pasando por dificultades económicas, pero nunca aceptaría mi ayuda.

—Tal vez no como la temible dueña del resort —corrige River alzando las cejas—. Pero quizá sí como Harper, su amiga de la infancia…como aquella chica rara que solía ayudar a su abuela a clasificar cuentas de vidrio durante horas solo para pasar tiempo con ella…

—Esa Harper ya no existe, al menos no en sus ojos. Para Julie, solo soy una capitalista despreciable que trata de cambiar todo lo que ama de Silver Peaks. Además, yo no era rara —protesto.

River salta del escritorio y se coloca a mi lado, golpeando mi hombro con el suyo.

—Entonces, demuéstrale que está equivocada. Muéstrale que aún te importan este pueblo y su gente. Que te importa ella. Joder, Harper, hazle ver que tenemos otros siete resorts de esquí y te pasas en este la mayor parte del año solo por ella.

Julie retrocede unos pasos para admirar su trabajo en el escaparate de la tienda. Incluso desde esta distancia, me doy cuenta del orgullo con el que observa las piezas de cristal, la pasión que vierte en cada aspecto de su trabajo. La dedicación por preservar el legado de su abuela es algo que siempre he admirado.

—Quiero ayudarla —admito con un largo soplido—. No es solo por lo que siento por ella, sino porque su tienda es parte de lo que hace especial a Silver Peaks. Si esa tienda cierra... —me detengo, hago una larga pausa, incapaz de expresar el miedo que me ha estado carcomiendo durante meses.

—Busca una manera de ayudar que no la haga sentir que pierde su independencia. Eres buena en eso, ¿sabes? En encontrar soluciones creativas a los problemas. De todos modos, yo hablaría con ella de una jodida vez y le diría lo que sientes, porque parece que sigues teniendo quince años y ella no va a esperar toda la vida. Sé de alguna que está muy interesada.

—¿Quién?

—Da igual. Bueno, tengo que volver para asegurarme de que Gentry no incendia la cocina del hotel. No olvides que tu hija sale temprano del colegio hoy. Primer día de vacaciones de

Navidad y todo eso —me recuerda, mirando el reloj y abandonando mi despacho tan rápido como entró en él.

River es la única de las hermanas que decidió no seguir con la tradición familiar de dirigir estaciones de esquí. Es una cocinera excelente y pasa la mayor parte del tiempo entre la cocina del hotel de Silver Peaks y el de Aspen. Ha convertido a los restaurantes de ambos en una referencia en la zona, aunque en su vida personal sigue siendo una cabeza loca.

CAPÍTULO 2

Harper

La puerta se abre de golpe, y Lumi entra en el despacho como un vendaval, su cabello rubio platino casi volando tras ella. El color del pelo lo ha heredado de su padre finlandés, al igual que su nombre. Esa relación fue un grave error, fruto de una época en la que no sabía lo que quería. Bueno, sí lo sabía, pero no me atrevía a admitirlo. No duró mucho y ahora mi hija me llena la vida como jamás pensé que podría ocurrir.

—Mamá, ¿podemos ir a la tienda de vidrio? ¡Por favor!

Levanto la vista de la pantalla de mi ordenador y sonrío.

—Hola a ti también, cariño. ¿Qué tal el colegio?

Lumi pone los ojos en blanco de manera dramática. Me da miedo cuando llegue a la adolescencia, creo que será aún peor que su tía River.

—Estoy de vacaciones, mamá, el colegio es cosa del pasado —suelta, a pesar de que no hace más de media hora que estaba en clase—. ¿Podemos ir a ver a Julie? Dijo que si tenía poca gente, me enseñaría a soplar vidrio para hacer alguna figura sencilla.

Mi corazón da una voltereta al escuchar ese nombre. Intento ocultarlo y dudo, dividida entre la emoción que siente mi hija y el saber que la distancia con la que Julie me tratará me hará mucho daño.

—No lo sé, Lumi —suspiro—. Julie podría estar muy ocupada con los clientes. Estamos en la época navideña. No deberíamos interrumpir su trabajo.

La niña frunce el ceño, y casi al instante me arrepiento de mis palabras. Quizá River tiene razón y al final siempre acabo haciendo lo que ella quiere.

—Prometiste que iríamos y no hay nadie allí. Miré mientras pasaba corriendo desde el colegio. Por favor, vamos, mamá —insiste, poniendo esos ojos de cachorrito abandonado con los que sabe que me derrite.

En el fondo lo entiendo. Yo era poco mayor que ella cuando descubrí el soplado de vidrio por primera vez en esa misma tienda y fue algo fascinante.

—Está bien, pero solo un ratito, ¿de acuerdo? Y si Julie está ocupada, volvemos otro día —concedo mientras Lumi sonríe y rodea mi cuello con los brazos.

Mientras caminamos por la calle principal hacia su tienda, me invade la misma sensación extraña de siempre. Quiero verla. No. Necesito verla. Lo necesito como el mismo aire que respiro. Y, aun así, sé que ella no se alegrará de verme a mí y eso me rompe por dentro.

Lumi empuja la puerta, hace sonar el alegre tintineo de unas campanas que anuncian nuestra llegada. Julie levanta la vista y sonríe al ver a mi hija. A continuación, me clava la mirada y su expresión cambia de inmediato, se torna más reservada.

—Lumi, me alegro de verte —saluda, agachándose para darle un largo abrazo. Cuando se separan, me hace un rápido gesto con la cabeza, su tono frío—. Harper —pronuncia mi nombre casi como un susurro helado.

—Hola, Julie —le devuelvo el saludo, tratando de mantener un tono neutro en la voz—. Espero que no estemos interrumpiendo nada. Lumi se empeñó en venir a verte y…

—Justo ahora iba a empezar a trabajar en una pieza nueva. ¿Te gustaría ver cómo lo hago? —inquiere, dirigiéndose a la niña con una sonrisa que consigue que mis piernas tiemblen.

Lumi asiente con rápidos movimientos de cabeza y Julie nos guía hacia la parte de atrás de la tienda, donde tiene su taller. Los aromas familiares: canela, polvo de vidrio y un toque de humo, me traen una avalancha de recuerdos. Han pasado un montón de años y nada ha cambiado, tan solo la ausencia de su abuela.

Una sonrisa tonta se dibuja en mis labios mientras Julie da forma al vidrio y me sorprendo a mí misma al sentirme tan cautivada ahora como cuando era una niña. Sus movimientos son ágiles y precisos, recogiendo el vidrio fundido en el extremo de su caña de soplar. Lo moldea con una facilidad fruto de miles de horas de experiencia y el gesto de concentración en su mirada me parece adorable.

—Guau, ¿no es como…totalmente increíble, mamá? —susurra Lumi a mi lado, sus ojos abiertos de par en par.

Julie le sonríe, haciendo una pausa en su trabajo.

—¿Te gustaría intentar soplar? Solo un pequeño soplo de aire puede hacer que el vidrio se expanda.

Lumi me mira, pide permiso en silencio y se acerca a Julie con pasos lentos y una mirada a medio camino entre el miedo y el respeto por lo que está a punto de hacer.

—Vale, ahora respira hondo —indica Julie, sosteniendo la caña con firmeza entre sus manos —. Sopla con suavidad, como si apagases una vela.

Lumi sigue sus instrucciones y el brillante globo de vidrio se expande ligeramente.

—Mira, mamá, lo conseguí —chilla orgullosa.

Julie ríe, una risa auténtica, despreocupada, como aquellas que recuerdo de hace años. Hacía tanto que no la oía reír de ese modo cerca de mí…

—Lo hiciste genial —asegura, colocando la mano delante de Lumi para chocar las cinco—. Tienes un talento natural para esto, igual que tu madre —suelta sin pensar.

Parpadeo sorprendida al escuchar sus palabras y Julie parece darse cuenta de lo que ha dicho. Nuestras miradas se cruzan por un instante, y veo un destello de algo pasado, algo que ya hace mucho tiempo que no está.

Sacude la cabeza, como intentando desterrar esos pensamientos, y regresa a su trabajo mientras la observamos. La forma en que manipula el vidrio, persuadiéndolo para que adopte formas hermosas, es prácticamente magia. Es la misma pasión que me atrajo hacia ella todos esos años atrás, antes de que los malentendidos y las suposiciones construyesen altos muros entre nosotras.

Lumi la bombardea con preguntas, y me maravilla la paciencia con la que responde cada una de ellas. Me recuerda a cómo era su abuela, a cómo solía enseñarnos, nutriendo nuestra curiosidad y creatividad casi sin esfuerzo.

—Julie, ¿tú solías hacer esculturas de vidrio con mamá? —pregunta Lumi de pronto.

Tensa ligeramente la barbilla y hace una pausa antes de responder.

—Sí, aunque de eso hace ya mucho tiempo. Tu mamá era bastante buena, en realidad. Lo aprendía todo muy rápido.

—¿En serio? —Lumi se gira hacia mí, sus ojos muy abiertos—. Mamá, nunca me lo dijiste.

Me encojo de hombros, sintiéndome un poco avergonzada porque para mí, era mucho más que un pasatiempo.

—La abuela de Julie nos enseñó —admito—. Pero no era tan buena como dice.

—Está siendo modesta —interrumpe, sorprendiéndome—. Tenía muchísimo talento, un auténtico don. De hecho... —Se interrumpe, luego deja sus herramientas y camina hacia un estante en la esquina. Tras unos minutos de búsqueda, regresa con un pequeño y delicado adorno de vidrio—. Tu mamá hizo esto —dice, extendiendo la mano para que Lumi lo coja—. Fue una de sus primeras piezas completas.

Creo que se me cae la mandíbula como a uno de esos dibujos animados de la tele. Miro incrédula la escultura de cristal. Es una forma simple en espiral, con remolinos de vidrio azul y verde. Recuerdo perfectamente el día en que la hice, el orgullo que sentí cuando su abuela dijo que era lo suficientemente buena como para conservarla.

—¿Todavía lo tienes? —susurro sorprendida.

Asiente lentamente con la cabeza, aunque trata de que nuestras miradas no se encuentren.

—Por supuesto. Es parte de la historia de la tienda —suspira.

La voz de Lumi rompe el hechizo, cortando el mágico silencio con nuevas preguntas sobre el soplado de vidrio. Y, mientras regresa a su demostración y permite que mi hija la ayude, me pregunto si es tan inmune a mí como parece. ¿De verdad no siente absolutamente nada? A pesar de los años y los malentendidos entre nosotras, ha conservado esta pequeña pieza, fruto de un tiempo que compartimos juntas.

Me apoyo contra la pared y finjo revisar mis correos electrónicos mientras observo con disimulo el antiguo sistema de calefacción. El radiador hace ruido, apenas logra mantener el frío a raya. El impulso familiar de arreglar cosas surge dentro de mí, igual que hace años cuando su abuela me pillaba trasteando con los distintos aparatos alrededor de la tienda, desmontándolos para más tarde volver a montarlos, no siempre del modo correcto.

—Harper Merriweather —solía decir, su tono de voz severo pero con un destello de diversión en la mirada—. No todo necesita ser arreglado, ¿lo sabes? Algunas cosas son perfectas tal como están.

Sonrío ante el recuerdo mientras observo cómo guía a Lumi a través del intrincado proceso que da forma al vidrio fundido. Sus movimientos son ágiles y seguros y debo luchar contra el impulso de acercarme a ella para colocar un mechón de pelo detrás de su oreja.

—¡Mamá, mira! —la voz de Lumi me saca de la espiral de mis recuerdos—. Lo estoy haciendo, estoy haciendo una escultura de vidrio —insiste.

Me separo de la pared y me acerco a ellas, observando cómo mi hija sopla cuidadosamente en la caña otra vez, ahora con más control y mejor ritmo. Sus mejillas se inflan con concentración. El vidrio fundido en el extremo se expande más, formando lentamente una delicada burbuja.

—Eso está genial, cariño —suspiro, incapaz de ocultar el tono de orgullo en mi voz.

—¿Probamos a añadir un poco de color?

Mientras Julie demuestra la técnica para añadir vidrio coloreado a la pieza, mi atención regresa al sistema de calefacción y no logro evitar un gruñido.

—¿Hay algún problema?

—Es solo que… Tu sistema de calefacción suena como si hubiera conocido días mejores.

La expresión de Julie se tensa de manera casi imperceptible.

—Es que ha conocido días mejores, Harper. Pero funciona lo suficientemente bien, cumple

su labor, así que déjalo tranquilo —protesta antes de volverse hacia mi hija y continuar con la pieza de vidrio.

Me muerdo la lengua para no seguir hablando. Me gustaría enviar a alguien del mantenimiento de mi hotel para que lo revise, incluso hacerlo yo misma. Pero no quiero crear más tensión entre nosotras.

—Vosotras dos haríais buena pareja —suelta de golpe mi hija al vernos juntas.

Creo que esta vez nos tensamos a la vez, evitando mirarnos. El silencio que le sigue se hace demasiado incómodo, hasta que Julie se aclara la garganta nerviosa y decide tomar la palabra.

—Vamos a terminar este adorno, peque. Se está haciendo tarde.

Cuando acaban, el resultado final no podría ganarse un puesto en una exposición ni mucho menos, pero para Lumi, es el adorno de vidrio más bonito del mundo, a juzgar por la forma en que sonríe mientras me lo enseña.

—¿Has visto, mamá?

—Tienes que estar muy orgullosa, te ha salido muy bien para ser tu primera vez —le aseguro, cogiendo el adorno entre mis manos.

CAPÍTULO 3

Julie

Me froto los ojos mientras la luz de la mañana se cuela por la ventana semiabierta. Otra noche más dando vueltas, preocupada por las facturas y el futuro de la tienda. Empiezo a deber demasiado dinero al banco y ya han amenazado con cortar mi línea de crédito. Últimamente, duermo poco. Las esculturas de cristal artesanas ya no se venden como hace años. “Es que son muy caras” me dicen los visitantes que se acercan a la tienda. No son conscientes del trabajo que cuesta hacerlas.

Al entrar en la tienda y abrir las cortinas, algo capta mi atención. El marco de la ventana parece diferente. Deslizo la punta de mis dedos por el borde, y siento un nuevo sellado donde antes solo había goma agrietada por el paso de los años.

—¿Qué demonios? —murmuro, examinando las otras dos ventanas. Todas han sido arregladas, y el trabajo es meticuloso.

La explicación más probable me golpea como un jarro de agua fría. Harper. Reconocería su trabajo en cualquier parte. Los recuerdos de veranos ya lejanos inundan mi mente: Harper encaramada en unas escaleras, herramientas en mano, arreglando cualquier cosa que necesitase reparación en el pueblo. Sus manos siempre ocupadas, siempre ayudando. Incluso si no hizo esta reparación ella misma, debe estar detrás de todo. De eso estoy segura.

Por un instante, me enfado y quiero arrancarlo todo. Quiero ir hasta su despacho. No me importa si hoy le toca estar en la oficina principal del resort o en la secundaria. Me gustaría ir allí y tirarle una de las ventanas sobre su elegante mesa de roble. ¿No puede parar con esa jodida manía de hacer las cosas sin preguntar? Yo no necesito su caridad. Puede que ella y sus hermanas sean las dueñas de un montón de hoteles y pistas de esquí. Seguro que también de otras muchas cosas que ni siquiera conozco, pero eso nunca me importó. Yo sentía algo por aquella Harper auténtica de hace años, la que se atrevía a soñar. No la fría y calculadora empresaria en la que se ha convertido.

Sacudo la cabeza y aparto esos pensamientos. Debo centrarme en lo práctico. Ni siquiera sabría cómo arrancar una ventana aunque quisiera hacerlo. La temperatura en la tienda será más agradable ahora, y mis facturas de calefacción más bajas. Supongo que es un gesto amable por su parte, aunque revuelve sentimientos complicados que preferiría ignorar.

Las antiguas palabras de mi abuela resuenan en mi cabeza, nítidas como si ahora mismo estuviese aquí mismo, de pie junto a mí. “Esa chica… la mayor de las Merriweather, siempre tuvo buen corazón. Hacéis muy buena pareja”.

—Ya no, Abuela Rose —murmuro para mí misma—. Ya no.

La campanilla sobre la puerta suena, sacándome de mis pensamientos y devolviéndome a la realidad de manera demasiado abrupta. La señora Cho, la dueña de la tienda de té local, entra apresuradamente para escapar del frío, una bolsa de papel en su mano.

—Espero no haber madrugado demasiado —se disculpa, quitándose unos copos de nieve que se han adherido a su abrigo. Te he traído unas magdalenas de esas que a ti te gustan.

Fuerzo una sonrisa, apartando de mi mente los pensamientos sobre Harper que últimamente empiezan a ser demasiado constantes.

—Señora Cho, es usted mi salvación —admito con una sonrisa.

—Pareces cansada, cariño. ¿Va todo bien? —pregunta, mirándome por encima de sus gafas de pasta mientras deja la bolsa en el mostrador.

—Solo una noche un poco larga —reconozco, encogiéndome de hombros—. Últimamente no consigo dormir del tirón. ¿Puedo hacer algo por usted?

Es buena persona, pero sé perfectamente que cuando me trae magdalenas espera algo a cambio.

La señora Cho sonríe y empieza a sacar las magdalenas, ordenándolas cuidadosamente en un plato que saca de su enorme bolso.

—Como sabes, la sociedad histórica está planeando nuestra recaudación de fondos anual. Al señor Danforth le gustaría si pudieses donar alguna de tus hermosas piezas para la subasta.

—Al pronunciar ese nombre, se sonroja y se le escapa una risita tonta. Ambos están en sus casi setenta años, y ambos viudos, pero parece que el amor empieza a florecer entre ellos.

Dudo por un instante. Cada pieza artesanal lleva mucho tiempo y esfuerzo. Eso sin contar el coste de los materiales. Una donación significa pérdida de ingresos, pero es por una buena causa, eso es lo importante. Y, quién sabe, tal vez la exposición traiga nuevos clientes.

—Por supuesto, señora Cho. Estaré encantada —respondo, asintiendo con la cabeza.

—Maravilloso. Me aseguraré de decírselo a Huston, eh, quiero decir al señor Danforth —se pone roja como un tomate, igual que si fuese una adolescente a la que acaban de pillar—. ¿Por qué no me cuentas qué es lo que realmente te preocupa? Te conozco desde que eras una cría y sé que te pasa algo.

Dejo escapar un largo suspiro de rendición. Sé que no tiene mucho sentido intentar ocultarle algo a esta mujer, porque seguirá insistiendo hasta que se lo cuente.

—No tiene importancia. Es lo de siempre. Harper arregló el sellado de mis ventanas anoche. Sin preguntar.

—¿Y eso es un problema porque...? —inquiere arqueando las cejas.

—Porque no me preguntó antes de hacerlo y tampoco pedí su ayuda —respondo con frustración—. Puedo ocuparme de las cosas yo misma. No necesito que venga a salvarme la vida.

—Esa chica ha estado cuidando de este pueblo, y de ti, durante unos años ya. Es muy distinta a sus padres. Tal vez sea hora de que dejes que alguien te ayude por una vez —responde en un tono más cortante de lo habitual. Abro la boca para discutir, pero levanta una mano, deteniéndome—. No, escúchame. Recuerdo cuando Harper llegó al pueblo con su familia. Era una niña tan seria, pero era diferente, siempre intentando ayudar a los demás. Tenía un don para arreglar las cosas y volvía loca a sus padres cuando regresaba a casa con la ropa manchada o rota.

—Ya, bueno, no estoy segura de que esa Harper ni siquiera exista ya —protesto.

—¿Te acuerdas de aquel verano? Debe hacer unos quince años ya. El techo de la vieja iglesia tenía unas goteras terribles. Harper no podía tener más de veinte años. Pasaba todos los fines de semana allá arriba, encaramada al tejado, parcheando y reparando. Nunca pidió nada a cambio. Solo ayudaba porque le salía del corazón. Esa chica, bueno, esa mujer ahora, es un cielo. No la alejes de ti solo porque eres demasiado testaruda para aceptar su ayuda. Además, juraría que siempre hubo algo más que amistad entre vosotras dos.

Siento que un rubor me sube por el cuello al escuchar sus palabras.

—No es tan simple. Supongo que es una historia complicada —reconozco, dejando escapar un suspiro que ni siquiera sabía que estaba conteniendo.

—Uf —bufa, agitando una mano con desdén, como si estuviese espantando una mosca—. Las historias están en el pasado. No dejes que eso te impida disfrutar del presente. ¿Vas a comerte una de estas magdalenas o no?

Me río y meneo la cabeza, cogiendo una magdalena de arándanos que tiene una pinta deliciosa.

—Gracias por el consejo, señora Cho. Y por las magdalenas —mascullo mientras abandona la tienda.

CAPÍTULO 4

Julie

Una hora más tarde, empujo a un lado una pila de facturas todavía sin pagar y al volver a la trastienda, me topo con una caja de cartón polvorienta escondida en una de las estanterías del armario de suministros. Mi pulso se acelera al ver una de esas famosas cajas que mi abuela guardaba por todas partes. Cuando murió, me solía encontrar una cada poco tiempo. Creo que hace más de dos años que eso no ocurría. La arrastro hacia afuera y estornudo mientras una nube de polvo se eleva en el aire.

—¿Qué es esto, abuela? —murmuro, sentándome en el suelo con las piernas cruzadas.

La tapa cruje al abrirla, revelando un tesoro de recuerdos que ahora no son más que un eco del pasado. Las fotografías que mi abuela coleccionaba se derraman por el suelo, capturando momentos que se han quedado congelados en el tiempo. Suspiro mientras las examino.

Ahí estoy yo, con los dientes separados y sonriendo, sosteniendo una calabaza enorme en el festival de la cosecha. Otra muestra a la Abuela Rose, su pelo blanco brillando bajo el sol. Su brazo derecho rodea mi cintura mientras exhibo orgullosa una retorcida pieza de vidrio que parece más arte abstracto que cualquier otra cosa.

Tomo aire al descubrir una foto que no había visto en años. Harper y yo, apenas adolescentes, de pie con el agua hasta las rodillas en el lago Silver. Su pelo color arena está despeinado por la brisa. Se ríe de algo, aquella risa despreocupada y natural que solía volverme loca. Y mi mirada. Joder, ya en aquella época mis ojos dejaban ver un atisbo de enamoramiento que no podía disimular. La miraba como si fuese lo único en el mundo.

—Recuerdo ese día —susurro, trazando con la punta de los dedos el borde de la fotografía.

Siento una ligera opresión en el pecho, recordando cuánto la deseaba. Era algo más allá de lo físico.

Parpadeo al ver la fecha en el reverso. Era el verano antes de que la madre de Harper se fuera. Habíamos pasado la tarde en el lago, mientras trataba de enseñarme cómo hacer rebotar piedras sobre la superficie cristalina del agua. Su paciencia parecía infinita mientras yo fallaba un intento tras otro.

—Está todo en la muñeca, Jules —me decía, demostrando el movimiento una y otra vez—.

Así, ¿ves?

Cierro los ojos y mis pensamientos me transportan a ese instante. El calor del sol en mi piel, el chapoteo de las suaves olas contra la orilla, el aroma terroso del lago.

—Puedes hacerlo. Solo relájate y déjalo fluir —repetía, aunque su mano alrededor de mi cintura y nuestros hombros rozándose no ayudaban a que me pudiese relajar lo más mínimo.

Cuando finalmente hice rebotar una piedra dos o tres veces sobre el agua, Harper gritó de alegría. Se puso en pie y me hizo girar como si estuviésemos bailando. Recuerdo que estaba tan alegre que tropecé y caímos al agua. Y la sensación de su cuerpo sobre el mío, su risa, su mirada. Joder, todavía me excito al recordar ese momento.

Abro los párpados y el recuerdo se desvanece. Esa chica paciente y amable, simpática y desinteresada, ya no existe. Se ha convertido en una fría magnate corporativa, como antes lo fueron su padre o su abuelo. Supongo que es algo hereditario, como su dinero. Esa Harper no tiene nada que ver con la mujer que quiere transformar nuestro pintoresco pueblo en un complejo turístico gigante. Desconozco sus planes completos, pero todos en el pueblo han oído que el desarrollo está a punto de pasar a la “fase dos”, lo cual suena demasiado peligroso.

La campana de la tienda suena, y me pongo en pie rápidamente, metiendo apresuradamente las fotos de vuelta en la caja.

—¿Hola? —saludo, sacudiendo el polvo de mis pantalones vaqueros.

—¡Julie! —la voz chillona de Lumi resuena en toda la tienda—. Estamos aquí para mi lección.

Mierda, se me había olvidado por completo. La lección.

River llamó a última hora de la tarde para reservar una clase a su sobrina. Últimamente, casi gano más dinero con las clases que con las piezas que vendo. Entre ordenar facturas y hacer el papeleo se me fue la cabeza.

Respiro profundamente y fuerzo una sonrisa. Lumi salta hacia mí para darme un abrazo, su pelo rubio platino se balancea en una cola de caballo alta cada vez que se mueve. Harper está detrás de ella, todavía cerca de la puerta, y parece algo fuera de lugar, aunque no sabría explicar por qué. Tal vez es una percepción mía que no tiene nada que ver con la realidad.

—¿Qué tal, Lumi? —saludo cuando rompemos el abrazo—. ¿Estás lista para aprender todos los secretos del soplado de vidrio?

La niña asiente con entusiasmo.

—Estoy más que lista. Mamá dice que eres la mejor.

Mi mirada se desvía hacia Harper y ella me devuelve una leve sonrisa.

—Yo, eh, gracias por lo de las ventanas, por cierto. Supongo que has sido tú, pero ya hablaremos de eso.

Se encoge de hombros y mete las manos en los bolsillos. Mierda, ¿por qué lleva esos trajes a medida que le quedan tan bien?

Entre nosotras se instala de nuevo un silencio incómodo, roto tan solo por la charla de Lumi mientras examina las esculturas de vidrio expuestas por la tienda.

—Bueno, peque. Probablemente, deberíamos empezar. ¿Por qué no te sientas aquí conmigo y repasamos primero algunas reglas básicas de seguridad?

Mientras guío a Lumi hacia el banco de trabajo, noto cómo Harper interactúa con ella. Su voz es suave mientras le recuerda que escuche atentamente mis instrucciones. Más tarde, cuando la niña duda, abrumada por la variedad de herramientas y procesos, coloca una mano en su hombro para tranquilizarla.

—Tú puedes con esto, cariño —susurra, apretando con suavidad—. Recuerda, es justo como hablamos. Todo es más fácil paso a paso.

La ternura en su tono de voz me pilla por sorpresa. Sin poder evitarlo, me recuerda a aquella chica que me enseñó hacer rebotar piedras sobre el agua hace tantos años. Me quedo observando como una tonta, dejando regresar a mi mente imágenes conflictivas de la Harper que una vez conocí, tan distinta de la mujer que está ante mí ahora.

—¿Julie? —la voz de Lumi me devuelve al presente—. ¿Estás bien?

Sacudo la cabeza, forzándome a concentrarme.

—Sí, cariño, lo siento. Debería haberte enseñado las instrucciones de seguridad ayer, en lugar de dejarte soplar vidrio por primera vez sin esos conceptos. Solo pensaba por dónde empezar ya que has tenido una lección informal y nos hemos saltado el orden habitual. ¿Qué tal si empezamos eligiendo tus colores?

La niña asiente con entusiasmo y camina conmigo hasta el almacén. Mientras la guío en la selección del vidrio y expando mi explicación del día anterior, soy demasiado consciente de que Harper me está observando. Cada vez que miro en su dirección, capto una suavidad en su expresión que no veo ya de manera habitual. ¿O tal vez la he estado ignorando durante años?

—Ahora, recuerda —explico mientras ayudo a Lumi a posicionar sus manos en la caña de soplar unos momentos más tarde—. Necesitamos mantenerla girando constantemente. Todo se trata de encontrar el ritmo.

—¿Así? —pregunta, rotando la caña lentamente entre las manos.

—Justo así, perfecto.

Harper se acerca más, y casi puedo notar su presencia a mi espalda.

—Se ve que heredó el talento artístico de su padre —admite en voz baja—. Tenía un don para el dibujo.

Me giro, sorprendida por sus palabras. Es raro que Harper mencione al padre de Lumi. No le importa admitir que aquello fue una equivocación. Que aquel guapo finlandés entró en su vida por casualidad y apenas duró.

—Estoy segura de que también heredó talento artístico de ti. Solías hacer unos bocetos increíbles.

Sonríe y se sonroja. Y por un instante, esa mirada vulnerable me recuerda a la Harper de hace años. Pero dura solo eso, un instante. Pronto se ve reemplazada por su habitual máscara de mujer fríe y educada.

—Gracias por esto. Significa mucho para Lumi… y para mí —susurra a mi lado cuando terminamos la lección.

Asiento, insegura de cómo responder. La Harper de esta mañana es tan diferente de esa con la que he estado luchando por el futuro de nuestro pueblo que apenas la reconozco.

—Ha sido un placer —admito finalmente.

De pronto, Lumi tira de mi delantal. Me inclino ligeramente hacia ella, colocando mi mirada a la altura de la suya y se ruboriza ligeramente.

—¿Podrías venir a cenar esta noche con nosotras? —pregunta con timidez—. La tía River va a cocinar su famoso cordero asado y quiero darte las gracias por la lección.

Abro la boca para declinar la invitación de la manera más educada posible, pero desvío la mirada hacia Harper antes de hacerlo. Está tan sorprendida como yo. Aun así, algo cambia en su expresión.

—Yo… creo que…

—Nos encantaría que vinieses, si estás libre. Sin presión, por supuesto. Es la típica cena familiar, nada especial y ya conoces a todas mis hermanas.

Debería decir que no, pero la expresión de Lumi y ese indicio de vulnerabilidad en los ojos de Harper me hacen dudar.

—De acuerdo —respondo antes de pensarlo mejor—. Suena bien. A ti y a River os veo a menudo, pero ha pasado mucho tiempo desde que vi a las gemelas. Gracias.

—¡Sí! —Lumi da un pequeño grito de alegría, agitando su puño en el aire.

Harper sonríe, manteniendo su fría compostura. Esa que te hace saber que es ella quien ostenta el poder.

—Genial. ¿Qué te parece a las siete en el resort? Solo pregunta en la recepción cómo llegar a mi apartamento y te darán acceso al ascensor privado.

Asiento, preguntándome ya si estoy cometiendo un error.

—Las siete está bien. ¿Debo llevar algo?

—Solo a ti misma. Nosotras nos encargaremos del resto —sisea con un tentador guiño de ojo que consigue que se me forme un cosquilleo entre las piernas.

CAPÍTULO 5

Harper

Camino por mi despacho en el resort de esquí, deteniéndome cada pocos pasos para mirar a través de la ventana. Desde lo alto de la montaña, contemplo las calles nevadas de Silver Peaks, un lienzo blanco que parece extenderse bajo el cielo invernal de Montana. Tamborileo contra mi muslo en un ritmo nervioso mientras consulto el reloj por décima vez en otros tantos minutos.

—Vas a hacer un agujero en esa alfombra —ironiza River, sentada en uno de los sofás de cuero del despacho.

Me detengo en seco y le dedico una mirada asesina.

—No estoy nerviosa, es solo una cena con la familia y una amiga, nada más.

—Ya, claro, tú sigue repitiendo eso a ver si te convences a ti misma.

—¿Puedes no cruzar las piernas sobre el sofá de cuero? Lo vas a manchar con los zapatos —protesto, pasando al ataque en un intento de que cambie de conversación.

Mi hermana resopla, ignorando el comentario sobre sus preferencias a la hora de sentarse.

—En serio, Harper, relájate. Julie ha cenado con nosotras un montón de veces.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—¿Antes de que decidieses ignorarla y tratases de convencerte a ti misma de que te gustaban los hombres?

—Vete a la mierda, River —me quejo—. Todo esto de Julie es… es complicado.

—Solo porque tú lo estás haciendo complicado. Julie te conoce desde siempre. Te ha visto cubierta de barro, con calcetines desparejados, y con ese horrible corte de pelo que llevabas en el instituto.

—No me lo recuerdes.

—El caso es que no necesitas impresionarla, todo lo contrario. Solo sé tú misma. Y cuando digo lo de ser tú misma, no me refiero a la jefa de todo esto, sino a la auténtica Harper, a la que ella conoce —me recuerda.

Sacudo la cabeza y alzo los ojos al cielo, perdiéndome en los nubarrones negros que se acercan.

—No es tan simple. Hay demasiada historia y malentendidos entre nosotras.

—Entonces aprovecha esta noche para aclarar las cosas. Sé honesta con ella de una vez, joder, que pareces una cría.

—Debo subir al apartamento. Asegurarme de que todo esté listo —suspiro. Sé que mi hermana tiene razón y eso es precisamente lo que más me duele.

—Corre, escapa de aquí —bromea River, empujándome hacia la puerta—. Subiré en un rato cuando termine de preparar la cena.

Cuando entro en el ascensor privado que conduce hasta mi *penhouse* en el último piso, mi estómago prácticamente da volteretas. Las puertas se abren directamente a un espacioso salón con ventanas enormes que ofrecen una vista panorámica de Silver Peaks y las montañas que lo rodean.

River, cuando está en esta zona, prefiere vivir en una pequeña cabaña en los terrenos del resort. Supongo que no quiere que el personal del hotel se entere de las idas y venidas de sus novias por la noche, aunque me imagino que todo el mundo en el pueblo las conoce. Mis hermanas pequeñas no vienen mucho por Montana. Prefieren Aspen o los Alpes suizos, así que las cenas familiares con las cuatro juntas son cada vez más escasas.

Deambulo por el enorme apartamento, enderezando cojines y ajustando marcos de fotos y cuadros. Mi mirada se detiene en una antigua foto de la abuela de Julie, enseñándonos a mis hermanas y a mí a hacer adornos de cristal. Parecemos tan jóvenes y despreocupadas que me hace sonreír. Recuerdo la risa de Julie ese día, y lo feliz que estaba mientras ayudaba a River a dar forma a un muñeco de nieve torcido.

—Pareces diferente cuando estás aquí arriba. Más relajada —afirma mi hermana al entrar en el apartamento.

Me detengo pensativa, considerando sus palabras.

—Supongo que lo estoy. Este es mi hogar, al fin y al cabo. Abajo, en el resort, debo ser la bruja Harper Merriweather. Aquí arriba, puedo ser simplemente yo.

—Julie podría recordar esa versión de ti también, si dejaras de esconderte detrás de la fachada que fabricas con tu personaje corporativo.

Frunzo el ceño, colocando el queso con más fuerza de la necesaria sobre una de las bandejas.

—No me estoy escondiendo. Es Julie la que me ve diferente ahora, no es que yo haya cambiado.

—Tal vez. O tal vez solo está respondiendo a los muros que has levantado alrededor de tu corazón. Ambas habéis cambiado, pero en el fondo, sigues siendo la misma chica que solía

llevarle chocolate caliente cuando trabajaba en el resort como monitora de esquí.

—Siempre sabía exactamente cuándo aparecería —suspiro con una sonrisa boba en los labios.

—¿Ves? Esa conexión entre vosotras seguro que sigue ahí. Solo necesitas ser paciente y dejar que vea de nuevo a la verdadera Harper.

—¿Qué hago?

—Déjale ver que te preocupas por este pueblo, que todavía dibujas diseños de edificios y personas yendo y viniendo cuando crees que nadie te está mirando. Muéstrale que la chica que conocía sigue ahí, debajo de los trajes elegantes hechos a medida y la actitud de sala de juntas.

—¿Actitud de sala de juntas?

—Sabes a qué me refiero. A ese modo de caminar que tienes ahora, que parece que te han metido un palo de escoba por el culo. Solo relájate esta noche, por el amor del cielo. Habla con ella como solías hacerlo, ella te conoció subida a los tejados, arreglando cosas por todo el pueblo. Comparte tus sueños para Silver Peaks, no solo como empresaria, sino como alguien que ama este lugar tanto como ella.

Asiento lentamente, dejando que sus palabras calen en mi mente, quizá intentando convencerme a mí misma de que, en el fondo, puede ser más fácil de lo que parece.

—Vale. Lo intentaré —suspiro.

—La familia Merriweather no lo intenta, lo hace —ironiza, poniendo una voz grave mientras pronuncia la frase que nos solía repetir mi padre de continuo.

A las siete en punto, suena el timbre y mis palmas se humedecen de inmediato. Me aliso el suéter y dejo escapar el aire lentamente antes de abrir la puerta. Julie está preciosa, con un sencillo jersey azul que resalta el color de sus ojos. Por un instante, me olvido hasta de cómo hablar, mi mente se queda en blanco.

—Hola —saluda, rompiendo el extraño silencio—. He traído vino, aunque supongo que en el hotel tenéis un montón de botellas —bromea, dibujando en sus labios una sonrisa por la que se podría morir—. Guau, este sitio es muy bonito. Mira que estuve veces en este hotel y no conocía esta parte.

—Sí, es nuevo… River ayudó a decorar —meneo la cabeza ante mi patética respuesta.

Afortunadamente, Lumi sale disparada de su dormitorio justo cuando el ascensor suena de nuevo, anunciando la llegada del resto de mis hermanas.

—¡Has venido! —exclama, corriendo a abrazar a Julie.

Ivy y Sloane entran en cuanto abro la puerta.

—Hemos traído postre. Y juegos de mesa.

Julie se relaja de inmediato al verlas. Nos llevamos un año con River y tres con las gemelas, así que, aunque pasaba más tiempo conmigo por los veranos, en realidad, fuimos creciendo juntas y conoce bien a todas mis hermanas.

Una vez está todo listo, nos reunimos alrededor de la mesa y la conversación fluye de manera natural. Hace años, Julie solía ser parte de multitud de estas cenas familiares y ese recuerdo me provoca un regusto amargo por el modo en que nos fuimos alejando.

—Buah, esto está buenísimo, River. Tienes que darme la receta —exclama Julie al meter en la boca el primer trozo de cordero asado.

—Yo ayudé —afirmo torpemente, sin saber por qué.

—¿Qué? —pregunta Julie con cara de sorpresa.

—Creo que quiere su parte de crédito por cortar los ajos que hemos puesto en el cordero —aclara River, a un paso de ahogarse en sus esfuerzos por contener la risa.

Julie me mira con sorpresa pero asiente.

—Vaya, buen trabajo, Harper. Están muy bien cortados, no sabía yo que también sabes cocinar —ironiza, entornando los ojos.

Siento que se me pone roja hasta la punta de las orejas. No sé por qué lo dije. Puedo hacer muchas cosas, pero la cocina no es una de mis habilidades. Supongo que porque siempre River ha tenido un talento especial y cuando era más joven evitaba cualquier comparación con alguna de mis hermanas. Aun así, la sonrisa que ha dejado que se dibuje en sus labios es maravillosa.

Frente a mí, capto la mirada de Ivy, que pone los ojos en blanco y debo resistir el impulso de darle una patada por debajo de la mesa.

Pronto, Ivy se lanza a una de sus extravagantes historias de cuando trabajaba de instructora de esquí junto a Julie y Sloane, completa con gestos exagerados y voces figuradas. Julie echa la cabeza hacia atrás, riendo despreocupada mientras Lumi pide que cuente más historias de esa época. Eran buenos tiempos. Recuerdo las innumerables noches alrededor de fogatas, las excursiones junto a Julie por las montañas cercanas, todas esas veces que quise robarle un beso, pero nunca me atreví a hacerlo.

Extraño tanto esa época que duele.

—Tierra llamando a Harper —bromea River, dándome un codazo en las costillas—. ¿Te has perdido en el espacio?

Julie trata de disimular una sonrisa preciosa ante las palabras de mi hermana y no puedo evitar sonreír yo también.

A medida que la cena avanza, me dejo llevar un poco más. Intercambio con Julie memorias de tiempos pasados, completando detalles que mis hermanas menores no recuerdan con claridad. Por un instante, es como si los años de tensión entre nosotras se hubieran desvanecido en el aire.

—¿Recuerdas aquella vez que nos escapamos para ver la lluvia de meteoritos? —inquiere—. El viejo señor Henderson nos pilló. Pensó que estábamos allí besándonos en vez de mirando las estrellas y amenazó con contárselo a mi abuela y a tu padre.

Me río, el recuerdo surge de manera nítida. Esa noche pensé tantas veces en besarla que ni siquiera puedo contarlas. Justo cuando reuní el suficiente valor para hacerlo, tuvo que aparecer el señor Henderson. A Julie le pareció muy gracioso, pero a mí me dieron ganas de llorar y no fue precisamente porque le quisiese contar a mi padre algo que no sucedió. Ojalá hubiese sucedido de verdad.

Tras la cena, Lumi y mis hermanas se desplazan a la sala de estar, y su risa se escucha desde el comedor. Julie se queda atrás, su mirada vaga por la estancia, como si buscase algo.

—¿Todo bien? —pregunto, acercándome a ella con pequeños pasos.

—Solo admiro tu apartamento con más detalle. Es diferente a lo que esperaba.

—¿Ah, sí? ¿Qué esperabas? —inquiero con curiosidad.

Se encoge de hombros y su mirada se desvía hacia la chimenea donde la madera crepita al quemarse.

—No lo sé. Algo más corporativo, supongo. Esto parece un hogar de verdad.

—Esa es la idea. Para mí es importante que Lumi tenga un verdadero hogar, no solo un ático de lujo en un hotel de su familia.

Su expresión se suaviza al mencionar a mi hija y esa preciosa sonrisa regresa a sus labios.

—Estás haciendo un gran trabajo con ella, Harper. Es una niña maravillosa —me asegura.

—Nunca esperé ser madre soltera. Bueno, sabes que no había pensado en ser madre en absoluto, pero no tengo que recordarte lo que ocurrió y, por mucho que considere un error haber conocido al imbécil de su padre, Lumi es lo mejor que me ha pasado en la vida —reconozco, desviando la mirada para esconder mis ojos humedecidos.

—¿Esto es?

Se detiene ante un viejo trofeo sobre la chimenea, pasando sobre él la punta de los dedos antes de cogerlo entre sus manos para observarlo más de cerca.

—¿Lo recuerdas?

—Claro que sí, el campeonato de esquí junior de Beartooth Basin. De cuando teníamos dieciséis años —responde poniendo los ojos en blanco—. No me puedo creer que lo hayas guardado.

—Por supuesto que lo guardé. Fue un gran día para ambas.

Se gira para mirarme y muerde su labio inferior.

—Me ganaste por dos décimas de segundo —recuerda, con un destello de su antiguo espíritu competitivo.

Me río al recordarlo.

—Y estabas convencida de que los jueces habían hecho trampa. No me hablaste durante dos semanas.

—Lo estaba y lo sigo estando —insiste, pero ahora ella también se ríe—. No hay manera de que fueses más rápida que yo en esa pista. Los jueces querían que ganara una Merriweather y River se cayó antes de cruzar la meta.

—Acéptalo, Winter —bromeo, recordando cómo solía tomarle el pelo en aquellos años—, simplemente fui mejor ese día.

Julie pone los ojos en blanco, pero mantiene la sonrisa.

—Ya, claro, Merriweather. ¿Recuerdas lo que me dijiste cuando dieron los trofeos?

—Te dije que no importaba quién de las dos ganase, que siempre nos empujaríamos a ser mejores —susurro.

—Y luego me diste tu amuleto de la suerte. La pata de conejo que tu madre te regaló antes de tu primera bajada por la pista doble diamante negro en los Alpes suizos, ¿no es así?

—¿Recuerdas eso?

—Todavía lo conservo —admite—. Pensé que tal vez lo querrías de vuelta algún día.

—No, los regalos no se devuelven —me apresuro a contestar.

—Es extraño cómo cambian las cosas. En esos tiempos, aunque pudiésemos enfadarnos brevemente, había una competitividad amistosa entre nosotras. Ahora… ahora el nivel ha subido —añade con un suspiro, mientras coloca de nuevo el trofeo sobre la chimenea.

—¿Qué quieres decir?

—Ahora se trata de adquisiciones corporativas. De destrozar el alma de nuestro pueblo para atraer más turistas. Ya no es solo una carrera de esquí, ¿verdad, Harper? Las apuestas son mucho

más altas.

—No es lo que piensas —confieso, luchando por encontrar las palabras correctas—. El centro turístico, los planes de expansión… todo es parte de un panorama más grande.

—¿Y qué panorama es ese, Harper? ¿Uno donde Silver Peaks se convierte en otro pueblo de esquí genérico sin más? ¿Dónde pierde todo su encanto y su carácter? ¿Dónde todo el pueblo pasa a trabajar para los turistas que vienen a tu hotel y tus pistas de esquí?

—Eso no es lo que quiero. Me conoces bien y…

—¿Te conozco? —interrumpe, alzando ligeramente la voz—. A veces me pregunto si alguna vez te conocí de verdad.

Sus palabras duelen, son tan duras que siento que me desgarran la carne. Abro la boca para responder, para decirle la verdad de por qué regresé, por qué compré el resort, pero las palabras se atascan en mi garganta. La idea de hacerme tan vulnerable solo para que ella me rechace me impide hablar. Me aterroriza.

Julie me observa, esperando. Como si quisiese darme una oportunidad para desmentir lo que todo el pueblo piensa. Cuando permanezco en silencio, sacude la cabeza con una clara decepción en los ojos.

—Debería irme. Soy una invitada y no quiero enfadarme contigo. Gracias por la cena, Harper, y despídeme de tus hermanas y de Lumi, por favor.

Me quedo mirando cómo se mete en el ascensor y desaparece de mi vista. El trofeo brilla sobre la chimenea y las risas de mis hermanas desde la sala de estar se sienten ahora distantes, como un recordatorio brutal de que Julie me odia y jamás recuperaré lo que un día tuvimos.

CAPÍTULO 6

Julie

—Mantén la caña girando. Es como dirigir una orquesta —le indico, tratando de permanecer concentrada a pesar de que la presencia de Harper, observándonos desde la esquina, me distrae más de lo que estoy dispuesta a admitir.

—¿Una orquesta de cristal? —bromea Lumi.

—Exactamente. Cada pieza es un instrumento diferente, y tú eres la directora que une a todos ellos.

Por el rabillo del ojo, capto la sonrisa de Harper, casi tímida. A pesar de la discusión del día anterior en su apartamento, su presencia hoy ya no se siente tan intrusiva. Hay algo diferente en ella hoy: una suavidad en su mirada que no había visto en años, y que me hace sentir cosas que preferiría ignorar.

Mientras Lumi sumerge la caña en el vidrio fundido, me vienen recuerdos de las primeras lecciones con mi abuela. El calor del horno, el aroma a arena caliente, todo es tan nítido...

—¿Sabes, peque? —indico, perdida en el recuerdo—. Mi abuela me enseñó cuando tenía más o menos tu edad.

—¿De verdad? ¿Cómo era tu abuela? —pregunta la niña, levantando la mirada con curiosidad.

—Era única —suspiro—. Dura como el acero, pero con un corazón de oro. Me despertaba al amanecer diciendo 'Julia, niña, el vidrio no espera a nadie'.

—¿Te gustaba levantarte tan temprano?

—Al principio no, pero luego descubrí que esas horas tranquilas de la mañana son mágicas. El mundo aún duerme mientras yo puedo crear algo hermoso.

—Recuerdo esas mañanas —interrumpe Harper, aclarándose la garganta—. El aroma de los rollos de canela de tu abuela flotaba por toda la calle. Siempre hacía alguno de más.

Nuestras miradas se cruzan y mis pensamientos me transportan a aquellos tiempos más sencillos. Antes de que Harper se ocupase de los negocios de su familia. Antes de que los resorts y el dinero lo complicasen todo.

—Solías colarte a veces —recuerdo, sorprendida por la sonrisa tonta que se me acaba de escapar—. La abuela Rose fingía estar molesta, pero casi siempre tenía un lugar preparado para ti en la mesa.

Sus labios esbozan una pequeña sonrisa y juraría que incluso sus ojos se iluminan.

—Una vez me pilló intentando robar uno de esos rollos de canela y, en lugar de regañarme, me enseñó a hacerlos.

Lumi nos observa con los ojos muy abiertos.

—¿Mamá, tú sabes cocinar?

Harper ríe, frotándose la nuca.

—Solía hacerlo, bueno, un poco. Ha pasado mucho tiempo.

—Tal vez deberías intentarlo de nuevo. Podrías decirle a la tía River que te ayude —sugiere la niña.

Antes de que Harper pueda responder, Lumi tira de mi manga, rompiendo la concentración.

—Julie, creo que está listo.

—Tienes razón —admito, observando la esfera brillante en el extremo de la caña—. Ahora viene la parte divertida: darle forma al cristal.

Guío a Lumi a través del proceso, recordándole de vez en cuando cómo usar las herramientas para moldear el vidrio. Saca la lengua cuando se concentra, como hacía su madre hace ya bastantes años.

—La abuela Rose siempre decía que cada pieza de vidrio tiene una historia que contar —expongo, observándola con cuidado—. Nuestro trabajo es escuchar y ayudarla a tomar esa forma.

—¿Qué historia está contando esta?

Estudio el adorno que se está formando; su superficie brilla bajo la luz.

—Creo que es una historia de nuevos comienzos. ¿Ves cómo empieza siendo una cosa y se convierte en algo completamente diferente?

—Como tú y mamá, que erais mejores amigas y ahora sois... —Se detiene en seco, alternando la mirada entre nosotras.

Trago saliva, insegura de cómo responder, y trato de ganar tiempo mientras bebo un sorbo de agua. Por suerte, Harper se adelanta, apoyando una mano con suavidad sobre el hombro de Lumi.

—A veces, cariño, las relaciones cambian, pero eso no significa que la historia haya terminado.

Casi me atraganto con el vaso de agua. Nuestras miradas se cruzan sobre la cabeza de la niña, y veo una vulnerabilidad en su rostro que me deja sin aliento. Por un momento, vislumbro a la chica que conocí antes de que los trajes a medida y las salas de juntas la endurecieran.

—Bueno —interrumpo, concentrándome de nuevo en la tarea—. Terminemos este adorno tuyo tan bonito.

Pronto, Lumi completa el adorno de vidrio. Es muy simple, aunque algo más complicado que el primero que hizo. La niña irradia felicidad, pero la mirada de Harper… Joder, esa mezcla de alegría y orgullo es exactamente la misma que tenía en las viejas fotografías que encontré en la caja de mi abuela. Solo que en ellas era a mí a quien observaba completar una intricada pieza de cristal.

A continuación, se arrodilla junto a su hija y examina el adorno con una exagerada seriedad.

—Es absolutamente perfecto, peque. Incluso mejor que el primero que hiciste, y no creía que eso fuese posible —. La niña ríe antes de que Harper siga hablando—. Creo que tenemos una artista en ciernes aquí. ¿No estás de acuerdo, Julie?

—Totalmente. Lumi, deberías estar muy orgullosa. Es una pieza muy bien hecha.

La guío a través de los últimos pasos de la lección, estabilizando sus manos mientras damos la forma final al vidrio que comienza a enfriarse.

—Ahora, vamos a añadir el gancho para que puedas colgarlo del árbol de Navidad.

—¿Lo colgaremos del árbol de Navidad, mamá?

Harper asiente sonriendo, aunque la niña está tan emocionada que continúa hablando sin parar.

—¿Podemos hacer otro? —inquiere, prácticamente dando pequeños saltitos de alegría.

—Es mejor que eso lo dejemos para otro día, ¿vale? Ya casi es hora de cerrar, y todavía tengo que limpiar la tienda y el taller.

Harper se aclara la garganta, mirando el reloj.

—Tiene razón Julie. Además, debo asistir a una reunión, ya lo sabes —explica, regresando a ese tono de empresaria de éxito que tanto odio.

Una vez que se pierden calle abajo, regreso al taller, rodeada de las herramientas y el legado de mi familia. Sin embargo, esta noche, todo parece de alguna manera más vacío. Recojo las gafas de seguridad que la niña ha dejado tiradas y observo ensimismada una vieja fotografía que

cuelga de la pared. Estamos Harper y yo cubiertas de harina. Esa tarde habíamos hecho rollos de canela y mi sonrisa muestra el aparato en los dientes que me acababan de poner unos días antes. Nunca he podido descolgarla, a pesar de que a menudo lo pienso.

—Ay, abuela, con la de veces que me dijiste que un día Harper y yo acabaríamos juntas… Ya ves cómo ha acabado la cosa —susurro, deslizando la punta de los dedos por el marco.

Cuando estoy a punto de cerrar, un cuaderno de dibujo llama mi atención. Está decorado con pegatinas de copos de nieve y de perros. Lumi debió dejarlo olvidado. Sonrío de manera involuntaria al recordar el talento artístico de su madre, el modo en que podía capturar las luces y sombras con solo los trazos de su lápiz. Por aquel entonces quería dedicarse al arte. Ahora, tan solo le importa el dinero.

Lo abro de manera distraída y la primera página revela un paisaje de Silver Peaks. Reconozco los picos irregulares a lo lejos, y la calle principal del pueblo. Lumi ha capturado su esencia con una habilidad sorprendente para su edad. En las siguientes páginas hay bocetos de animales, criaturas fantásticas… un poco de todo. Pero lo que más me llama la atención es la forma en que se fija en los pequeños detalles. Es una niña muy observadora.

El último dibujo del cuaderno me deja de piedra. Soy yo, en la cena de anoche. Está a medio terminar, pero me ha captado riendo de manera natural en la mesa, la cabeza echada ligeramente hacia atrás. Relajada mientras observo a una figura sin acabar en la silla donde se sentaba Harper. Pero, lo que verdaderamente me sorprende, lo que me deja sin aliento, son los corazones que ha dibujado alrededor de los bordes del boceto.

CAPÍTULO 7

Julie

Tras cerrar la tienda, camino por las calles vacías hacia mi casa. A estas horas están ya repletas de nieve y el aire se llena de un olor a leña quemándose en las chimeneas que me encanta.

Tiro del cuello de mi abrigo hacia arriba, colocándome bien el gorro de lana para que me tape las orejas mientras bajo por la calle principal del pueblo. Al levantar la mirada, un montón de rostros familiares reunidos en la librería llama mi atención. Debe tratarse de la reunión de la que Harper hablaba. El festival navideño de su estúpida estación de esquí. Lo vende como algo positivo y en realidad, es tan solo una diversión para los turistas que llenan su hotel. Y, ¡cómo no! Ahí está medio pueblo haciéndole la pelota a la gran Harper Merriweather.

En una esquina, puedo ver a Lumi con expresión aburrida, dibujando algo con las piernas cruzadas sobre la silla, del mismo modo en que suele sentarse su tía River. Ojalá le hubiese traído su cuaderno de dibujo.

Para mi desgracia, la señora Cho me hace señas para que entre. Le digo que no, al fin y al cabo, no he sido invitada como ellos. Pero su insistencia acaba ganando y, además, hay chocolate caliente sobre una de las mesas.

—Únete a nosotras, cariño —saluda, cogiéndome por el brazo y llevándome hasta una silla vacía. Lumi levanta la cabeza de sus dibujos y sonríe al verme.

—Estábamos planificando los puestos que pondremos en el festival de Navidad —aclara Harper, como si yo no lo supiese ya.

—Lumi sugirió hace un rato que podrías hacer un taller de soplado de vidrio durante un par de horas el día de más afluencia de público —explica la señora Cho.

Dejo escapar un largo suspiro. Agradezco que Lumi se haya acordado de mí cuando nadie lo había hecho, pero ese festival en las pistas de esquí choca de lleno contra mis ideas.

—Sería perfecto —añade Harper—. Tus adornos son una maravilla. Imagina lo emocionados que estarían los niños si pudiesen hacer los suyos.

Desvío la mirada alrededor de la sala y lo único que veo son sonrisas y muchas cabezas asintiendo. Lumi me mira con los ojos muy abiertos y creo que es lo que finalmente me impulsa

a aceptar.

—No lo sé, supongo que podría hacer un diseño muy simple —admito a regañadientes.

La señora Cho apunta algo en una libreta y a continuación dibuja un cuadrado en una especie de croquis que tienen en una pizarra, que supongo que pretende representar el lugar en el que desarrollaré el taller.

—Ya puestos, nos gustaría que te ocupases de un puesto de galletas artesanales. Sabemos que se te dan muy bien y…

—En realidad, era mi abuela la de las galletas, no yo —interrumpo, aunque mi comentario no parece que llegue a sus oídos.

Varias conversaciones se cruzan al mismo tiempo y me siento perdida. Sin ni siquiera quererlo, he aceptado no solo a hacer un taller de soplado de vidrio, sino también colaborar en un puesto donde estaré haciendo galletas, que seguramente saldrán más bien mediocres.

La puerta se abre y River entra en la librería, señalando a su hermana Harper con el teléfono móvil en la mano.

—¿Por qué tengo que enterarme por mensaje de texto que estaré ayudando en un puesto de galletas en el festival? —inquiere, plantándose delante de ella con un gesto amenazante.

—Estarás con Julie —suspira Harper, haciendo un gesto hacia mí con la barbilla.

La expresión de River se suaviza de inmediato. El enfado inicial se sustituye por una sonrisa y se vuelve hacia mí, levantando el pulgar mientras me guiña un ojo. Se ve que Harper no confía demasiado en mis habilidades y ha tenido que llamar a su hermana para que me ayude.

Antes de que me pueda dar cuenta, me veo envuelta en sus discusiones sobre la organización del festival. Y lo más extraño de todo, es que, en el fondo, se siente bien formar parte de algo más grande, de algo que involucra a una gran cantidad de las personas del pueblo.

Aunque tan solo sirva para entretener a los turistas de Harper.

La gente comienza a salir de la tienda, pero yo me quedo, anotando algunas ideas en mi cuaderno. Estoy tan concentrada que ni siquiera me doy cuenta de que Harper se acerca a mí hasta que comienza a hablar.

—Gracias por venir esta noche —susurra, colocando con suavidad una mano sobre mi hombro—. Tu taller de soplado de vidrio conseguirá que este festival sea especial.

—Yo... De nada. Parece que este año va a ser todo un evento.

Harper asiente, despeinándose distraídamente el cabello... casi como si estuviese nerviosa.

—Esa es la idea. Quiero darle a la gente del pueblo algo que puedan recordar cada año,

¿sabes?

—¿A la gente del pueblo o a los turistas que llenarán tu hotel en Navidad? —inquiero, poniéndome a la defensiva.

—Julie, por favor —suspira resignada.

—Está bien, está bien, lo siento, de verdad. Supongo que a los habitantes del pueblo les vendrá bien un poco de alegría navideña para olvidarse de las preocupaciones diarias —admito, encogiéndome de hombros.

—Eso es un gran elogio viniendo de ti —ironiza.

—Ya, bueno, no dejes que se te suba a la cabeza, Harper Merriweather —bromeo, poniendo los ojos en blanco de manera dramática y consiguiendo que una preciosa sonrisa se dibuje en sus labios.

—¿Puedo acompañarte a casa? Se está haciendo tarde y River está aquí para llevar a Lumi al resort.

—Sabes que no me voy a perder, ¿verdad?

—Sí, lo sé —dice rápidamente—. Solo pensé que... Bueno, no importa. Que tengas buena noche, Julie.

—Harper, espera —su nombre sale de mi boca antes de que pueda pensarlo. Se detiene, mirándome con una mezcla entre esperanza y cautela—. Podría usar algo de ayuda para cargar estos libros que la señora Aburto me prestó para sacar ideas de manualidades, ya que te ofreces.

La sonrisa que se extiende por su rostro es como el sol rompiendo a través de las nubes en una tarde de tormenta. No necesito ninguna ayuda para llevar siete libros hasta mi casa, pero creo que solo por ver su cara de felicidad, ha merecido la pena.

Salimos al aire frío de la noche, ambas sosteniendo una pequeña pila de libros, y tiemblo. No sé si por el frío o por la presencia de Harper justo a mi lado. Quizá por ambas cosas. Me gustaría ser su amiga de nuevo. Solo amigas, con la Harper de ahora no quiero nada más, pero me preocupan demasiado sus intenciones para nuestro pueblo. Y eso es algo que no puedo simplemente ignorar.

CAPÍTULO 8

Harper

El frío del amanecer cala hasta los huesos cuando me bajo del Jeep, el motor todavía chasqueando mientras se enfría. La zona de acceso a las pistas de esquí de Silver Peaks bulle de actividad, con voluntarios y vendedores moviéndose ajetreados bajo la tenue luz. En cada uno de los puestos, todo comienza a prepararse para el día de la inauguración del Festival de Navidad. Es la principal atracción turística y fuente de ingresos del pueblo.

Y la actividad favorita de los huéspedes de mi hotel.

Nada más adentrarme entre las tiendas, diviso a Julie cerca del centro de la plaza, su pelo recogido en un moño descuidado. Está colocando delicados adornos de cristal sobre una mesa, y cada uno de ellos parece atrapar luz matutina de una forma especial. Son los “atrapasoles”, como ella los llama.

Por un momento, me olvido hasta de respirar. Incluso en la penumbra, es hermosa.

—Buenos días, Julie —saludo, tratando de parecer lo más natural posible—. Has madrugado.

—Harper. No esperaba verte por aquí, bajando a pie de pista para juntarte con los plebeyos.

Prefiero ignorar la pulla y en su lugar señalo los adornos.

—¿Necesitas ayuda para colocarlos?

Duda y a continuación asiente.

—Claro, si no te importa. Estos copos de nieve son particularmente frágiles.

Pronto, me encuentro a su lado, colocando los adornos mientras caemos en un cómodo silencio tan solo roto por pequeños comentarios.

—¿Sabes? No sé por qué, esta mañana, mientras me duchaba, recordé aquel verano que pintamos toda la tienda de tu abuela —admito, colocando con cuidado un delicado adorno de carámbano en una rama.

—Será porque estuvimos cubiertas de pintura durante días y lo has asociado a la ducha —bromea.

—Tu abuela se enfadó mucho cuando manchamos una de las alfombras —recuerdo.

—Hasta que vio lo bien que había quedado la tienda. Nos horneó toda una tanda de galletas como agradecimiento. Buah, devorabas las galletas de mi abuela.

—Devoraba todo lo que cocinaba tu abuela —suspiro.

Nuestros dedos se rozan al intentar alcanzar el mismo adorno, y el escalofrío que recorre toda mi columna vertebral casi me hace tropezar con el mostrador.

—Cuidado, son muy frágiles —murmura, sujetando mis manos entre las suyas. De repente, estamos tan cerca que puedo ver los sutiles destellos verdes en sus ojos azules y eso me deja aún peor.

—Gracias. Yo, eh, supongo que todavía estoy despertando —disimulo.

Asiente y sonríe. Un ligero rubor colorea sus mejillas.

—Es temprano, normal que estés un poco dormida —admite con un guiño de ojo.

Continuamos montando el stand y el momento incómodo se desvanece en un instante. Me habla de sus últimos proyectos de soplado de vidrio, y sus ojos brillan de emoción cuando describe una nueva técnica que está perfeccionando.

—¿Aún encuentras tiempo para dibujar entre todos esos grandes negocios? —inquiere curiosa.

—No tanto como quisiera, pero a veces, cuando no puedo dormir...

—Deberías buscar tiempo para seguir dibujando. Eras realmente buena —susurra—. O en su defecto, tener la conciencia más tranquila para poder dormir mejor —agrega con un tono que es mitad broma y mitad acusación.

Una hora más tarde, bajo un hermoso cielo azul difícil de ver en los días invernales, el puesto de Julie se ha transformado en un país de las maravillas invernal. Delicados copos de nieve y carámbanos cuelgan de las ramas, al tiempo que coloridos adornos se acurrucan sobre la mesa. Es impresionante.

—Esto es increíble —reconozco, retrocediendo para admirar lo bien que ha quedado todo.

Abre la boca para responder, pero la voz del alcalde Thompson nos interrumpe.

—Muy bien, todos. El festival de Navidad abre oficialmente en treinta minutos. Aseguraos de que todo esté perfecto.

Julie se endereza, se limpia las manos en los pantalones vaqueros y sonríe.

—Tengo que terminar por aquí. Gracias por tu ayuda, Harper.

—Buena suerte —respondo, tratando precipitadamente de buscar una excusa para no irme.

—¿Harper?

—¿Sí?

—Tu termo de café. Te lo has dejado apoyado en esa silla —indica, señalando con el dedo —. No queremos que te quedes dormida durante la ceremonia de apertura… o mientras habla el alcalde.

***

El festival cobra vida a mi alrededor en un torbellino de color y sonido. Las risas de los niños se mezclan con las melodías de los villancicos, y los puestos de artesanía local se llenan de visitantes. River me ha dicho que el taller de Julie está siendo todo un éxito y ha tenido que establecer un sistema de reservas para mañana debido a la cantidad de gente que se quiere apuntar. Nuestras miradas se cruzan a lo lejos y la sonrisa que me dedica consigue que mis rodillas tiemblen.

—¡Guau! ¿Has visto eso?

—¿Qué?

—No había visto a Julie sonreírte así en años —bromea mi hermana mientras bebe un largo sorbo de su chocolate caliente.

—No sé de qué hablas, River.

—No sé de qué hablas, River —repite en tono de burla, poniendo los ojos en blanco de esa manera dramática que siempre me ha sacado de quicio—. No te hagas la tonta conmigo. Os vi antes cuando la ayudabas a montar su puesto. Era como ver a la antigua Julie otra vez, ya sabes, antes de que...

—Antes de que me hiciese cargo de los negocios de la familia y comprase el resort —admito con sequedad—. Y lo arruinase todo.

—Sí. Antes de todo eso —asiente, tomando de nuevo un largo sorbo de su chocolate caliente —. Tal vez aún haya esperanza para vosotras dos.

—Nunca la hubo.

—Joder, la tensión sexual entre vosotras se podía cortar con un cuchillo. Yo creo que hubo un tiempo en que teníais orgasmos con solo miraros. Todavía no entiendo cómo os podíais resistir y…

—No todas teníamos las hormonas tan disparadas como tú, River —la interrumpo.

—Mira, no me hagas hablar, porque luego bien que pensabas en ella por la noche.

—¿Podemos dejar esta conversación? —exijo molesta.

—Solo te digo que eres muy lista para algunas cosas, pero para el amor eres lo más torpe que he conocido en mi vida. Joder, de verdad, Harper. Estás obsesionada con esa chica desde siempre y nunca se lo has dicho. Me parece increíble. Hasta te llegaste a casar con un modelo finlandés gilipollas para olvidarla. A veces, me dan ganas de ir yo misma y explicarle lo idiota que eres.

—Ni se te ocurra —advierto, señalándola con el dedo índice.

—No lo voy a hacer, pero, joder, Harper. Esa chica se está ablandando contigo, no hay más que verla. En el fondo, busca una excusa para que le expliques que en realidad no quieres joder el pueblo como ella se piensa. Con solo hacer un mínimo esfuerzo te la llevarías a la cama. Y créeme, yo soy experta en ese tipo de cosas. Reconozco fácilmente cuando alguien te quiere follar —añade con un guiño de ojo.

—Tú lo que eres es gilipollas. No sé qué hago aquí hablando contigo con todo lo que tengo que hacer —protesto, alejándome de River a grandes zancadas.

***

—Siempre pensé que tú y Julie acabaríais juntas —murmura Ivy, colocándose junto a mí.

Resoplo, sacudiendo la cabeza.

—Joder, qué pesadas estáis esta mañana con eso. ¿Te envía River?

—No sé de qué coño hablas. Ni siquiera he visto a River esta mañana. Solo te digo que siempre pensé que acabaríais juntas.

—Eso fue hace mucho tiempo. Las cosas son diferentes ahora —me quejo.

—¿Lo son? —pregunta arqueando una ceja con una precisión milimétrica. Sin duda, ese gesto lo heredó de nuestra madre—. Porque la impresión que me da es que parece que ambas seguís locas la una por la otra. Solo que sois demasiado cabezotas para decirlo.

Abro la boca para discutir, pero las palabras mueren en mi garganta. En el fondo, sé que tiene razón. A pesar de los años y los malentendidos, todavía hay algo ahí dentro. Una chispa que se niega a extinguirse, al menos para mí. No sé si Julie aún lo siente.

Si lo hace, esa chispa es frágil, y me aterroriza extinguirla completamente cuando se entere de los planes de expansión. La idea de perderla de nuevo, justo cuando estamos empezando a reconectar, es casi insoportable.

—Necesito decirle la verdad sobre los planes de expansión que tenemos —admito en voz baja.

Mi hermana me aprieta el brazo.

—Sí, debes hacerlo. Pero quizás espera hasta después del festival de Navidad. Déjala tener este momento de felicidad, al menos. No sabemos cómo se lo va a tomar.

Asiento, observando cómo Julie bromea con mi hija mientras beben una enorme taza de chocolate caliente. Ambas se ríen de algo, y se les ha quedado una marca marrón en los labios.

—Sí —suspiro—. Después del festival de Navidad.

CAPÍTULO 9

Harper

Esa misma tarde, recorro de nuevo los distintos puestos del festival de Navidad. La explicación oficial es que quiero asegurarme de que todo funciona a la perfección. La real, encontrar cualquier excusa para estar cerca de cierta persona.

Al acercarme al puesto de Julie, me lo encuentro vacío. “Regreso pronto, fui a por chocolate caliente”, reza una gran nota sobre la mesa.

Se me escapa una sonrisa y me dirijo al puesto de las bebidas. En cambio, por el camino, observo de lejos a Julie junto a mi hija en la pista de patinaje.

Julie patina hacia atrás con facilidad mientras explica a Lumi los secretos para deslizarse por el hielo y, por unos instantes, me quedo parada, simplemente observándolas. Supongo que la sonrisa tonta continúa en mis labios.

—Lo estás haciendo muy bien—. Solo mantén tu mirada en mí y dobla un poco más las rodillas —indica.

Lumi saca ligeramente la lengua en ese gesto de concentración tan característico suyo, mientras patina con una facilidad que yo no sabía que tenía. Parece feliz, sus mejillas sonrojadas por el frío y el esfuerzo. Lo están pasando tan bien que algo me empuja a formar parte de ese momento.

—Un par de patines, talla ocho —indico en el puesto de alquiler, entregando mi tarjeta de crédito.

—No hace falta la tarjeta, señorita Merriweather —asegura el encargado de los alquileres, seguramente sorprendido al ver que la directora de todo esto pretende patinar.

Mis primeros pasos sobre el hielo son horribles. Pensé que sería más parecido al esquí, pero no tiene nada que ver. Me agarro a la barandilla y voy avanzando poco a poco alrededor de la pista hasta que estoy más cerca de ellas.

—¿Mamá? —Lumi se ríe, casi perdiendo el equilibrio al verme avanzar de manera tan torpe.

Al escucharla, Julie se gira y la expresión de sorpresa es más que evidente en su rostro.

—¿Harper? ¿Qué haces aquí? ¿Estás patinando sobre hielo? Pero si nunca quisiste aprender.

—Lo estoy intentando —respondo con dificultad.

—Ven, dame la mano, yo te llevo —sugiere, extendiendo su brazo derecho hacia mí—. Me alegro de que por fin te hayas decidido después de tantos años.

—No seas rara, mamá. La gente te está mirando —indica mi hija, algo avergonzada—. Al menos intenta ponerte derecha y no hagas caer a Julie.

Por suerte, pronto voy ganando confianza. Vale, puede que esté apretando demasiado fuerte la mano de Julie, pero el caso es que poco a poco, comienzo a deslizarme por la pista con cierta solvencia. Eso, hasta que uno de los patines decide cobrar vida propia y pierdo el equilibrio.

Lumi se detiene al verme, soltando una larguísima carcajada mientras Julie trata de sujetarme para que no acabe tirada en el hielo. Frente a mí, River se tapa la boca con las manos muerta de risa, seguramente dándose cuenta de que al intentar sujetarme, la mano derecha de Julie ha acabado en uno de mis pechos.

—Gracias por no dejarme caer —murmuro, abrazándome a ella con las piernas todavía temblando.

—Para eso están las amigas. ¿Quieres hacer una pausa?

—Sí, eso estaría bien —admito.

—¡Mamá! —protesta Lumi—. Lo estaba pasando genial.

Por suerte, aparece un grupo de sus amigas de la escuela y pronto se une a ellas. Dan vueltas a la pista con una facilidad pasmosa y, por unos instantes, me empeño en grabar esa alegría a fuego en mi mente. El tiempo y la vida pasan demasiado rápido. Antes de que quiera darme cuenta, será una adolescente y estará protestando de lo mala persona que es su madre.

Tras devolver los patines, nos dirigimos directamente al puesto en el que la señora Cho sirve chocolate caliente, sentándonos en uno de los bancos mientras observamos a mi hija patinar sin esfuerzo con sus amigas.

—Se parece mucho a River el primer verano que vinisteis a Silver Peaks —susurra Julie, señalando hacia mi hija con la barbilla.

—¿A River? ¿No a mí?

—Tú eras mucho más tímida. Joder, apenas hablabas con nadie si no te preguntaban algo de manera directa. Y, aun así, había que sacarte las palabras de la boca. River era la que hacía amigas con facilidad. No te lo digo como crítica —se apresura a aclarar—. Siempre me gustó mucho esa timidez, aunque intentes esconderla tras esa fachada de mujer fría y calculadora.

—Lumi te adora —reconozco, dejando escapar un suspiro que no sabía que estaba

conteniendo.

—Y yo a ella. Es una niña maravillosa. La estás educando muy bien. A pesar de crecer rodeada de todos los privilegios que supone vuestro dinero, mantiene los pies en la tierra y se preocupa de los demás. Tú también eras así.

—¿Era?

—Lo estoy pasando muy bien, Harper. No quiero discutir, ¿vale? —se queja alzando las cejas.

CAPÍTULO 10

Julie

—Buenos días, señoras —saludo, esbozando una sonrisa al ver entrar a la tienda a dos de las vecinas del pueblo con los brazos entrelazados—. ¿Puedo ayudaros a encontrar algo en concreto?

La señora Thornberry agita la mano en el aire, como si estuviese espantando una mosca o algún otro tipo de insecto que la molestase.

—Oh, no, cariño. Vamos a echar un ojo, si no te importa —responde sin desviar la mirada de las estanterías.

—Si tenéis cualquier duda o lo que sea, estaré en la trastienda —anuncio, señalando con la barbilla hacia la mesa cubierta de facturas.

Me sumerjo en el papeleo de mala gana. Hace años, tenía un contable que se encargaba de este tipo de cosas. Ahora, las ventas no van todo lo bien que me gustaría. Mis creaciones son artesanales y no puedo competir con los precios más bajos de la producción en masa. Mi oficio se va perdiendo poco a poco en todas las zonas del país. Las deudas se acumulan y cada mes es una lucha por mantenerse a flote.

Sin embargo, un comentario en la tienda capta mi atención. No solo eso, sino que me deja literalmente temblando.

—¿Las has visto en la pista de patinaje el día que se inauguró el festival de Navidad? —susurra la señora Wilkins. O intenta susurrar porque como está algo sorda, siempre habla demasiado alto.

—Oh, fue precioso —responde la señora Thornberry—. Con la mayor de las Merriweather. Es tan bonito ver que Julie por fin le está dando una oportunidad. Siempre estuvo enamorada de ella, se nota a la legua.

—Y además es un partidazo con todo el dinero que tiene su familia —añade la señora Wilkins haciendo un gesto exagerado.

La factura que sostenía en la mano cae sobre la mesa. Lucho por procesar el significado de esas palabras, con tan mala suerte que en un momento de distracción tiro el vaso de agua, que estalla en mil pedazos contra el suelo de madera.

—¡Julie! ¿Estás bien, ahí, cariño? —pregunta la señora Wilkins, apresurándose hacia la

trastienda.

—Sí, sí, tranquila. Estoy bien, perfectamente —logro decir, todavía confusa mientras me arrodillo para limpiar el desastre—. Solo estoy un poco torpe esta mañana, supongo.

Mientras recojo los cristales rotos, mis pensamientos se aceleran. ¿Tan obvio es para todo el mundo menos para mí? ¿Todo el pueblo ha visto lo mucho que disfrutamos ese día? Hubo un tiempo en que estaba totalmente segura de que Harper sentía algo por mí. Tanto o más de lo que yo sentía por ella. Éramos inseparables, pero había algún tipo de tensión más allá de la amistad. En algunos instantes era evidente, o eso creía yo, al menos.

El modo en que me miraba, cómo se pegaba a mi cuerpo si dormíamos en la misma cama, la manera en que dejaba caer la cabeza sobre mi hombro. Las señales parecían muy claras.

Durante un tiempo, le lancé un montón de indirectas. Bueno, indirectas supongo que es quedarse corta, porque se lo puse literalmente en bandeja. Y, aun así, no hubo manera. Recuerdo que hasta se lo pregunté a su hermana. Por aquel entonces, tanto River como yo, hacía tiempo que teníamos claras nuestras preferencias sexuales. El mensaje de su hermana pequeña no fue nada claro y, cuando por fin me decidí a confesarle a Harper lo que sentía por ella, apareció en su vida aquel modelo finlandés y destrozó mi corazón en mil pedazos.

Pero, hace un par de días, el recuerdo de patinar de la mano con ella, riendo y sin preocupaciones, regresa como una oleada a mi mente. Durante media hora, me olvidé de nuestra complicada historia. En esos treinta minutos, ignoré sus planes para convertir nuestro pueblo en una masificación de turistas, robándole su esencia. Simplemente, me sentí feliz. Me sentí parte de algo.

—No te preocupes por eso, cariño —corta la señora Thornberry, devolviéndome bruscamente a la realidad—. Todas tenemos nuestros momentos torpes. Especialmente cuando estamos distraídas o pensando en alguien —añade con un guiño de ojo.

Levanto los ojos y observo que intercambia una mirada cómplice con su amiga. Siento que se me pone roja hasta la punta de las orejas y bajo la cabeza de nuevo, concentrándome en limpiar los últimos fragmentos de cristal.

Por suerte, ambas regresan a la parte principal de la tienda y observan con detenimiento una nueva línea de adornos en los que se reflejan algunas partes del pueblo.

—Estos son realmente preciosos, Julie —afirma la señora Wilkins, examinando el adorno con curiosidad—. Te has superado este año.

—Gracias. Quería capturar la esencia de nuestro pueblo. Sobre todo, la manera en que se ve durante las Navidades, todo iluminado y mágico, rodeado de nieve.

La señora Thornberry asiente con aprobación.

—Y lo has logrado. Es importante preservar estas cosas, ¿verdad? Las tradiciones de Silver Peaks deberían permanecer inquebrantables.

—Eso es exactamente lo que deseo —confieso, aunque se me forma un nudo en la garganta al pronunciar la frase.

Mientras las dos mujeres continúan admirando la nueva colección o charlando sobre los próximos eventos navideños, mis pensamientos regresan a Harper. ¿Es posible preservar lo que más importa mientras permitimos el cambio? Me siento traicionada, ella amaba este pueblo. Me lo dijo en un millón de ocasiones. Lo prefería a cualquier otro de esos maravillosos lugares en los que su familia posee hoteles de lujo. Siempre repetía que prefería Silver Peaks a Aspen, a los Alpes Suizos, a cualquier otro sitio.

Supongo que ahora prefiere el dinero.

La campana de la puerta suena de nuevo y, al levantar la vista, como si hubiese sido convocada por algún tipo de magia, aparece Harper. Hace una pausa al ver a dos de las vecinas del pueblo, parece insegura. Entre las manos sostiene una bandeja cubierta con una bolsa de papel.

—Espero no estar interrumpiendo nada. Solo pasaba por aquí a traerte unos rollos de canela que Lumi y yo horneamos hace un rato —indica con timidez, entregándome la bandeja.

—¿Sin ayuda de River?

—Sin ayuda de River —repite, encogiéndose de hombros.

Se me escapa una sonrisa tonta recordando una época en la que bromeé diciendo que la mejor manera de conquistar a cualquier persona era con la comida. Harper me traía los platos más deliciosos. Duró casi un mes, hasta que me enteré de que, en realidad, era River la que los cocinaba. Me enfadé mucho con ella, por tratar de engañarme, pero ahora pienso que en realidad lo hizo con buena intención.

—Oh, ¿no es un cielo? —susurra de manera dramática la señora Wilkins detrás de mí.

—Un cielo y un partidazo —añade su amiga, dedicándome un claro guiño de ojo antes de abandonar la tienda.

Las acompaño hasta la puerta y, al regresar, me encuentro a Harper admirando los mismos adornos que ellas.

—Guau. Capturan la belleza de nuestro pueblo de manera casi mágica —susurra.

—¿Nuestro pueblo?

—No nací aquí —admite casi como una disculpa—. Pero lo considero mi hogar por delante de cualquier otro sitio. En serio, Julie, son increíbles. La manera en que reflejas cómo la luz baña las montañas, los pequeños detalles de la calle principal. Es una maravilla.

—Bueno, gracias, supongo. Y gracias también por los rollos de canela.

—Sí, creo que debo irme, tengo una reunión con… voy con un poco de prisa —añade, frotándose la nuca nerviosa.

CAPÍTULO 11

Julie

—Otra vez Tommy llamando desde el festival de Navidad, juro que me está volviendo loca —mascullo entre dientes al comprobar la pantalla del teléfono móvil.

—¿Señorita Winter? Eh, tengo una pregunta sobre los adornos.

Cierro los ojos y cuento mentalmente hasta cinco antes de responder.

—¿Cuál es el problema esta vez, Tommy?

—Bueno, verá, hay una señora que quiere saber si podemos personalizar los copos de nieve con nombres. Le dije que no podíamos, pero luego pensé que tal vez sí, y ahora no sé qué decirle —explica, tartamudeando ligeramente.

Me pellizco el puente de la nariz, luchando contra una oleada de frustración que está a punto de consumirme. Creo que es la décima llamada desde que le dejé al cargo del puesto en el festival.

—Tommy, ya hemos hablado de esto. Los copos de nieve no pueden personalizarse. Ninguno de los adornos que tenemos en el festival puede, por eso tienen un precio especial. Si quieren algo único, deben venir a la tienda.

—Claro, claro —responde rápidamente—. Entonces, ¿le digo que no?

—Sí, dile que no —confirmo, mi voz más cortante de lo que pretendo—. Limítate a lo que discutimos, ¿vale?

—Está bien, señorita Winter. Perdone la molestia, intentaré no molestarla más.

Mientras cuelgo la llamada, me doy cuenta de que quizás dejar que Tommy, a sus diecisiete años, se encargue del puesto en el Festival de Navidad sin ningún tipo de experiencia, no fue la decisión más sabia. Ahora ya es tarde, y tengo que confiar en que se las arregle lo mejor posible.

—¡Julie! —chilla Lumi desde la puerta, casi saltando mientras corre hacia mí—. Vengo para nuestra lección de hoy.

Esta vez ha venido con River, que permanece junto a la entrada, con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta acolchada.

—Gracias por aceptar todas estas lecciones, Julie. La niña está aburrida sin colegio durante

las vacaciones y Harper anda sumergida en asuntos del resort, ya sabes —añade casi a modo de disculpa.

—En el fondo me estáis salvando la vida con estas lecciones, pero no se lo digas a tu hermana —confieso—. Las ventas no van todo lo bien que me gustaría. Y, bueno, Lumi es mi alumna favorita, así que todo perfecto.

—¿Podríamos hacer un adorno navideño para mi madre? —inquiere la niña, tirando de mi jersey.

—Solía encantarle la Navidad.

—Oh, todavía le gusta. Tendrías que verla con un gorro de Papá Noel por la casa cuando nadie la ve —comenta de manera distraída mientras se sienta dispuesta a soplar vidrio con su caña.

Trato de desterrar de mi mente la imagen de Harper con un gorro de Santa Claus y su habitual expresión estoica mientras la pequeña no deja de parlotear.

—¿Sabes? Mamá habla muchísimo de ti —admite antes de soplar.

—¿Ah, sí?

—Sí, todo el tiempo. Tiene uno de tus adornos sobre su mesa de despacho y lo acaricia cuando cree que nadie la ve —añade—. Una estrella muy bonita de color azul —explica, sacando ligeramente la lengua mientras se concentra en moldear el adorno.

Recuerdo aquel día a la perfección. Fue justo antes de que comprase el hotel y las pistas de esquí. Nos enfadamos, grité al enterarme de que pensaba comprarlo y hacer algunos cambios. Fue cuando me dijo que quería traer más turistas al pueblo. Se le escaparon las lágrimas al oírme gritar y ella nunca llora.

A continuación, le di la estrella como ofrenda de paz, un tonto intento por reparar nuestra amistad y hacerle ver la belleza de Silver Peaks tal como es. Cuando, de todos modos, siguió adelante con la compra, prácticamente la dejé de hablar. No había pensado en esa estrella desde entonces, ni siquiera sabía que la conservaba.

—¿Julie? ¿Hice algo mal?

Sacudo la cabeza, forzando una sonrisa.

—No, cariño, claro que no, lo estás haciendo genial. Es solo que estaba un poco distraída. Vamos a añadir algo de color a esta estrella, ¿vale?

Mientras trabajamos, mi mente da vueltas. Harper conservó aquel regalo. Todos estos años, a través de todas nuestras discusiones y tensiones, ha mantenido ese pequeño pedazo de mí cerca

de ella. En un sitio donde lo puede ver de continuo.

—¿Crees que a mamá le gustará? —inquiere la niña, observando orgullosa el adorno que acaba de terminar. Está algo torcida, no es perfecta ni mucho menos, pero los remolinos que ha añadido en rojo y verde atrapan la luz de una manera hermosa.

—Le va a encantar —le aseguro.

—Julie, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro, peque —asiento, ayudándola a quitarse el equipo de seguridad.

—¿Te gusta mi madre?

—¿Qué has dicho?

—Que si te gusta mi madre —repite de manera inocente.

—Yo... A ver, tu mamá y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. No siempre estamos de acuerdo en algunas cosas, pero...

—¿Pero te gusta o no? —insiste, con expresión seria.

—¿Por qué me preguntas eso, Lumi?

—Porque creo que tú le gustas. Mucho.

—¿Qué te hace pensar que eso es así? —inquiero con miedo.

—La escuché mientras hablaba con la tía River. Dijo que estaba enamorada de ti y mi tía le respondió que era idiota y que debería decírtelo de una vez y dejarse de juegos. Luego River añadió algo que no puedo repetir, pero que te imaginas… cosas de adultos.

Abro la boca y la vuelvo a cerrar, sin saber cómo responder. ¿Cómo puedo explicarle la complicada historia entre Harper y yo a una niña de once años?

—Es difícil de explicar —confieso.

Lumi pone los ojos en blanco con ese dramatismo de los preadolescentes.

—Los adultos siempre decís algo así. No veo por qué es difícil de explicar. Si te gusta alguien, deberías decírselo.

—No es tan sencillo.

—Lo es. ¿Pensarás en ello? ¿En decirle a mi madre que te gusta? Sé que está triste. Pretende ser la persona perfecta que lo organiza todo, pero, cuando nadie la ve, se pone triste y a veces llora.

—Vaya —suspiro sin ni siquiera saber qué decir—. De momento, vamos a envolver el adorno navideño con un lazo bonito para que se alegre, ¿vale?

Mientras Lumi me ayuda con un lazo rojo al que insiste en darle forma de corazón, me pregunto si la niña tiene razón. ¿Es cierto que Harper siente algo por mí? ¿Podría funcionar en caso de ser así? Porque la Harper de ahora nada tiene que ver con aquella chica desinteresada de la que estuve perdidamente enamorada. Y, aun así, el hecho de que haya guardado mi estrella todos estos años consigue que mi estómago se llene de un millar de mariposas.

—Ya está —anuncio al terminar de hacer el lazo—. Todo listo.

Justo en ese instante, escucho unas voces en el exterior que llaman mi atención.

—Quédate aquí, Lumi. Vuelvo enseguida.

Salgo a la calle, tiritando por el aire frío y un grupo de hombres y mujeres vestidos con caros trajes y abrigos aún más caros caminan por la calle principal del pueblo.

—Mira este lugar —tercia uno, señalando alrededor con el dedo índice—. Tanto potencial sin explotar. Con las inversiones adecuadas, podríamos transformar todo el pueblo. Se duplicaría la llegada de turistas sin mucho esfuerzo.

Una mujer de unos sesenta años asiente con entusiasmo.

—Habría que modernizar muchas cosas, es la clave. Eso es lo que Silver Peaks necesita.

Prácticamente me entran ganas de vomitar al ver las carpetas que llevan consigo. Su logotipo me resulta demasiado familiar: "Merriweather Luxury Resorts, Inc." Y justo entonces, la veo. Harper se dirige hacia mí y la expresión en su rostro refleja culpa, confirmando mis peores temores.

—¿Qué coño es todo esto? —inquiero, alzando la voz.

—Julie, puedo explicarlo —susurra, acercándose a mí.

—¿Explicar qué, Harper? —chillo colocando las palmas de mis manos sobre su pecho para que no se acerque—. ¿Cómo planeas 'modernizar' nuestro pueblo? ¿Cómo pretendes derribar todo lo que hace especial a Silver Peaks para llenarlo de turistas?

—No es así. Estamos tratando de traer nuevas oportunidades, de crear empleos, riqueza para el pueblo —explica, pasándose nerviosa la mano por el pelo y cogiéndome por el codo para llevarme dentro de la tienda.

—¿Destruyendo lo que ya está aquí? —interrumpo, elevando la voz sin importarme que los ejecutivos se me han quedado mirando.

Seguramente por eso quiere que entremos en la tienda, para que sus directivos no vean cómo la gran líder no sabe manejar una situación difícil.

—¿Qué quieres hacer? —insisto, apartando su agarre con un manotazo—. ¿Quieres

reemplazar los negocios locales con cadenas comerciales y franquicias? ¿Pretendes convertir nuestro pueblo en otro resort más del montón? ¿De esos que no tienen alma ni personalidad? —con cada frase el tono de mi voz va en aumento.

—Julie, por favor. No hagamos esto aquí. ¿Podemos hablarlo en otro momento?

—No creo que tengamos nada de que hablar. Has dejado claras tus intenciones —gruño sin darme cuenta de que Lumi está en la tienda.

—¿Mamá? ¿Qué está pasando? —pregunta confusa.

—Nada, cariño. Solo un malentendido.

—No es un malentendido —interrumpo con voz tensa—. Tu madre está planeando cambiar todo en nuestro pueblo. Destruirlo.

La niña alterna la mirada entre ambas. Indecisa sobre a quién creer.

—¿Es eso cierto, mamá?

Harper niega lentamente con la cabeza, pero en su mirada puedo observar una tristeza infinita.

—Estoy tratando de ayudar al pueblo a crecer, a mejorar. No quiero destruir nada.

—¿Quieres cerrar las tiendas pequeñas como la de Julie y las demás? Una niña dijo eso en el colegio y la llamé mentirosa.

Harper lucha por encontrar las palabras correctas, y una chispa irracional de satisfacción se mezcla con la ira que siento en mi interior. A ver cómo intenta justificar eso ante su hija.

—No, eso no... Yo no... —se detiene, parece perdida.

—Por un momento yo… joder, llegué a pensar en que la Harper de antes seguía ahí dentro, en algún lugar. El patinaje, los rollos de canela, tu actitud. Sigues siendo la misma mentirosa de estos últimos años, solo te importa el dinero. Nada más. El resto de las personas no somos más que peones en tus grandes planes, piezas que puedes sacrificar para obtener mayores beneficios. Como si necesitases aún más millones. No sabes cuánto me has decepcionado, Harper. Por favor, vete de aquí —suspiro.

—Julie, yo…

—Lumi, cariño, siento que hayas tenido que presenciar esto —interrumpo al ver las lágrimas rodar por las mejillas de la niña.

CAPÍTULO 12

Harper

Observo a Julie cerrar la tienda de un portazo y se me forma un nudo en el estómago.

Mi hija me observa intrigada, sus ojos azules muy abiertos con una mezcla entre la confusión y el dolor.

—Mamá, ¿estás intentando destruir el pueblo? —su voz se quiebra mientras lucha contra las lágrimas que amenazan con rodar por sus mejillas.

Se me encoge el corazón al escucharla. Me inclino ligeramente, notando que ya no necesito arrodillarme para estar a la altura de sus ojos.

—No, cariño. No se trata de eso en absoluto —le aseguro.

—Entonces, ¿por qué Julie está tan enfadada? ¿Qué significa toda esa gente con carpetas de tu empresa?

Abro la boca un par de veces sin que las palabras salgan de mi garganta, tratando de encontrar los términos adecuados para mi explicación.

—Son tan solo estudios preliminares. Estamos considerando diferentes opciones, pero nada está decidido aún —explico, sin querer entrar en detalles.

—¿Qué significa eso?

—Significa que solo estamos recopilando información. Queremos saber qué podría funcionar mejor para Silver Peaks, aunque no hemos tomado ninguna decisión final. Queremos hacerlo mejor, no peor.

La mirada de Lumi alterna entre mi rostro y la puerta cerrada de Julie mientras una lágrima solitaria resbala por su mejilla.

—Pero Julie dijo...

—Sé lo que dijo —la interrumpo, bajando el tono de voz hasta convertirlo casi en un susurro —. Está preocupada por los cambios en el pueblo que ama. Lo entiendo, es natural. Yo también amo este pueblo, aunque no haya nacido aquí. Nunca haría nada que no fuese bueno para esta comunidad.

—¿Entonces por qué quieres cambiarlo?

—A veces, el cambio puede ser algo bueno. Puede traer nuevas oportunidades y empleos. Más riqueza. Te prometo que no intento destruir nada —explico, incorporándome y estirando la espalda.

—Sigo sin entenderlo. Si es tan bueno para el pueblo, ¿por qué están todos tan molestos contigo? —inquiere, su labio temblando ligeramente.

Las lágrimas de mi hija son como una acusación, un recordatorio de cada vez que he intentado proteger a la gente ocultando información.

—Ven aquí —susurro, rodeándola con el brazo y atrayéndola hacia mi cuerpo. Lumi entierra su rostro en mi pecho, temblando con unos ligeros sollozos que me parten el alma—. Lo siento. Debería haberte explicado mejor las cosas.

Permanecemos así unos instantes mientras el aire frío de Montana nos golpea. Acaricio su pelo, retirando algunos copos de nieve al tiempo que mi mente da vueltas. ¿Cómo arreglo esto?

—Oye —indico, colocando dos de mis dedos bajo su barbilla para levantarla—. ¿Por qué no vamos a tomar un chocolate caliente? Hace mucho frío aquí y acabaremos cogiendo un resfriado. Podemos hablar más sobre esto, y responderé todas tus preguntas. ¿Vale?

Asiente, limpiándose los ojos con el dorso de la mano.

—¿Podemos invitar a Julie? Así se lo podrías explicar a ella también.

—No creo que Julie quiera hablar conmigo en estos momentos, cariño —respondo, dejando escapar un largo suspiro de frustración.

Cojo su mano y nos dirigimos hacia el Café de Dory al final de la calle. El viento está tan frío que corta y los nubarrones negros que se forman en el cielo, amenazando tormenta, son un reflejo de lo que siento en mi interior. Mientras caminamos, no puedo sacar de mi mente las palabras de Julie. El dolor en sus ojos, la decepción en su tono.

—¿Mamá? —la voz de mi hija me saca de mis pensamientos.

—¿Sí, cariño?

—Es raro lo tuyo con Julie.

Me detengo en seco, girándome para mirarla.

—¿Por qué dices eso?

Se encoge de hombros, mirando al suelo como si allí pudiese encontrar la respuesta.

—No lo sé. Es solo que... nos estábamos divirtiendo tanto en el festival, y ahora ni siquiera os habláis.

—Lumi, mírame —indico, levantando de nuevo su barbilla entre mis dedos—. Nada de esto

es culpa tuya. No quiero ni que se te pase por la cabeza. Es solo que… bueno, Julie y yo tenemos una historia complicada, y a veces, las personas adultas no estamos de acuerdo en algunas cosas, pero eso no tiene nada que ver contigo.

—¿Te importa si nos olvidamos del chocolate caliente y volvemos a casa? —se limpia los ojos, y menea la cabeza en un gesto que se parece tanto a River que me sobresalta—. Hay amigas del colegio y no quiero que nadie me vea así.

—Haremos chocolate caliente en casa. ¿Qué te parece? —propongo con un guiño de ojo.

Mientras conduzco por la empinada cuesta que lleva hacia el resort, llamo a River por el manos libres, dispuesta a solucionar esto de una vez por todas.

—¿River? Soy Harper. Necesito que llames a Ivy y Sloane para una reunión de emergencia. Sí, ahora. Es importante.

—¿Les vas a contar a las tías los cambios en el pueblo?

—Sí. Debería haberlo hecho antes —reconozco, asintiendo lentamente con la cabeza.

En la sala de conferencias, River camina de un lado a otro junto a la ventana, mientras Ivy se apoya contra la pared, con los brazos cruzados. Sloane está sentada en el borde de la mesa golpeando su bolígrafo contra un bloc de notas de manera impaciente.

—¿A qué viene tanta prisa, Harper? —pregunta Ivy en cuanto cierro la puerta tras de mí.

—Os debo una disculpa y una explicación.

Mis hermanas me miran, sus expresiones varían entre preocupación y curiosidad, aunque creo que mucho más esto último.

—He estado trabajando en algunos planes para la fase dos de la expansión del resort, ahora que las renovaciones están terminadas, pero es más que eso. Quiero crear una fundación para preservar los negocios de artesanía tradicional en Silver Peaks.

—¿Como el soplado de vidrio de Julie? —corta Sloane, que siempre ha sido bastante directa.

—Sí. La tienda de Julie sería uno de los negocios incluidos en el proyecto.

—Entonces, ¿por qué tanto secreto? —pregunta Ivy, alejándose de la pared—. Eso suena genial, ¿no? La verdad es que no veo que la gente del pueblo se vaya a oponer si se lo explicas bien. Otra cosa será el resto de los accionistas de la empresa ajenos a la familia, a esos no creo que les guste. Pero tienes mi voto, ya sabes que confiamos en ti, nos ha ido muy bien hasta ahora.

—Quería esperar hasta que todo estuviese bien pensado antes de anunciarlo. Precisamente

ese es el principal escollo, será difícil convencer al consejo de administración cuando es mucho más fácil ganar dinero llenando el pueblo de turistas, como hemos hecho en otros lugares. Por eso necesito vuestro apoyo.

River deja de caminar y me clava una mirada dura. Ella es la única que está al tanto de mis planes.

—¿Y cómo te está funcionando eso?

Hago una mueca y me encojo de hombros, buscando las palabras correctas antes de contestar.

—No muy bien —suspiro—. Julie escuchó parte de una conversación de los expertos en marketing y piensa que estamos intentando reemplazar los negocios locales con cadenas comerciales y franquicias. Está bastante enfadada ahora mismo.

—Ya, bueno —murmura—. La verdad es que no me extraña que esté molesta porque estás siendo una auténtica gilipollas con esa chica.

Ivy y Sloane nos miran con sorpresa, sin entender el comentario y la escena casi me devuelve a nuestros años de adolescencia cuando River y yo hablábamos de chicas y las gemelas nos miraban sin comprender nada.

—Lo sé. La he fastidiado. Debería haber sido más transparente desde el principio.

—Ya, no jodas. No será por las veces que te lo dije, ¿verdad? —protesta River.

—Entonces, ¿cuál es exactamente tu plan? —inquiere Sloane, inclinándose hacia delante.

Describo mi visión: un programa para apoyar a los artesanos locales, proporcionar financiación para aprendices y crear un escaparate para las artesanías tradicionales dentro del resort. Seguramente impulsará el turismo, especialmente ofreciendo clases a los visitantes.

—No se trata solo de preservar los procesos tradicionales de producción. Se trata de hacerlos sostenibles en el mundo moderno. Dar a los artesanos como Julie los recursos que necesitan para prosperar.

Ivy asiente lentamente y se queda pensativa unos instantes.

—Pero ¿por qué mantenerlo en secreto? ¿Por qué no se lo has dicho a Julie? Sois amigas, o al menos lo erais. Ella debería haber estado involucrada desde el principio —añade.

—Porque nuestra hermana mayor es gilipollas. Al menos para ese tipo de cosas —corta River, poniendo los ojos en blanco con un gesto dramático.

—Sí, básicamente por eso —confieso.

—Aquí, la idiota de Harper quería sorprenderla —continúa—. Como no se atreve a decirle

de una jodida vez lo que siente por ella, quería hacer un gran gesto en plan caballero de brillante armadura y luego Julie caería a sus pies, totalmente enamorada y dispuesta a follar sin descanso.

—Eres imbécil, River —protesto.

—Ya, pero es la verdad.

—¿Estás haciendo todo eso para irte a la cama con Julie? —pregunta Sloane, clavándome la mirada.

—¿Qué? No, joder. Eso es una gilipollez. Lo hago por el futuro del pueblo, por responsabilidad corporativa y todo eso. Creo que debemos ayudar a las comunidades en las que ponemos los resorts, porque eso ayuda también a nuestra empresa a largo plazo.

—Y porque lleva enamorada de Julie desde que tenía quince o dieciséis años —insiste River.

La sala de juntas se queda en silencio mientras mis hermanas asimilan lo que está ocurriendo.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Vas a contarle todo a Julie. Toda la verdad y sin más secretos? —pregunta Ivy.

—Sí, supongo que ya va siendo hora de que lo haga —mascullo entre dientes—. Hace mucho tiempo, uno de los primeros veranos que vinimos a Silver Peaks, me dijo que los secretos son como los copos de nieve. Parecen estar bien hasta que se acumulan y te acaban aplastando.

—Cuenta con nuestro voto en el consejo de administración, pero soluciona de una jodida vez tus problemas con Julie, porque hay días en que pareces una zombi —añade River, levantándose para dirigirse a la puerta.

CAPÍTULO 13

Julie

Esa noche, la nieve golpea con más fuerza de la esperada, cubriendo en minutos Silver Peaks con un manto blanco inmaculado. Me dejo caer en el sofá con el televisor apagado, hojeando un álbum de fotos desgastado mientras pongo algo de música navideña sin saber muy bien por qué.

Recorro las fotos con la punta de los dedos. Muchas de ellas junto a Harper, parecía ser una constante en mis momentos de felicidad. En una de ellas aparecemos frente al resort, cuando todavía pertenecía al amigo de su padre. Se ve mucho más viejo y descuidado, falto del mantenimiento que tiene ahora.

Recuerdo ese verano como si fuese ayer; el sol cálido sobre nuestra piel, el sonido de su risa resonando en las montañas, la calidez de su mano en la mía mientras explorábamos senderos ocultos. En aquellos tiempos, todo parecía posible.

Mi mirada se posa en otra foto, esta es mucho más reciente. Harper sostiene a una pequeña Lumi envuelta en mantas, su fino pelo rubio asomando por un gorro de lana. Fue su primera Navidad en Silver Peaks, la niña era tan solo un bebé. Me dolió infinito cuando me enteré de que se había casado con aquel modelo finlandés. Luego, lo dejaron pronto, pero Lumi estaba ya en camino. Aquella tarde, mientras acunaba a la cría entre mis brazos y le cantaba una nana, soñé con que quizá, un día, las tres podríamos formar una familia.

—Tienes un don con ella, la tranquilizas —me dijo Harper cuando conseguí que se durmiese.

—Es una niña preciosa —suspiré, creando un vínculo extraño desde aquel mismo día.

Las cosas parecían ir bien. Harper y Lumi siempre encontraban un hueco para venir por los veranos. A veces, también en Navidad para esquiar. Y una noche oscura, sin luna, similar a la de hoy, soltó la bomba que lo cambió todo.

—Voy a comprar el resort —dijo de pronto—. Tengo grandes planes, Julie. Este pueblo podría ser algo increíble.

—¿Grandes planes? ¿Qué significa eso? —pregunté, sintiendo que se me formaba un nudo en la garganta.

Conocía bien los grandes planes de su familia. Tuve la suerte de ser invitada a todos sus resorts en la época en la que éramos inseparables. Sabía perfectamente lo que hacían con los pueblos en los que se ponían. Les robaban el alma, perdían su esencia. Se convertían en pueblos de montaña todos iguales a los demás. Llenos de franquicias, con un gran centro comercial, tiendas de ropa de marcas conocidas por todos los lados. Restaurantes de lujo. Ni un solo pequeño negocio sobrevivía. En realidad, no sabías ni en qué lugar te encontrabas, todos eran casi iguales. Sin personalidad.

Harper se lanzó a dar una explicación detallada sobre expansiones, modernizaciones y aumento del turismo. Con cada palabra, mi corazón dolía más.

La historia de las inversiones de su familia era siempre la misma: transformaban pueblos pintorescos en trampas turísticas sin alma, pero nunca esperé que Silver Peaks fuese su objetivo. Siempre me dijo que este pueblo era su lugar favorito en todo el planeta.

En ese instante supe que la Harper que conocí, esa de la que me había enamorado, había desaparecido. En su lugar, tenía frente a mí a una réplica de su padre. Ahora que dirigía los negocios de su familia, se había convertido en una empresaria fría y despiadada, todo lo que me juró que nunca sería.

Ese fue el momento exacto en que nuestros caminos se separaron. A lo largo de los años, he visto cómo su ambición crecía y la brecha entre nosotras se ensanchaba. Ya no era la chica soñadora y altruista que ayudaba a la gente sin pedir nunca nada a cambio. Las cosas entre nosotras no iban bien, pero ese instante lo cambió todo. Ahora, mirando estas fotos, me cuesta reconciliar que la chica que amé con todo mi corazón se haya convertido en la mujer insensible que es hoy.

Un golpe fuerte en la puerta me sobresalta y me devuelve a la realidad. Miro el reloj, confusa. A estas horas de la noche y con la tormenta de nieve no debería haber nadie fuera. Sin duda se trata de una emergencia. Llego a la entrada y mi corazón se salta varios latidos al observar en la calle a una silueta familiar: Harper, de pie entre la nieve espesa.

—¿Qué coño haces aquí con esta tormenta de nieve? —pregunto sin entender nada.

Por un momento, ni siquiera responde. Los copos de nieve se aferran a su pelo y a su abrigo.

—Necesito hablar contigo. Es importante.

Me cruzo de brazos, tratando de ignorar cómo mi cuerpo responde cada vez que la veo. Joder, no puedo seguir sintiendo todavía algo por ella, debo borrarla de mi mente de una vez por todas.

—Es tarde —anuncio con sequedad, odiando lo defensivas que suenan mis palabras.

—Lo sé. Lo siento, pero esto no podía esperar —tercia, cambiando su peso de un pie a otro, un gesto que delata su nerviosismo—. ¿Puedo pasar? ¿Por favor?

Resoplo y me hago a un lado, permitiendo que entre en la casa y se resguarde del frío y la nieve, dejando a su paso ese aroma a madera de su perfume que me resulta tan familiar.

En la sala de estar, su mirada se detiene al álbum de fotos abierto sobre la mesa y algo parpadea en su rostro. ¿Arrepentimiento? ¿Añoranza? No puedo estar segura.

—Sé que crees saber mis planes para la expansión del resort, pero hay mucho más —suelta de pronto—. Te he estado ocultando cosas, y ahora me doy cuenta de que fue un error.

—¿De qué coño estás hablando, Harper? ¿Aún hay más? —pregunto apretando los labios.

Inhala y exhala con fuerza, como si se estuviese preparando para una batalla.

—He estado trabajando en algo especial. Un plan para Silver Peaks que creo que querrás ver —explica, abriendo el sobre que descansa a su lado del que extrae varios documentos. Mientras extiende el contenido sobre la mesa, ya no sé qué pensar. Sobre todo, cuando veo que una gran parte de los documentos que ha colocado tienen el nombre de mi taller de soplado de vidrio.

Y mi sorpresa es mayúscula. Leo con detenimiento, desconcertada al ver los detallados planos y propuestas. En lugar de la toma de control corporativa que temía, tan solo veo planes para crear asociaciones de negocios locales. Hay bocetos para hacer algunas renovaciones que preservan el carácter histórico del pueblo mientras modernizan la infraestructura clave.

—Esto no es lo que esperaba —susurro, trazando con mi dedo un dibujo de la plaza del pueblo. El familiar quiosco permanece, pero está rodeado de nuevos espacios verdes y mercados artesanales.

Harper asiente lentamente con la cabeza.

—Sé que pensabas que pretendía convertir Silver Peaks en un pueblo turístico sin alma, pero esa nunca fue mi intención, Julie. Quiero ayudar a que este lugar prospere, manteniendo su corazón intacto. Amo Silver Peaks. Siempre lo he considerado mi verdadero hogar —expone, encogiéndose de hombros.

Paso las páginas y mi mente literalmente da vueltas. Hay planes para una cooperativa artesanal en el propio resort, incluyendo una sección dedicada al soplado de vidrio. Un nudo se forma en mi garganta cuando me doy cuenta de que está modelado según mi propia tienda.

—¿Incluiste una réplica de mi taller? —pregunto confusa.

—Por supuesto que lo hice. Tu trabajo es parte de lo que hace especial a este pueblo. Siempre lo ha sido. No podemos dejar que se pierda.

Sacudo la cabeza tratando de dar sentido a lo que estoy viendo.

—¿Por qué no me contaste nada de esto antes? ¿No habría sido más fácil? Hemos estado enfrentadas durante años, Harper. Si de verdad pensabas hacer todo esto, ¿por qué mantenerlo en secreto?

—Para ser honesta, mi atención estaba primero en la fase uno, que era renovar el resort y ponerlo al día con los estándares modernos. La idea de integrar los negocios tradicionales del pueblo ha sido un proceso lento, pero constante. Un proceso al que el consejo de administración se ha resistido prácticamente en cada paso. Quería sorprenderte. Mostrarte que entendía tus preocupaciones y estaba trabajando para abordarlas, y... tenía miedo.

CAPÍTULO 14

Julie

—¿Miedo? —repito con el ceño fruncido, girándome para mirarla de frente—. ¿Miedo de qué?

—Miedo de que si te lo decía demasiado pronto, antes de que todo estuviese en su lugar, pensarías que era solo otra promesa vacía. Necesitaba demostrar que iba en serio con todo esto y miedo a…

—¿Miedo a…? —insisto, al ver que se ha quedado sin palabras.

—Miedo a decir lo que sentía por ti —suspira.

—¿Lo que sentías por mí?

—La razón por la que vivo prácticamente todo el año en Silver Peaks, por la que compré el resort en primer lugar, fue por ti —admite de golpe, y mi corazón se salta varios latidos.

—¿Por mí?

—Mierda, Julie. Me cuesta muchísimo admitir todo esto. Siempre estuve enamorada de ti, desde que era una adolescente. Yo no soy como River, a mí me cuesta aflorar mis sentimientos y en el fondo, soy muy tímida.

—Y en vez de decirme algo, te casaste con un modelo finlandés… Pues vaya…

—Incluso en esos momentos, estabas siempre en el fondo de mi mente. Cuando me quedé embarazada y me convertí en madre, mi vida cambió de nuevo. Aun así, cada vez que veía la forma en que interactuabas con mi hija, el cariño que te tiene, prácticamente como si fueses su segunda madre… Joder, Julie, compré el resort para estar cerca de ti, para intentar construir algo nuevo a tu lado.

—Harper, yo… —Me detengo, insegura de qué decir—. ¿Todo esto es real?

—¿Mis planes para el resort?

—Todo, tus planes y lo que has dicho después. Joder, te lancé un millón de indirectas a lo largo de los años. Siempre parecías apartarte de mí. River me dijo que sentías algo, pero pensé que era la típica tontería de tu hermana, ya sabes cómo es.

—Siempre fui muy tímida, no sabía distinguir tus indirectas de un simple gesto de cariño

y… ¡Espera! ¿River te lo dijo?

—Joder, Harper —susurro, poniendo los ojos en blanco mientras me acerco a ella y acaricio distraídamente su mejilla con el dedo pulgar.

Y en ese instante, algo dentro de mí se rompe. Toda la ira, todo el dolor, toda la añoranza que he reprimido durante años, sale a la superficie. Se mezcla en una masa de sentimientos en conflicto que necesitan algún tipo de salida. Es algo que debo procesar con calma, pero, ahora mismo, lo único que puedo hacer es inclinarme y besar sus labios por primera vez.

Harper responde de inmediato, me rodea con los brazos, atrayéndome más cerca. Es un beso casi desesperado, años de emoción contenida derramándose entre nosotras. Enredo mis dedos en su pelo mientras sus manos recorren mi espalda, dejando rastros de fuego a su paso.

Nos separamos jadeando, mi corazón latiendo tan fuerte que casi puedo escucharlo. Mi cabeza da vueltas.

Quiero más.

Necesito más.

Sin pensar, alcanzo el borde de mi suéter y tiro de él hacia arriba, hasta que cae al suelo. Harper dilata las pupilas al observar mi torso desnudo.

—Joder, Julie —susurra, mirándome con una intensidad que me hace estremecer—. Eres más hermosa de lo que recordaba o había soñado.

—¿Cuándo me habías visto así antes? Quiero decir, me he cambiado de ropa delante de ti, pero ¿mirabas? —inquiero, notando cómo sus mejillas se tiñen de un delicioso color carmesí.

—La primera vez fue aquella noche cuando acababas de cumplir dieciocho. Fuimos a nadar desnudas en uno de los lagos. River vigilaba, y aunque no era mi intención mirar... bueno, miré.

—Ay, ay, Harper…

—He deseado esto durante tanto tiempo… —Sisea, acariciando mi costado con una suavidad infinita.

—Yo también —susurro, inclinándome para besar de nuevo sus labios.

Gimo contra su boca cuando acuna mis pechos, acariciándolos con delicadeza. Roza mis pezones con los pulgares, enviando oleadas de placer por todo mi cuerpo.

He estado fingiendo que había superado mi enamoramiento, quería esconderlo bajo un manto de enfado e ira, pero solo se había vuelto más profundo, quizá más maduro. Lo que siento ahora no es nada similar a un simple flechazo.

—¡Quítate la ropa! —ordeno, empezando a desabrochar los botones de su blusa.

Harper parece decidida a saborearme primero, y baja la cabeza para tomar uno de mis pezones entre sus labios, succionando y mordisqueando hasta que me retuerzo contra su boca. ¿Cómo he podido vivir tanto tiempo sin esto? Solía soñar con besarla, con hacer el amor con ella sin descanso. Aunque eso fue hace mucho tiempo, antes de que la compra del resort lo cambiara todo.

—Mierda, Harper, desnúdate de una vez —insisto, desabrochando torpemente los botones restantes y deslizando la camisa por sus hombros—. El sujetador también —le recuerdo.

Sonríe y se desabrocha el sujetador para quitarlo lentamente, rozando uno de sus pezones al hacerlo.

—¡Guau! —suspiro, mordiendo mi labio inferior al ver unos pechos perfectos—. ¿Ese tatuaje es nuevo? No sabía que tuvieses tatuajes —indico, acariciando con la punta de los dedos un minúsculo nudo celta en su hombro derecho.

—Me lo hice cuando murió mi padre —reconoce con voz ronca—. Se suponía que representaba a nuestra familia, pero… —Se detiene, sacudiendo la cabeza y cerrando los ojos—. Supongo que terminó representando lo que había perdido.

Me acerco a ella para besar el tatuaje y, a continuación, trazar un camino de besos por su clavícula de camino al cuello.

—Me estás matando, Jules —murmura, escondiendo el rostro en mi melena.

—Esa no es mi intención, sería una auténtica faena —bromeo.

—¿Y cuál es tu intención?

Bajo la mano y acaricio su sexo a través de la tela de los pantalones, haciéndola gemir de nuevo.

—Creo que ya lo sabes —suspiro contra sus labios.

Deja escapar una gran cantidad de aire y sonríe antes de quitarse los pantalones y la ropa interior. Y prácticamente se me corta la respiración al deslizar una mano entre sus piernas y notar su sexo húmedo de deseo. Me lamo los labios, imaginando lo bien que se sentirá recorrerlo con la lengua.

Harper sonríe ante mi reacción y se lanza a por el botón de mis vaqueros.

—Primero tengo que quitarme las zapatillas de cerditos —indico, señalando a mis pies.

Harper se lleva una mano a la frente y menea divertida la cabeza.

A continuación, desabrocha mis pantalones vaqueros y me los desliza lentamente por las piernas, llevándose mis bragas con ellos. Levanto mis caderas para ayudar, y pronto, estoy

desnuda, tumbada en el sofá, sintiéndome deliciosamente expuesta. Se toma un momento para admirarme, observando mi cuerpo con tal intensidad que me sonrojo.

—Joder, eres preciosa —susurra, deslizando una mano por el interior de mi muslo—. Absolutamente preciosa.

La tensión sexual que hay en sus palabras consigue que un escalofrío recorra mi cuerpo, y me arqueo hacia sus caricias, buscando más. Harper sonríe, se muerde el labio inferior mientras desliza la punta de sus dedos por mi humedad antes de colar uno de ellos dentro de mí. Jadeo al sentirlo entrar, gimiendo su nombre cuando añade un segundo dedo.

Empuja con fuerza, curvando ligeramente los dedos hacia arriba y acariciando mi clítoris con la palma de la mano antes de retirarse por completo.

—¿Qué haces? —protesto.

Harper me guiña un ojo y me lanza un beso. A continuación, se coloca de rodillas entre mis piernas, abre mis labios con los pulgares y sopla suavemente sobre mi clítoris.

—Oh, joder —suspiro, arqueando mis caderas hacia su boca.

Hunde la cabeza entre mis muslos, lamiéndome muy lento de abajo arriba, como si quisiese disfrutar de cada milímetro de mi sexo. Grito de placer al sentir la calidez de su lengua, enraizando mis dedos en su melena mientras me devora. Me provoca sin piedad, alternando entre movimientos largos y lentos con otros rápidos, acercándose cada vez más a mi clítoris, rodeándolo, pero sin llegar a tocarlo. Volviéndome loca con la espera.

Cuando por fin siento su lengua sobre él, grito de placer. Juega, lo besa, lo lame de lado a lado o de arriba a abajo con movimientos cortos y muy rápidos mientras me abandono al placer que me está regalando.

—Todavía no —susurra al ver que empiezo a acercarme al orgasmo—. Juntas.

Se detiene y me indica que me tumbe en el sillón. A continuación, sitúa su cuerpo sobre el mío en una posición de 69 que parece hecha a medida para nosotras. Se me escapa un gemido involuntario al ver su sexo casi pegado a mi boca, brillando de excitación y, cuando siento su lengua de nuevo en el mío, aprieto sus nalgas para saborearlo como si fuese lo último que haré en esta vida.

Mientras damos y recibimos placer, se arremolina dentro de mí una miríada de emociones: deseo, pasión, y algo más que no logro identificar. Algo que me hace sentir conectada a Harper de un modo que nunca antes había experimentado.

Nos movemos juntas, nuestros cuerpos en sincronía, como si hubiésemos sido creadas la una para la otra. Cada terminación nerviosa de mi cuerpo arde, y me aferro a ella, anhelando más

mientras sustituyo mi lengua por los dedos para entrar en su interior. Responde lamiendo mi sexo con más fuerza y rapidez, llevándome hacia el clímax. Solo necesito sentir su lengua un poco más, vuelvo a lamer su sexo y apago su nombre contra su intimidad mientras me inundan intensas olas de placer.

—No pares —jadea, separando su boca ligeramente para acariciarme con suavidad.

Continúa moviéndose, arqueando sus caderas para ofrecerme su sexo, persiguiendo su orgasmo mientras prolonga el mío. De pronto, deja escapar un grito apagado, se tensa, gime, enterrando su rostro entre mis piernas mientras alcanza el clímax.

Nos acurrucamos en el sofá, cubriéndonos de pequeños besos al tiempo que tratamos de recuperar la respiración y el sabor de mi sexo en sus labios me parece lo más excitante de este mundo.

—Jules —susurra, rompiendo finalmente el cómodo silencio que se había instalado entre nosotras—. Sé que tenemos mucho de qué hablar, pero quiero que sepas que me gustaría ir en serio. Cualquier cosa que sea necesaria para que esto funcione, para que nosotras funcionemos, estoy dispuesta a hacerlo.

Me apoyo sobre un codo para observarla. Parece tan vulnerable ahora. La mujer frente a mí es tan diferente de la magnate corporativa que dirige con mano de hierro sus resorts de lujo. Tan similar a la chica de quien me enamoré hace años.

—Ya habrá tiempo de hablar. Yo también quiero eso —admito, sorprendida por la facilidad con la que salen las palabras—. Pero tenemos mucho que discutir. El sexo que acabamos de tener no lo arregla todo mágicamente, por muy bueno que haya sido.

—Lo sé, pero es un comienzo, ¿no?

—Sí, es un comienzo. Un buen comienzo —reconozco, acariciando su mejilla con el dedo pulgar.

CAPÍTULO 15

Julie

Harper se recuesta contra mi pecho mientras acaricio su espalda desnuda, todavía con una ligerísima capa de sudor. La madera crepita en la chimenea, llenando la estancia de ese aroma a leña quemada tan característico de Silver Peaks en invierno. Un olor que me encanta. Sobre la mesa, los planos esparcidos que Harper me ha enseñado hace unas horas me recuerdan que no todo es tan sencillo, pero que debimos hablar antes sobre lo que nos separaba.

Besa mi cuello y el futuro, de repente, parece lleno de posibilidades que nunca me atreví a imaginar. Sé que queda mucha incertidumbre, muchos detalles que resolver, pero ahora tengo esperanza.

Silver Peaks siempre ha sido mi hogar, un lugar en el que mis raíces son profundas. Ahora, envuelta en sus brazos, me doy cuenta de que un hogar no es solo un lugar, es un sentimiento, y quizá Harper siente lo mismo.

La felicidad del momento se hace añicos en el instante en que las sirenas de emergencia atraviesan la noche. Nos incorporamos de golpe, el corazón acelerado con el aullido ensordecedor.

—¿Qué ocurre? —pregunto, intentando recoger la ropa que hemos dejado extendida por el suelo.

—No lo sé, pero no puede ser nada bueno —admite con preocupación.

Como si sus palabras fuesen una señal, mi teléfono vibra con una alerta de emergencia. Lo desbloqueo y leo en voz alta:

—Carretera cerrada por riesgo de avalancha. Protocolos de tormenta de nieve activados. Se aconseja a todos los residentes buscar refugio de manera inmediata.

Harper maldice en voz baja.

—Esta tormenta está golpeando más fuerte de lo esperado. Necesitamos… — sus palabras se cortan cuando la habitación se sume en la oscuridad.

—¿Julie? ¿Estás bien? —inquiere, acariciando mi espalda.

—Estoy bien —le aseguro—. Solo sorprendida.

—¿No tienes un generador de emergencia?

—No, Harper, la gente normal no tiene generadores de respaldo en sus casas —protesto—. ¿Una avalancha? ¿Qué hacemos ahora? Yo ni siquiera había nacido cuando ocurrió la última.

—Necesito llegar hasta el resort. Es el mejor lugar para preparar un refugio temporal en el caso de que esa avalancha se produzca. Tenemos camas, generadores de emergencia, comida… En los salones y en la recepción hay suficiente espacio como para acomodar a todo el pueblo durante unos días si fuese necesario.

—¿Qué hay del instituto? —pregunto—. ¿No solía ser ese el refugio de emergencia? Al menos lo fue la última vez que ocurrió algo así.

—No es lo suficientemente grande —responde, negando con la cabeza—. Estos días hay muchos visitantes para esquiar y por el Festival de Navidad. Y te recuerdo que hace años murieron nueve personas. El resort es nuestra mejor opción.

—Es peligroso allá fuera, Harper. Tal vez deberías esperar hasta…

—No tenemos tiempo para esperar —me interrumpe, colocando con suavidad dos dedos sobre mis labios—. La gente necesita ayuda ahora. Tengo que ir.

—De acuerdo. Solo ten cuidado, ¿vale?

Su expresión se suaviza, sonríe como si quisiera darme ánimos y coge mis manos entre las suyas, tirando de mí para darme un fuerte abrazo.

—Lo tendré. Te lo prometo. Tú también deberías venir conmigo al resort. No es seguro quedarte aquí sola.

—No puedo irme todavía. Necesito asegurar la tienda primero. Todo el vidrio debe estar protegido y...

Parece querer discutir, abre la boca un par de veces como si quisiera decir algo, pero sabe cuánto significa para mí.

—Está bien, solo prométeme que vendrás al resort tan pronto como termines. O antes, si ves que las cosas empeoran —insiste, besando mi frente.

—Lo prometo. ¿Lumi estará bien? —pregunto de repente, sintiéndome un poco avergonzada de no haber preguntado por ella antes.

—Imagino que River estará ya con ella en el edificio principal. También se encuentran allí Ivy y Sloane. Estará bien —me asegura.

Asiento aliviada, aunque cuando abre la puerta, una ráfaga helada de viento y nieve azota nuestros rostros. La tormenta se ha intensificado de manera dramática en los últimos minutos.

—Ten cuidado, Jules. Sube al resort en cuanto puedas. En el momento en que lo tenga todo organizado, enviaré varios Jeeps al pueblo para recoger a la gente que no tiene coche o que no se atreve a conducir en estas condiciones. Si no estás ya en el hotel, te llevaré conmigo aunque sea a la fuerza —advierte, medio en broma, medio en serio mientras me apunta con el dedo índice.

La observo a través de la ventisca hasta que su figura desaparece en un remolino blanco, segundos más tarde, escucho el motor de un coche, se encienden las luces y se pierde por completo calle arriba.

Al entrar de nuevo en la casa y cerrar la puerta, me desplomo en un sillón por unos instantes, en el mismo que ha sido testigo de nuestro maravilloso arrebato de pasión. Es extraño cómo cambian las cosas en tan poco tiempo. El silencio de la casa sin luz es opresivo, roto solo por el sonido amortiguado de la tormenta exterior y de los primeros coches de los vecinos que comienzan a dirigirse al resort de la familia Merriweather.

Me abrigo bien y, agarrando con fuerza una linterna, me abro paso hasta la tienda. Toda la calle está oscura e inquietantemente silenciosa. Una vez dentro, envuelvo y trato de proteger las piezas más delicadas, aunque mi mente divaga sin parar. Pienso en Harper allá fuera en la tormenta. Pienso en Lumi, esperando a que su madre llegue para estar a su lado, seguramente asustada. En toda la gente de Silver Peaks que podría necesitar ayuda.

Sobre todo, pienso en las palabras de Harper, en sus verdaderos planes para el pueblo, en sus sentimientos por mí, esos que tenía encerrados bajo siete llaves. En nuestro apasionado sexo.

Me detengo un instante, un adorno de cristal medio envuelto entre mis manos. ¿He estado luchando la batalla equivocada todo este tiempo? ¿Mientras me concentraba en preservar el pasado, Harper luchaba por asegurar nuestro futuro? Un futuro que podría unir lo mejor de ambos mundos. ¿Es real o es todo un engaño?

El viento aúlla fuera, haciendo temblar las ventanas. Acelero mi ritmo, sé que necesito terminar y llegar al resort lo antes posible. Mientras recojo, una ráfaga de viento particularmente violenta parece sacudir el viejo edificio. Observo la ventana, apenas se puede ver algo a través de la espesa cortina de nieve. La tormenta empeora por minutos.

CAPÍTULO 16

Harper

Nada más regresar al hotel, me dirijo al centro de mando que River e Ivy han establecido en la sala de juntas, siguiendo los protocolos de emergencia para este tipo de situaciones.

Sostengo una taza de café entre las manos mientras el viento aúlla afuera y sus ráfagas sacuden las ventanas del edificio. La noche será larga. Me inclino sobre un gran mapa que River ha desplegado sobre la mesa principal, trazando posibles rutas de evacuación a lo largo de senderos.

—Podríamos usar el antiguo camino de servicio aquí —murmuro para mí misma, tocando una línea desvanecida que serpentea por la cara occidental de la montaña.

—¿Crees que las cosas se pondrían tan feas como para tener que evacuar el resort? —inquiere Sloane frunciendo el ceño.

—Hay que estar preparadas para cualquier cosa, por improbable que sea —respondo, encogiéndome de hombros, aunque en mi interior estoy casi segura de que no habrá ningún problema.

El teléfono vibra de nuevo y la pantalla se ilumina con otro mensaje urgente. Mi gente recopila las primeras estadísticas y calcula el escenario de peores situaciones posibles.

Saria, una de nuestras monitoras de esquí con más experiencia, irrumpe en la sala, sus mejillas sonrojadas por el frío del exterior.

—Tenemos otro grupo de excursionistas varados cerca de Elk Ridge. El equipo de búsqueda y rescate ya está al límite —anuncia, dejando escapar un largo suspiro de resignación.

Me enderezo, frotándome las sienes mientras proceso esta nueva información.

—He visto el mensaje —mascullo, tratando de ocultar lo cansada que ya me siento—. Diles que aguanten. Enviaremos el equipo de motos de nieve tan pronto como regresen de Huckleberry Pass.

La radio cobra vida, llenando la sala con estática antes de que una voz la atraviese.

—Base, aquí Equipo Bravo. Hemos perdido visual con el teleférico Summit Express. Repito, sin visual en Summit Express. Cambio.

Mierda.

—Entendido, Bravo. Esperen instrucciones.

—Ivy, ¿sabes cuál es el estado de las pistas superiores? —pregunto para hacerme una idea de la magnitud del problema.

—Están mal. El viento aumenta y la visibilidad disminuye por minutos. Las condiciones son inestables cerca de la cumbre —anuncia.

—Hay que evacuar el lodge de esquí de inmediato. Dile a John que todos los esquiadores y los empleados deben bajar a la base lo más rápido posible —ordeno.

—Me pongo con ello —asiente mi hermana.

—River, ¿cómo vamos con la capacidad del hotel?

—Estamos muy bien por ahora, pero si esta tormenta se intensifica más y tenemos que acoger a la gente del pueblo, podríamos necesitar abrir todas las salas de conferencias y los comedores.

—Hazlo ya —indico—. Mejor estar sobre preparadas. Tendremos que pedirles que suban sus propias mantas, no tenemos para tanta gente.

—Se ha producido una pequeña avalancha en la cara norte. Sin heridos, pero ha cortado el acceso a una de las pistas intermedias —expone Sloane.

—Joder, lo que nos faltaba —maldigo en voz baja—. Dile al equipo de búsqueda y rescate que esa será la siguiente área prioritaria. Necesitamos asegurarnos de que nadie se quede atrapado allá arriba o será una muerte segura.

Justo cuando estoy a punto de consultar con River de nuevo, suena mi teléfono móvil. El nombre de Julie parpadea en la pantalla y mi corazón se salta varios latidos.

—¿Julie? ¿Estás bien? —inquiero con preocupación.

—Las cosas se están poniendo muy feas por aquí. Está todo lleno de nieve, apenas se ve nada.

—Voy para allá con uno de los Jeeps, ¿vale? Espérame en tu tienda, no intentes venir en tu coche. Si hay alguien que necesite subir al resort cerca de ti, tengo otras tres plazas.

—¿Es Julie? —pregunta River.

—Tengo que irme. ¿Puedes manejar las cosas aquí?

—Ve a por tu chica. Nosotras nos encargamos de esto y Lumi se ha quedado dormida, no te preocupes por ella —indica mi hermana, señalando con el dedo índice hacia la puerta.

Minutos más tarde, me aferro con fuerza al volante del Jeep, tratando de enderezarlo a través de la carretera repleta de nieve. Los limpiaparabrisas trabajan de manera frenética, apenas logran mantener la visibilidad. Suerte que me conozco el camino como la palma de la mano. Podría hacerlo a ciegas.

—Vamos, vamos, vamos —murmuro, inclinándome hacia delante como si eso me pudiese ayudar a ver mejor. Las familiares curvas de la carretera de montaña están ahora ocultas bajo una espesa capa blanca, forzándome a confiar en el instinto y la memoria.

Una ráfaga de viento sacude el Jeep y sujeto con más fuerza el volante. Los neumáticos de invierno resbalan por unos instantes y dejo escapar un largo soplido de alivio cuando recuperan el agarre.

—Tranquila —me digo a mí misma, soltando un poco el acelerador—. Lenta y constante.

El camino frente a mí prácticamente desaparece. Me esfuerzo por ver, buscando cualquier punto de referencia que pueda orientarme. Un destello rojo a través de la cortina de nieve. El viejo granero en la Curva Miller.

Giro el volante, sigo la curva pronunciada, que sé que está ahí, aunque no pueda verla. El Jeep derrapa, corrijo la trayectoria, manteniéndolo dentro del camino.

Una forma oscura aparece repentinamente en medio del manto blanco. Un árbol bloquea parte de la carretera. Piso el freno, derrapo. El Jeep se desliza, los neumáticos no encuentran agarre en el asfalto cubierto de nieve. El tiempo parece detenerse. Giro el volante hacia la derecha, esperando que haya el suficiente espacio para pasar.

El metal de la puerta chirría contra la madera cuando el Jeep raspa el tronco del árbol. Es un sonido estremecedor, pero la adrenalina me impulsa a seguir con el pie en el acelerador. Todavía me muevo y sigo en el camino. Eso es todo lo que importa ahora.

El cartel de bienvenida del pueblo emerge de la nieve, y suelto un suspiro de alivio. La calle principal está desierta, las encantadoras fachadas se ven ahora casi siniestras en la tormenta.

Me detengo frente a la tienda de Julie sin apagar el motor. El viento me golpea en cuanto abro la puerta, aúlla como un animal herido al tiempo que me abro paso a través de la ventisca. Mis botas crujen sobre la nieve, hundiéndose hasta casi la rodilla.

Julie sale justo en ese instante, su rostro desencajado por el miedo.

—Harper, nunca había visto una tormenta así —susurra con la voz entrecortada.

—Vámonos, todavía puede empeorar.

—Necesito que me ayudes a llevar las piezas principales. No quiero perderlas —suplica, señalando con la barbilla hacia un puñado de cajas apiladas cerca de la entrada.

—Vale —accedo en voz baja—. Hagámoslo, pero hay que darse prisa, las cosas se están poniendo muy feas. Ya casi no se ve la carretera —le recuerdo.

CAPÍTULO 17

Julie

—¿Estás lista? —pregunta Harper, mirándome de reojo mientras sujeta con fuerza el volante.

Asiento lentamente con la cabeza, acunando entre mis piernas las piezas de vidrio más preciadas.

—Supongo que tengo que estarlo —suspiro, encogiéndome de hombros.

Nos alejamos del pueblo, uniéndonos a una creciente fila de coches que se dirigen hacia el resort. Al menos, las ruedas de los distintos vehículos van compactando la nieve, dejando un carril por el que se circula mejor, aunque prefiero no imaginar lo que ocurriría si alguno de ellos resbala y nos quedamos todos atascados en este lugar.

—¿Cómo lo llevas? —La voz de Harper corta el tenso silencio, devolviéndome a la realidad.

—Estoy bien —miento, golpeando nerviosa el costado de la caja de cartón—. Solo… procesando todo esto. —No añado que también estoy procesando cómo las cosas han cambiado entre nosotras en tan solo unas horas, además de la tormenta.

—¿Recuerdas aquella ventisca cuando teníamos dieciséis años? —pregunta, con un atisbo de sonrisa en su voz—. ¿Aquella en la que nos quedamos atrapadas en la cabaña del viejo Petersen?

—¿Ese invierno en que tu familia pasó todo un mes durante las vacaciones de Navidad, verdad?

Asiente, sin apartar la vista de la carretera.

—No me di cuenta entonces de que cuando decían que mi madre necesitaba 'descansar sus nervios' era un código para otro episodio depresivo y una recaída en el alcoholismo. Siempre parecía estar mejor aquí, aunque quizá por eso estábamos en Silver Peaks cuando nos dejó. Por fin se sintió lo suficientemente bien para actuar.

—Aquella ventisca… —Me aclaro la garganta, buscando alguna parte positiva a aquel incidente, deseando no haber provocado malos recuerdos con mi intento de ubicar el momento —. ¿Cómo podría olvidarlo? Habíamos ido a caminar con raquetas de nieve, nos perdimos cuando la nevada comenzó a caer con fuerza, y pensamos que moriríamos congeladas.

—Y, en cambio, encontramos la cabaña de caza del señor Petersen y nos atiborramos a melocotones en conserva mientras jugábamos interminables partidas de ajedrez porque le habías prometido a tu abuela que nunca apostarías y no me dejaste enseñarte a jugar al póker.

—Tampoco teníamos nada con lo que apostar —protesto.

—Siempre nos hubiese quedado el strip póker.

—Habríamos muerto de frío. De todos modos, con lo enfadado que estaba tu padre cuando nos encontró, como para que hubiese llegado en un momento en el que estábamos en bragas.

—Sí, pero también secretamente aliviado —recuerda Harper—. Ya tenía suficiente pensando que habíamos muerto congeladas.

—Gracias por ayudarme con esto —susurro, señalando la caja que llevo entre las manos—. Estas piezas son más que solo vidrio. Son…

—El legado de tu familia. Lo sé, y por eso las estamos llevando a un lugar seguro.

Sonrío al escuchar sus palabras, extendiendo la mano para acariciar su muslo.

—Si me pones nerviosa, puede ser peligroso —bromea.

—Tonta —siseo, poniendo los ojos en blanco.

De repente, el coche que va justo delante se mueve hacia un lado. Harper frena y nos deslizamos sobre un parche de hielo negro. Mi corazón se detiene y aparto la mano de su muslo para abrazar la caja que llevo conmigo.

—¡Agárrate! —grita.

Nos desviamos hacia el borde de la carretera. En una fracción de segundo, su brazo se dispara y presiona contra mi pecho, como si quisiese protegerme de un posible impacto. Es un gesto tan automático que me produce una sacudida que no tiene nada que ver con lo peligroso de nuestra situación.

Cuando estabiliza el coche de nuevo, ambas respiramos aliviadas y, de pronto, regresan a mi mente infinidad de ocasiones en las que Harper había intentado protegerme. La forma en que me cogía de la mano en alguna ruta empinada. El modo en que colocaba su mano en mi hombro al caminar por una concurrida calle en Billings cuando su familia estaba de visita. O aquella vez que se interpuso frente a una borracha agresiva en el festival de verano del pueblo hace dos años, a pesar de que ya apenas nos hablábamos.

—¿Estás bien? —pregunta con la voz algo tensa.

Asiento, incapaz de hablar. Mi corazón late con fuerza, supongo que fruto del peligro y de la avalancha de recuerdos.

—Ya casi llegamos —anuncia, su mirada fija en el camino, manteniendo una distancia de seguridad por si el coche de delante resbala de nuevo—. Solo un poco más.

Pronto, podemos divisar el resort desde la carretera, sus luces destacan a través de la tormenta. Un montón de coches abarrotan el estacionamiento, y la gente se apresura a entrar, cargada con suministros y mantas.

En cuanto estamos a salvo y entramos, me impacta lo que Harper y sus hermanas están haciendo. Han abierto su resort tanto al pueblo como a los turistas que no estaban en su hotel, proporcionando un refugio seguro en el que capear la tormenta. Está muy lejos de la empresaria despiadada que he pintado en mi cabeza durante los últimos años.

—Acelera, Harper —chilla su hermana River, haciendo una seña para que entre en la sala de juntas.

Dentro del hotel, la situación es caótica. Los teléfonos comienzan a fallar y la gente trata de encontrar a sus seres queridos en los casos en los que se han separado. Otros, buscan un lugar en el que acomodarse. Varios niños pequeños duermen ya acurrucados con sus madres, ajenos a la tormenta que azota el exterior.

—Señorita Merriweather —una joven en un uniforme impecable se acerca a nosotras—. Tenemos los comedores casi llenos de gente. Les estoy desviando hacia las salas de conferencia y…

—Gracias, Tarah. ¿Puedes acompañar a la señorita Winter a mi apartamento? Necesita un poco de ayuda con esas cajas.

Tarah asiente, observándome con curiosidad.

—Por supuesto. Por aquí, por favor —indica, haciendo una seña para que la siga y cogiendo una de mis cajas.

Cuando dejamos las cajas en el despacho que tiene en el ático, observo algo familiar. Una estrella de cristal descansa en sobre su escritorio. Es la que le regalé hace tiempo. La que Lumi me aseguró que todavía conservaba. Ocupa un lugar prominente. No está escondida, ni olvidada, sino colocada de un modo en que Harper siempre pueda verla.

La puerta se abre detrás de mí y me giro. Harper entra, se la ve cansada, pero sonríe al verme.

—Veo que tus piezas están ya a salvo —susurra, cruzando el despacho con pequeños pasos para colocarse a mi lado.

—También encontré esto —asiento, señalando a la estrella—. ¿La has guardado todos estos años?

—Es una de mis posesiones más preciadas —asegura, esbozando una sonrisa preciosa en sus labios.

CAPÍTULO 18

Harper

El vestíbulo del hotel es un auténtico caos, la preocupación evidente en cada una de las personas que se agolpan o buscan un lugar para descansar. El aroma a café bien caliente y recién hecho flota en el aire mientras observo a los huéspedes apiñados en pequeños grupos. Sus rostros reflejan el agotamiento y la ansiedad que la tormenta ha traído consigo.

Intento concentrarme en la crisis que tenemos entre manos, pero la presencia de Julie me distrae de manera constante. Es como si cada vez que entra en mi campo de visión, todo lo demás se desdibujara y nos quedásemos ella y yo a solas.

—¡River! —llamo a mi hermana cuando la veo serpentear entre la multitud—. ¿Cuál es nuestra capacidad actual?

Se apresura hacia mí con una tablet apretada contra el pecho, como si fuera un escudo.

—Superamos el 100% teórico en habitaciones. Hemos tenido que apiñar familias enteras en algunas de ellas. Las salas de conferencias también se están llenando rápidamente y el comedor principal… yo diría que puede albergar a unas 70 personas más —informa aunque se puede observar la preocupación en sus ojos.

—Bien, vamos a abrir el comedor auxiliar entonces. Necesitaremos mover mesas, colocar mantas…

—Ya me he adelantado —me interrumpe con una pequeña sonrisa de satisfacción—. El personal de cocina está ayudando. Por cierto, estamos preparando toda la sopa que podemos para que tengan algo caliente que comer, pero no sé si será suficiente. Muchas familias no han traído nada de alimento y no tenemos capacidad de cocinar para tanta gente.

—Siempre vas un paso por delante, ¿eh? —indico con un guiño de ojo mientras aprieto suavemente su hombro—. ¿Qué hay de los suministros? ¿Mantas, almohadas, toallas?

—Nos estamos quedando sin existencias —admite—. He enviado a alguien a revisar nuestras áreas de almacenamiento, pero...

Un alboroto cerca de la entrada la interrumpe. Me giro para ver a un grupo de turistas cubiertos de nieve, tropezando a través de las puertas, guiados por una de nuestras empleadas. Llegan agotados, pero con una clara expresión de alivio en cuanto entran en el edificio.

—Ya me encargo yo —anuncio—. Tú sigue con el restaurante. Y… ¿River? Estás haciendo un trabajo excelente, muchas gracias —agrego.

Mientras me dirijo hacia ellos, siento que Julie sigue cada uno de mis movimientos con la mirada. Hay algo en la forma en que me observa que hace que mi corazón se acelere, pero me obligo a mantener la compostura.

—Bienvenidos. Soy Harper Merriweather, la directora del resort. Vamos a intentar que entren en calor y se instalen de la manera más cómoda posible, dentro de las circunstancias —explico.

Les guío hacia la recepción, respondiendo a sus preguntas, aunque el simple hecho de estar en un lugar seguro ha logrado que se relajen de inmediato.

—Estamos trabajando en ofrecer un alojamiento digno para todos —anuncio, señalando alrededor—. Puede que no sea una suite de lujo, pero les garantizo que estarán seguros y cómodos. Deben comprender que estamos dando cobijo a mucha gente. ¡Tarah! —llamo a una de las empleadas—, ¿puedes mostrarles la sala de conferencias? Asegúrate de que reciban bebidas calientes y algo de comer.

Cuando el grupo se aleja, me giro para examinar el vestíbulo, mi mente salta ya al siguiente problema que debemos resolver. Y entonces…

—Eso ha sido impresionante —la voz de Julie suena tan cerca que me sobresalta.

Me doy la vuelta para observarla, luchando por mantener una expresión neutral, aunque mi corazón hace piruetas dentro de mi pecho.

—Supongo que tan solo hago mi trabajo —suspiro.

—No —replica, sacudiendo la cabeza mientras me sonríe de una manera que consigue que mis rodillas tiemblen—. Es más que eso. Realmente te preocupas por estas personas, ¿verdad? Pero te noto muy cansada.

Me encojo de hombros y, por algún extraño motivo, me siento extrañamente vulnerable bajo su mirada.

—No son solo clientes o gente del pueblo. También son nuestra responsabilidad. No podemos dejarles tirados en un momento tan difícil.

—Estás haciendo algo maravilloso por nuestra comunidad —susurra, inclinándose para darme un suave beso en el cuello.

Antes de que pueda responder, Sloane aparece corriendo, sus mejillas rojas por el esfuerzo.

—Harper, tenemos un problema —anuncia entre jadeos—. Tom dice que el generador de respaldo del ala este está fallando.

—Lo que significa que perderemos la calefacción de un tercio del edificio —termino la frase por ella, buscando ya en mi mente algún tipo de solución—. Voy para allá.

Me detengo y miro a Julie.

—Debo irme.

—¿Puedo acompañarte? Quizá pueda ayudar en algo —propone.

El zumbido de la maquinaria y un olor acre nos reciben en la sala de máquinas, el corazón que bombea todos los servicios del hotel. El encargado de mantenimiento está inclinado sobre un panel de luces parpadeantes, con uno de sus ayudantes sosteniendo algunas herramientas.

—¿Qué tenemos por aquí, Tom? —pregunto, colocándome a su lado.

Se incorpora y limpia el sudor de su frente con el dorso de la mano antes de responder.

—Es la línea de combustible, jefa. Se está congelando. Necesitamos descongelarla o perderemos la energía en todo el ala.

—¿No tenemos ningún aditivo que impida que el gasoil se gelifique? —inquiero extrañada.

—Estábamos utilizando diésel de invierno, normalmente no habría problema, pero he tenido que desviar mucha energía hacia las zonas del hotel en las que hay personas alojadas y parte de la línea ha bajado de menos 15 grados —explica, encogiéndose de hombros.

—Si quitamos el panel de acceso y rodeamos esa parte de la línea con botellas de agua caliente, ¿podría ayudar? —inquiero, señalando hacia la parte principal de los generadores.

—Podría funcionar durante un tiempo —matiza el encargado de mantenimiento.

—Bien, luego ya buscaremos otra solución. De momento hagamos eso, no podemos dejar sin electricidad una parte del resort.

Media hora más tarde, el combustible empieza a fluir de nuevo con normalidad.

—Lo conseguimos, jefa —anuncia Tom, dejando escapar un largo soplido que estoy segura de que ni siquiera sabía que estaba conteniendo.

—Buen trabajo. Mantenlo vigilado durante la próxima hora, por si acaso —ordeno.

Mientras nos dirigimos de nuevo a la parte principal del hotel, Julie se acerca más a mí, golpea mi hombro con el suyo para, a continuación, rodear mi cintura con el brazo y atraerme hacia ella.

—Así que... esto es un día típico en la vida de una millonaria propietaria de una cadena de resorts de lujo, ¿eh? —bromea, besando mi mejilla—. No es exactamente lo que me imaginaba.

—No, esto es más…

—¿Más?

—Más personal, más involucrado —admito.

—Siempre pensé que tu trabajo solo consistía en sentarte en tu despacho a contar el dinero —ironiza, haciéndome girar para besar mis labios.

—Quizá me juzgaste mal —suspiro, peinando su melena entre mis dedos.

—Lo sé, y lo siento —confiesa, besando la punta de mi nariz.

—Esta gente, este pueblo… Me importan, Julie. No estoy aquí solo por los beneficios. Me importan de verdad.

—Empiezo a verlo. Una lástima que tenga que venir la peor tormenta en décadas para poder darme cuenta y no lo hayas dicho antes —protesta.

—He sido una imbécil —mascullo antes de besarnos de nuevo.

Un grito desde el vestíbulo rompe la magia.

—¿Harper? ¡Te necesitamos aquí fuera!

—Supongo que el deber me llama —expongo con una pequeña sonrisa—. ¿Vienes conmigo?

Julie asiente y se coloca a mi lado mientras nos dirigimos de vuelta al caos del vestíbulo. De camino, siento que algo está cambiando entre nosotras. Algo que no puedo nombrar, pero que hace que mi corazón lata un poco más rápido.

***

Media hora más tarde, me sorprendo al observar que Lumi no solo está despierta, sino que deambula por el vestíbulo del hotel con su tía. Me las encuentro junto a la gran chimenea de la entrada. River sirve chocolate caliente tras un mostrador improvisado, mientras que mi hija, con su coleta rubia despeinada, reparte las bebidas entre las familias acurrucadas en los sofás que han colocado alrededor del fuego.

Ha montado también otra mesa con papeles en blanco y lápices de colores, donde un grupo de niños se entretiene dibujando sentados en el suelo.

—¡Mamá! —exclama al verme—. Mira lo que estamos haciendo.

—¿No deberías estar durmiendo? —inquiero, acercándome a ella con pequeños pasos.

—No podía dormir con la tormenta y prefiero ayudar aquí, hay niños de mi colegio —se disculpa y creo que se me forma una sonrisa tonta llena de orgullo en los labios.

Lumi siempre ha sido muy empática, pero observar cómo está ayudando a la gente que lo necesita con tan solo once años, me llena de satisfacción.

—Es maravilloso, cariño —susurro, abrazándola con suavidad.

—Ha estado increíble —murmura River, acercándose a nosotras para ofrecernos un chocolate caliente—. No ha parado quieta ni un instante.

Asiento lentamente con la cabeza, incapaz de hablar por la emoción al ver los primeros destellos del tipo de mujer en que se convertirá un día mi hija.

Cerca de la entrada, una familia discute mientras sus pequeños lloran. Lumi se dirige a ellos, se arrodilla en el suelo frente a los niños y les entrega unos lápices de colores junto con unos folios de papel blanco. A continuación, les muestra cómo dibujar un paisaje y los pequeños tratan de imitarla. Sus lágrimas cesan, los padres dejan de discutir y, por mis mejillas, comienzan a rodar unas pequeñas lágrimas que me delatan.

CAPÍTULO 19

Julie

—Es buena en esto, ¿verdad? —La voz de River me sobresalta, devolviéndome a la realidad.

Me había perdido observando a Harper, el modo en que se mueve entre la gente, cómo se detiene para charlar con una pareja de ancianos, colocando la mano suavemente sobre el hombro de la mujer mientras habla.

—¿A qué te refieres? —pregunto, intentando fingir que no sé de qué habla.

—A hacer que la gente se sienta cuidada. No es solo negocio para ella, ¿sabes? Es mucho más, especialmente este hotel en Silver Peaks.

Antes de que pueda responder, un alboroto en el centro del vestíbulo capta mi atención. Harper se ha desplazado hasta allí y un grupo de niños tira de la manga de su chaqueta.

—Señorita Merriweather, ¿puedes ayudarnos a construir un fuerte? —pregunta una niña pequeña con coletas que no debe tener más de cinco años.

Harper gira la muñeca para mirar su reloj, a continuación la pila de papeles en su mano. Por un instante, pienso que pondrá una excusa y se marchará. En cambio, deja los papeles a un lado, sobre una mesa y se arrodilla en el suelo junto a los niños.

—¿Un fuerte, eh? Eso suena como una idea excelente. ¿Qué materiales necesitamos?

Los niños chillan y aplauden, corren en busca de mantas y almohadas utilizadas la noche anterior y observo fascinada mientras Harper les ayuda a construir un elaborado fuerte. Ríe al arrastrarse dentro de él con dificultad y varios niños la siguen.

—Nunca pensé que vería este día —murmuro más para mí misma que para River.

—¿Ver qué día? —pregunta, arqueando una ceja.

—Harper Merriweather, empresaria de éxito, construyendo fuertes con niños en lugar de derribar edificios históricos —indico, señalando con la barbilla en dirección a Harper.

—Siempre ha sido así, Julie. Nunca permitiste a su versión adulta la oportunidad de mostrártelo. Por cierto, nunca ha derribado ningún edificio histórico, eso era cosa de mi padre —ironiza.

Como si sintiese mi mirada, levanta la vista desde el fuerte, y una preciosa sonrisa se dibuja en sus labios. Es una sonrisa auténtica, casi tímida, no la sonrisa pulida y corporativa que estoy acostumbrada a ver en los periódicos y cuando acompaña al alcalde en alguna inauguración.

—Creo que necesito algo de aire —anuncio, girándome hacia River—. Apenas he dormido esta noche.

—Tómate tu tiempo. Yo me encargo de todo esto, las cosas ya están más tranquilas.

Me dirijo a la terraza, deslizándome hasta el exterior a pesar del frío invernal. De inmediato, el viento me envuelve y una multitud de copos de nieve cubre mi pelo y el grueso abrigo. Siempre me gustó el invierno, aunque la tormenta de ayer fue demasiado desde cualquier punto de vista.

—¿No tienes frío aquí fuera? —pregunta Harper, apareciendo detrás de mí y colocando una manta sobre mis hombros.

Aprieto la manta, inhalando el aroma a leña quemada que se le ha pegado, posiblemente de pasar la noche cerca de la chimenea.

—Gracias. Necesitaba un momento para pensar —reconozco, mientras mi mirada se pierde en los picos lejanos, completamente cubiertos de nieve.

Se pega a mi cuerpo, rodeando mi cintura mientras entrelazamos los dedos sobre mi vientre y los suaves besos que recibo en el cuello consiguen que se me ericen los pelos de la nuca.

—¿Un centavo por tus pensamientos?

—Creo que valen al menos cinco.

—Dime tu precio. Soy toda oídos —bromea.

Me giro lentamente para mirarla, observando los copos de nieve que comienzan a aferrarse a su melena.

—He sido muy injusta contigo. Ya te lo he dicho y en parte es culpa tuya. Bueno, en una gran parte, por no ser clara conmigo —corrijo—. El caso es que he estado tan centrada en lo que pensaba que ibas a hacer con Silver Peaks que nunca me paré a considerar tus verdaderas intenciones.

Harper sonríe, se mantiene un rato en silencio mientras extiende la mano, apartando un mechón de pelo de mi rostro para colocarlo detrás de mi oreja.

—¿Y qué piensas ahora de mis intenciones?

—Creo que te preocupas por este pueblo tanto como yo —reconozco, inclinándome hacia su caricia al tiempo que ella traza mi mandíbula con el dedo pulgar.

—Siempre me he preocupado, Julie. Por el pueblo, por la gente... por ti.

No continúa hablando, la silencio con un suave beso, nuestros cuerpos temblando no solo por el frío. Cuando nos separamos, apoya su frente contra la mía y sonríe de nuevo.

—Sé que temes al cambio, pero te prometo que todo lo que estoy haciendo es para mejorar Silver Peaks, no para destruir lo que lo hace especial —me asegura.

—Te creo. Siento haber tardado tanto en verlo —susurro, rodeando su cintura con los brazos y escondiendo mi rostro en su cuello.

Ella me abraza más fuerte, apoyando la barbilla sobre mi cabeza.

—Yo también lo siento, por no haber hablado claro desde el principio. Pero ¿sabes qué? Tenemos mucho tiempo para compensarlo. Empezando ahora.

Nos quedamos un buen rato así, en silencio, envueltas en los brazos de la otra mientras el viento ruge a nuestro alrededor, y me doy cuenta de que quizás el cambio no es algo que temer después de todo.

—Es mejor que entremos. Si nos congelamos no será bueno para nuestra relación —susurra junto a mi oído.

—¿Tenemos una relación?

—Espero que sí. Al menos que me des una oportunidad para demostrarte cómo soy de verdad.

***

Horas más tarde, me adentro en un corredor tenuemente iluminado situado en una parte del hotel nueva, construida el año pasado. Harper tiene una reunión con el alcalde para evaluar las necesidades y no me apetecía echarme una siesta.

Una puerta entreabierta llama mi atención al final del pasillo. Me detengo a escuchar y el suave raspar del papel de lija sobre la madera llega a mis oídos. Intrigada, empujo la puerta y miro dentro.

La sala que aparece ante mí me deja sin aliento. Grandes estanterías cubren las paredes, cada una repleta de tesoros artesanales del pueblo. Figuras de madera talladas con intrincados detalles reposan junto a delicadas piezas de cerámica. Dos antiguos tapices cuelgan del techo, sus colores intensos incluso bajo la tenue iluminación.

Una mujer levanta la vista desde un banco de trabajo, dejando a un lado la pequeña escultura de madera que estaba lijando.

—¿Puedo ayudarte?

—Lo siento. No quería interrumpir —respondo, caminando con pequeños pasos hacia ella —. Solo estaba dando una vuelta por esta zona. ¿Qué es este lugar?

La mujer sonríe, limpiándose las manos con un paño.

—Esto será parte de una nueva zona del hotel dedicada a los artesanos locales. La señorita Merriweather lo supervisa de manera directa. Insiste en exhibir las obras de artesanía regional por todo el resort para darlas a conocer.

Parpadeo sorprendida al escuchar sus palabras.

—¿En serio? Entonces, ¿ya está en marcha? No tenía idea.

—Oh, sí. Queda muy poco para empezar —explica la mujer, asintiendo con entusiasmo—. El hotel no ganará nada con las ventas, mostraremos las obras a nuestros huéspedes con una buena presentación y descripciones detalladas de las técnicas tradicionales. La jefa dice que es importante preservar la herencia de la zona.

Observo asombrada la variedad de piezas que ya han acumulado cuando un estilo familiar capta mi atención.

—Esto es... —me detengo, mis dedos flotando justo sobre la superficie de la escultura de vidrio.

—¡Cuidado! —indica la mujer—. Esa pieza es de la colección privada de la señorita Merriweather. Es una escultura de Rose Winter —añade—. Formará parte de una exhibición itinerante que se cederá a varios museos.

—Rose era mi abuela —suspiro.

—Oh, joder. ¿Tú eres Julie Winter? La Sra. Merriweather habla muy bien de tu trabajo. Dice que con apoyo podrías incluso superar a tu abuela.

Siento que se me pone roja hasta la punta de las orejas al escuchar sus palabras. Observo de nuevo el jarrón, notando por primera vez la detallada placa a su lado, describiendo las técnicas tradicionales que usaba la abuela Rose.

—No tenía ni idea —murmuro, más para mí misma que para ella—. Pensé... asumí que este lugar sería tan corporativo, tan sin alma.

—La señorita Merriweather está llena de sorpresas —expone la mujer que está a cargo de las piezas de artesanía, una ligera sonrisa de orgullo en sus labios—. Tiene una verdadera pasión por preservar la cultura local.

Cuando regreso al ruidoso vestíbulo principal, observo a Lumi luchar con una pila de mantas y almohadas y me apresuro a ayudarla.

—Gracias, Julie. Estoy organizando un círculo de cuentos para los más pequeños. Algunos están asustados por la tormenta, aunque la mayoría están solamente muy aburridos —explica con naturalidad, como si hiciese este tipo de cosas cada día.

—¡Guau! Eso es buena idea.

—¿Podrías prestarme alguno de esos animales de cristal que hiciste? Quizá podríamos usarlos para hacer sombras en la pared —propone.

Cuando regreso con algunas figuras de cristal, Lumi ya ha organizado a los niños en un semicírculo, algunos envueltos en mantas y otros, los más pequeños, acurrucados contra almohadas.

—Érase una vez —comienza, su voz adoptando un tono de narradora—, en un bosque mágico...

Sostengo un ciervo de cristal, inclinándolo para que las luces del vestíbulo proyecten su sombra en la pared y parte de los niños suspira al ver la figura aparecer a través de la pantalla improvisada.

Mientras Lumi improvisa su cuento, yo estoy tan cautivada como los pequeños. Su imaginación da vida al bosque, poblado por animales valientes y hadas traviesas. Voy mostrando mi colección de cristal, creando sombras de osos, conejos e incluso una majestuosa águila.

—Y entonces —interrumpe una voz más profunda—, apareció la sabia lechuza vieja.

Levanto la vista y Lumi se lleva las manos a la boca para esconder la risa cuando vemos a Harper, arrodillada junto a nosotras. Levanta las manos, sus dedos doblados para crear una forma bastante decente que se asemeja una lechuza. La sombra en la pared se balancea y ulula mientras algunos niños tienen ataques de risa.

—La lechuza les dijo a los animales que la tormenta pasaría pronto, y que no debían tener miedo —añade Harper poniendo una voz tan profunda que parece cómica—. Porque ni siquiera las tormentas más feroces pueden durar para siempre.

Y mientras se une a su hija en la narración, su voz cambiando sin esfuerzo entre los distintos personajes, la observo a ella más que a las sombras en la pared. La ternura en sus ojos mientras interactúa con los niños, la forma natural en que construye la historia junto a Lumi, es un lado de ella que no me he permitido ver en mucho tiempo.

La tormenta continúa rugiendo afuera, pero aquí, en este rincón acogedor, rodeada de niños riendo y sombras sobre la pared, me doy cuenta de que Harper no solo me atrae; me estoy enamorando de ella otra vez.

CAPÍTULO 20

Harper

La luz del amanecer se filtra por las ventanas del resort, iluminando el caos que se desarrolla casi a cámara lenta en el exterior. Observo el mapa topográfico. Los marcadores rojos salpican la cara norte de la montaña, cada uno de ellos representa una avalancha confirmada.

—Este jodido mapa cada vez tiene más puntos rojos —mascullo entre dientes.

—Señorita Merriweather, tenemos otro grupo de excursionistas atrapados cerca del Paso del Águila —informa Saria, su respiración entrecortada mientras suelta la noticia.

Asiento, intentando mantener una expresión neutral. No es fácil llegar a esa zona y, si la avalancha ha sido grande, significará un problema.

—Envía al Equipo Alpha Snowcat a su ubicación. Asegúrate de que lleven suministros extra y mantas de emergencia —ordeno, frotando una piedra de la suerte que llevo en el bolsillo desde que era adolescente.

—¿Recuerdas cuando frotabas tanto esa cosa que hacías agujeros en tus vaqueros? —comenta Julie con un toque de diversión en su voz que consigue sacarme una sonrisa—. En realidad, siempre me pareció algo tierno —susurra, acercándose a mí para besar mi cuello.

Por un momento, ese beso me transporta a tiempos más simples. Veranos explorando Silver Peaks, Julie y yo riendo mientras caminábamos por los bosques. Otras veces, simplemente nos tumbábamos en la hierba junto al lago a ver pasar las nubes. Pero el crepitar de la radio me devuelve a la realidad.

—Harper, te necesitamos en el vestíbulo —solicita River.

Nada más llegar, un fuerte crujido me interrumpe y el sonido retumba por todo el hotel. Por un momento, todo se queda en silencio. Luego, estalla el caos.

—Todo el mundo, por favor, debemos mantener la calma —chillo, y mi voz logra elevarse por encima de los gritos de pánico—. Eso es solo el sonido de la nieve asentándose. Aquí estamos seguros.

—¿Señorita Merriweather? —la voz de Saria a mi lado me saca de los pensamientos—. Todos los excursionistas que se encontraban cerca del Paso del Águila han sido rescatados. No hay bajas ni heridos.

Dejo escapar un suspiro entrecortado.

—Buen trabajo, Saria. Tu equipo y tú estáis haciendo una labor increíble en esta crisis.

—Gracias, pero... hay algo más que debería saber.

—¿Qué ocurre?

—Es sobre el 'Glass Star Café' —admite Saria con un toque de preocupación—. Está en la trayectoria de una posible avalancha y la señorita Winter se ha ido en uno de los Jeeps del hotel para intentar rescatar algunas de las obras de arte.

Mi corazón se detiene al escuchar esas palabras. Ese café contiene algunas de las obras más valiosas de la abuela de Julie, pero es demasiado peligroso.

—Me llevo una de las motos de nieve —anuncio, saliendo del hotel a la carrera sin ni siquiera darle las gracias.

El rugido del motor apenas se escucha sobre el aullido del viento. A pesar de las gafas protectoras, los copos de nieve golpean mi rostro como si fuesen pequeñas agujas mientras mis manos se aferran al manillar. Trato de mantener el rumbo en medio de una cortina blanca que apenas me permite ver un par de metros por delante.

—Vamos, vamos, vamos —mascullo entre dientes, inclinándome hacia delante para ganar velocidad.

El tiempo juega en mi contra. Cada minuto cuenta. Cada segundo que pierdo significa menos posibilidades de llegar antes de que la montaña decida descargar su furia sobre el pueblo. Y el café está justo en la trayectoria. Los árboles pasan como sombras oscuras a mi lado.

Un ruido sordo retumba en la distancia, como si fuese un trueno lejano. Contengo la respiración. No puede empezar ya.

—Por favor, aguanta —susurro, aunque no sé si se lo digo a la montaña, a Julie o a mí misma—. Solo un poco más.

La moto de nieve salta sobre un montículo y, por un instante, vuelo suspendida en el aire helado. El aterrizaje me sacude hasta los huesos, pero logro mantener el control. Las primeras casas se vislumbran en la distancia. Tan cerca y a la vez tan lejos.

Y entonces lo escucho. Esta vez no hay duda. El rugido de la montaña despertando.

Al acercarme, veo a Julie a través de las ventanas escarchadas, envolviendo cuidadosamente algunas piezas.

—¡Hay que salir de aquí, ya! —grito nada más entrar.

—No puedo perder estas piezas, Harper —suplica apretando una de ellas contra su pecho

como si fuese un bebé.

Quiero discutir, decirle que ninguna pieza de arte vale perder su vida, pero de algún modo, lo entiendo.

—Lleva solo lo que puedas cargar en una mochila. Nos vamos en la moto de nieve. Pero, espabila, por favor.

—¿Y el Jeep del hotel?

—Vendremos mañana a por él. ¡Julie, estamos en el camino de una avalancha, joder!

Tomamos una carretera secundaria para regresar, aunque llamarlo carretera en estas condiciones sería exagerar demasiado. Lo único que la delimita son los árboles a los lados y, si no la conociese a la perfección, acabaríamos perdidas.

De pronto, un ruido aterrador. Me detengo en seco sobre la colina, el motor de la moto de nieve ronroneando bajo nosotras. Julie se aferra con más fuerza a mi cintura mientras observamos, impotentes, cómo la montaña descarga su furia. El rugido es ensordecedor, como si un millar de trenes atravesaran el valle al mismo tiempo.

La masa de nieve se precipita ladera abajo, inexorable, imparable. Un monstruo blanco que lo devora todo a su paso. Árboles, postes eléctricos, todo desaparece.

Y entonces alcanza una parte del pueblo.

—No, no, no... por favor —la voz de Julie se quiebra detrás de mí.

El café es el primero en desaparecer. Sus paredes de madera se desintegran como si estuviesen hechas de papel. Las esculturas de vidrio, todos esos sueños plasmados en cristal... sepultadas en cuestión de segundos bajo toneladas de nieve y hielo. La avalancha ruge mientras engulle la mitad del pueblo, arrastrando consigo décadas de recuerdos, vidas enteras.

El silencio que sigue es casi tan terrible como el rugido de la avalancha. Es un silencio espeso, pesado, roto solo por el viento y los sollozos ahogados de Julie. Donde antes había casas, ahora solo queda un manto blanco y deforme. Donde antes había vida, ahora solo hay desolación.

—Lo siento mucho, de verdad. Volvamos al hotel, ¿vale? —susurro, apretando su mano antes de arrancar de nuevo la moto de nieve.

Julie no responde, pero su silencio dice más que mil palabras. Sé que está viendo toda su vida sepultada. Años de trabajo de su abuela, de ilusiones, de pequeños momentos... todo reducido a escombros bajo la nieve.

CAPÍTULO 21

Harper

—¿Qué estás mirando? —Pregunta Julie acercándose a mi escritorio ya en la seguridad del hotel.

Dudo por un instante, pero ya es hora de ser completamente honesta.

—Es el mapa original de la propiedad para el desarrollo del resort. Estaba verificando algo que me dijo Ivy hace un rato.

Julie se inclina para examinar el mapa. Traza con la punta del dedo índice el contorno de las instalaciones, y de pronto, se detiene.

—Espera, ¿ese es el primer estudio de mi abuela? ¿Sigue en pie?

—Sorprendentemente, la avalancha lo ha respetado. Cuando empezamos a planificar la expansión del resort, me aseguré de modificar los planos para preservar el viejo estudio. Sabía lo mucho que significaba para ti y para la historia del pueblo. No podía soportar la idea de verlo demolido, así que ahí sigue. En pie y en buen estado.

—Guau.

—Estaba pensando que… bueno, puede que sea una tontería, pero sería un buen modo de recordar el 'Glass Star Café'. Levantarlo sobre el antiguo estudio de tu abuela y así preservar ambas cosas. Quería consultártelo antes.

La mano de Julie tiembla ligeramente mientras desliza su dedo sobre el punto que marca el estudio.

—Esto significa para mí mucho más de lo que imaginas —susurra y una lágrima solitaria rueda por su mejilla.

—Todo irá bien, Julie. La tormenta llega a su fin, no se esperan más complicaciones. Es cierto que hay muchos daños materiales, algunas personas han perdido sus casas, pero no ha habido heridos graves ni víctimas, eso es lo más importante. Me aseguraré de ayudar a la gente, te lo prometo. Adelantaré el dinero de las compañías de seguro y el pueblo volverá a ser el mismo de siempre, ya lo verás.

—No es necesario que hagas eso, Silver Peaks no es tu responsabilidad —me recuerda, girándose hacia mí y colocando su frente sobre la mía.

—No es necesario que lo haga, pero quiero hacerlo, Julie. El pueblo me importa. Mucho. Tú me importas. Cambiaría todo el dinero de mi familia para estar a tu lado.

—Empiezo a creer que es verdad —susurra, besando mis labios.

Poco a poco, el beso se va haciendo más profundo. La tensión acumulada estos días desaparece para dar lugar a un deseo primario que apenas podemos contener. Nos quitamos la ropa con prisa, deteniéndome unos instantes para admirar su cuerpo y cuando la siento pegada a mí, piel contra piel, es como entrar en el paraíso.

Rodeo su cintura con los brazos mientras Julie enreda sus dedos en mi melena, jadeando de placer mientras se frota contra mi muslo.

—Siéntate en la mesa y abre las piernas —sisea, mordiendo su labio inferior.

Obedezco, supongo que con una sonrisa tonta en los labios y Julie se coloca frente a mí, sentada en una silla, su boca a centímetros de mi sexo mientras me acaricia el pubis y la parte interior de los muslos con una delicadeza exquisita.

—No quiero prisas —murmura, soplando lentamente sobre mi intimidad y volviéndome loca de deseo.

A continuación, desliza su lengua con lentitud, como si quisiese memorizar el sabor o el aroma de esa zona. Separa mis labios con los pulgares y besa con delicadeza la entrada de mi vagina, lamiéndome a continuación hasta hacerme temblar. Arqueo la espalda contra sus labios, buscando un mayor contacto, tratando de que su lengua llegue a mi clítoris, pero se separa y sonríe.

—Te he dicho que no quiero prisas —me recuerda—. Vas a saber lo que te has estado perdiendo todos estos años por tonta.

Muerdo el labio inferior y cierro los ojos al sentir de nuevo el calor de su lengua sobre mi sexo. La dulce tortura se extiende hasta que casi no puedo más, alternando lengua y dedos, haciéndome estremecer. Y, cuando por fin llega a mi clítoris, estoy tan excitada, tan sensible que apenas duro unos instantes. Lo lame con la punta de la lengua como si fuese una gata bebiendo agua y, entre gemidos, arqueo la espalda y tiro de su melena mientras tengo uno de los orgasmos más intensos que recuerdo.

—¿Ya?

—Tenía muchas ganas —me defiendo, encogiéndome de hombros.

—Pues espero que seas multiorgásmica, porque vamos a seguir —añade con un guiño de ojo repleto de picardía.

Tira de mis manos para llevarme al sofá, sentándose a horcajadas sobre mis muslos y

dirigiendo mis dedos directamente a su sexo. Cabalga sobre ellos con los ojos cerrados, besándome con pasión, frotando sus duros pezones contra los míos, apagando sobre mis labios una sinfonía de suaves gemidos que me vuelven loca de deseo.

Nuestros cuerpos se mecen juntos en un ritmo lento y constante, Julie se aferra a mí con fuerza, clavando las uñas en mis hombros mientras jadea y se retuerce contra mis dedos.

—No pares, por favor —susurra a mi oído justo antes de morder el lóbulo de mi oreja y hacerme temblar. Y escuchar mi nombre mientras tiene un larguísimo orgasmo nunca se sintió tan bien.

Nos tumbamos en el sofá en silencio, llenándonos de caricias y mimos, acariciando su melena mientras ella descansa su cabeza en mi hombro.

—Fue increíble —susurra, sonriéndome.

—Lo fue —confirmo con un suspiro mientras me aferro a la esperanza de que esto sea tan solo el comienzo.

CAPÍTULO 22

Julie

Me despierto sobresaltada, inicialmente desorientada, hasta que me doy cuenta de que estoy en el despacho de Harper mientras el sonido de la tormenta arrecia de nuevo en el exterior. Algunas horas de calma nos hicieron albergar esperanzas de que lo peor había pasado, pero casi parece que esto no tiene fin.

El sofá de cuero cruje cuando me incorporo, mis ojos ajustándose lentamente a la tenue luz que se filtra a través de las persianas.

Echo un vistazo al teléfono móvil: son poco más de las tres de la madrugada. Debí quedarme dormida mientras Harper trabajaba.

Me levanto y estiro la espalda. Mejor irme al dormitorio y descansar en una cama de verdad. De camino hacia la puerta, deslizo la punta de los dedos por la madera pulida de su mesa. Está impecable, como de costumbre, con todo en su lugar. En eso no ha cambiado, sigue siendo una fanática del orden.

Sin embargo, un cajón entreabierto llama mi atención. Lo observo extrañada. Sé que no debería, pero algo me lleva a abrirlo con cautela. En su interior hay pilas de periódicos viejos, recortes amarillentos por el tiempo. El primer titular me hace suspirar: "sopladora de vidrio local gana un premio nacional". Es sobre mi abuela, de hace más de treinta años. Paso más recortes, todos son de mi pequeño negocio de soplado de vidrio con métodos artesanales. Algunos de antes incluso de que yo naciera.

Hay historias sobre los logros de mi abuela, reportajes sobre los diseños únicos de la tienda, incluso algunas menciones sobre mí cuando empecé como aprendiz o de los últimos años. Es una crónica de la historia de mi familia, meticulosamente recopilada y preservada.

Estoy tan absorta leyendo que ni siquiera escucho la puerta abrirse y una suave voz me sobresalta.

—Tu abuela era una mujer increíble.

Me giro y Harper está parada en la puerta, algunos copos de nieve cubren su pelo y su abrigo. Parece agotada.

—Harper, yo... lo siento. No debería haber estado husmeando en tus cosas.

—Está bien, no pasa nada. Creo que lo dejé abierto antes de salir fuera. De todos modos, tenía pensado enseñártelo —anuncia, acercándose a mí para acariciar mi brazo izquierdo.

—Has estado coleccionando estos artículos durante años —susurro sorprendida.

Harper asiente lentamente con la cabeza y hay un toque de timidez en su expresión.

—Siempre admiré el negocio de tu familia. El arte, la tradición. Es parte de lo que me hizo enamorarme de Silver Peaks en primer lugar.

Hace una pausa, su mirada se vuelve distante.

—La última vez que hablé con tu abuela, justo antes de que falleciese, me hizo prometer algo.

—¿Mi abuela?

—Me dijo: "Harper, cuida de mi niña. Julie tiene fuego dentro, a veces es demasiado impulsiva. Necesita a alguien que le recuerde que, en ocasiones, es mejor hacer las cosas poco a poco".

Siento cómo las lágrimas asoman por mis ojos. Es lo típico que diría la abuela Rose.

—Nunca me lo contó —admito, bajando la voz hasta hacerla casi un susurro.

—Creo que quería que encontrases tu propio camino —confiesa, pegándose a mí para coger el periódico y dejarlo sobre la mesa—. Pero sabía que podrías necesitar un pequeño empujón de vez en cuando.

—Harper, yo... —Las palabras se atascan en mi garganta.

Me hace girar y limpia con el dedo pulgar una lágrima que rueda por mi mejilla.

—Siempre he creído en ti. En tu talento, en tu pasión. Nunca quise cambiar eso. Todos estos planes, esos que tú piensas que son para destrozar el verdadero espíritu del pueblo… Yo solo quería ayudarte a crecer, pero soy un desastre admitiendo mis sentimientos.

La ternura en su voz, el calor que desprende su mirada... es demasiado. Me inclino hacia delante, sujeto las solapas de su abrigo y la atraigo hacia mí para besarla. Por un instante, se queda quieta, sorprendida. A continuación, me abraza mientras nuestro beso se hace más pasional.

—Al verte dormida en el sofá, quería dejar de trabajar, despertarte cubriéndote de besos y hacerte el amor ahí mismo —confiesa apoyando su frente sobre la mía.

—No tengo ningún problema en que me despiertes así siempre que quieras —siseo contra sus labios.

CAPÍTULO 23

Harper

No es así como había planeado pasar la mañana cuando hay tanto por hacer. Parece que lo peor de la tormenta ha pasado ya, pero ahora mismo, tenemos labores de limpieza pendientes, incluso si la nieve no regresa.

Las reuniones urgentes del consejo de administración rara vez traen algo bueno. Lo mejor que puedo hacer es minimizar el tiempo que estamos reunidos, así que me pongo mi máscara profesional y saludo mientras sus conexiones de Zoom aparecen en el monitor frente a mí.

Una vez que todos han iniciado la sesión, me acomodo en la silla de cuero. Los miembros del consejo me observan fijamente y en sus expresiones puedo leer diversos grados de preocupación. En algunos casos, un oportunismo apenas disimulado. Una minoría, la "vieja guardia" como les llama River, estaría encantada de que yo desapareciese y fuese reemplazada por alguien más parecido a mi padre.

—Señoras y señores —saludo, manteniendo la voz firme—, entiendo su preocupación por los daños en Silver Peaks, pero les aseguro que tenemos la situación bajo control.

Carlos Winthrop, uno de nuestros inversores más críticos, se inclina hacia delante, sus espesas cejas alzándose ligeramente.

—Con todo respeto, Harper, esta tormenta ha expuesto las vulnerabilidades de mantener en pie todos esos edificios antiguos que debieron ser derrumbados hace tiempo. Es hora de modernizarnos —propone, ganándose la aprobación de los miembros más afines a sus ideas.

Abro la boca para responder, pero él continúa hablando, su voz elevándose con entusiasmo al ver que otros le secundan.

—Piénsalo bien, Harper. Podríamos reemplazar esas estructuras destartaladas por instalaciones de última generación. Serían más eficientes y atractivas para la clientela de alto nivel que queremos atraer. Esta es nuestra oportunidad de convertir Silver Peaks en un resort de clase mundial, como el resto de los que gestiona la empresa, no mantenerlo como el patito feo de nuestros hoteles. Es lo que hubiese hecho tu padre. Bueno, él no hubiese comprado nunca un resort así, para empezar —agrega con desdén mientras dos o tres ríen su gracia.

Escucho varios murmullos de aprobación y recuerdo las palabras de River cuando

compramos el hotel de Silver Peaks. “Los inversores te van a matar, es imposible que pueda estar a la altura del resto de propiedades. Si de verdad lo estás haciendo como tu cruzada personal o tu oportunidad para ganar el corazón de Julie, más vale que busques financiación y lo compres por tu cuenta, sin la empresa”.

—Por favor —interrumpo, alzando un poco la voz e intentando recuperar el control de la reunión—. No nos precipitemos. El carácter de Silver Peaks es lo que atrae a la gente a este lugar. No podemos simplemente...

—El carácter no paga las facturas, Harper —interrumpe otra miembro del consejo, su voz cortante—. Nos estamos enfrentando a costos de reparación masivos. Sería más rentable tirarlo todo y reconstruir desde cero.

—O venderlo por lo que nos den —añade un tercero, provocando las risas de los más críticos.

Aprieto los dientes, lucho por no decir algo de lo que podría arrepentirme mientras observo por el rabillo del ojo que River, sentada a mi lado, me hace un gesto para que actúe con cautela.

—No estáis considerando el impacto a largo plazo. La singularidad de Silver Peaks es precisamente lo que nos distingue de otros resorts. Tiene un carácter especial, es único, un resort a la vieja usanza. Auténtico. Si perdemos eso...

De repente, una nueva voz corta el debate.

—Me gustaría intervenir.

Me sorprendo al ver a mi hermana Ivy pedir la palabra cuando rara vez lo hace. Se aclara la garganta y su mirada salta nerviosa entre la videocámara y la pantalla de su teléfono móvil.

—Creo que estamos pasando por alto algunos detalles —anuncia y, a continuación, muestra una serie de gráficos. —Estas estadísticas muestran que las tendencias están cambiando rápidamente. Los pueblos de montaña tradicionales superan de manera consistente a los resorts modernos y sobre desarrollados, tanto en términos de rentabilidad a largo plazo como en satisfacción del cliente.

Uno de los principales inversores intenta tomar la palabra, pero Ivy le corta con educación, levantando la mano para continuar.

—La tendencia, según los últimos estudios, va hacia un modelo de negocio más sostenible. Evidentemente, no podemos girar toda la empresa en esa dirección de golpe, pero ya tenemos este hotel y sus pistas de esquí en un entorno tradicional. Podría ser la punta de lanza que nos permita observar si realmente ese tipo de resort es rentable a largo plazo sin hacer grandes cambios en la estructura de la compañía.

El consejo de administración parece enmudecer mientras estudian con detenimiento los datos que Ivy presenta.

—La mayor parte de los estudios concuerda en que los clientes buscan cada vez más experiencias auténticas. Quieren sentirse conectados con la historia y la cultura del lugar que visitan. Los tiempos en los que todos los hoteles eran iguales o muy parecidos, están llegando a su fin. Al preservar el carácter de Silver Peaks, no solo estamos manteniendo edificios. Estamos invirtiendo en nuestra proposición de venta única.

Observo con asombro a mi hermana pequeña manejar con habilidad las preguntas del consejo, proporcionando respuestas bien documentadas que apoyan preservar el encanto histórico de Silver Peaks y su inesperada contribución me deja perpleja.

Cuando la videoconferencia llega a su fin, el ambiente ha cambiado por completo. El consejo acepta revisar los planes de modernización, teniendo en cuenta los datos de Ivy.

—Guau, eso fue impresionante —admito, alzando las cejas—. Cuando os pedí vuestro apoyo estaba pensando en la votación final, pero esto fue… ni siquiera tengo palabras.

—Es que sigues pensando que soy la hermana tonta, pero no lo soy —bromea, ruborizándose ligeramente—. Vale, si quieres que te diga la verdad, parte de los datos me los proporcionó la propia Julie.

—¿Julie?

—Sí, tu Julie, porque según River ya estáis juntas, ¿no? Te llevó años, pero por fin lo conseguiste. Bueno, el caso es que, inicialmente, ella planeaba usar todo esto para convencer al ayuntamiento de que no aprobase tus planes de expansión, pero entonces... —Se detiene, mirándome con una sonrisa—. Entonces, parece que en algún momento llegaste a su corazoncito y decidió usar esa información para ayudarte, no para atacarte. Ha visto cuánto te importa este pueblo, y quiso echarte una mano. Lo estuvimos repasando y actualizando ayer por la tarde.

—Joder —suspiro.

Justo en ese instante, Julie entra en la sala y se acerca a mí, apretando mis hombros con suavidad

—Estos últimos días, he visto a una mujer que realmente se preocupa por Silver Peaks y su gente. Alguien que está dispuesta a arriesgarse para proteger lo que importa. Mientras sigas siendo esa mujer, tienes todo mi apoyo —me asegura.

—Ya, bueno, corta River alzando las cejas—. Pero si vamos a pensar a largo plazo, ya sabes, preservar el carácter de Silver Peaks e integrarlo con el hotel, esta vez sería mejor que no lo hicieses todo por tu cuenta sin hablar con nadie, porque no te ha llevado por buen camino —

me recuerda—. ¿Qué tal si formamos una especie de comité y tenemos presentes las opiniones de la gente del pueblo?

—¿Vosotras habéis estado conspirando a mis espaldas? —pregunto confusa.

—Puede que sí —confiesa Julie, inclinándose para besar mi frente.

CAPÍTULO 24

Julie

Al la mañana siguiente, la tormenta ha desaparecido y la gente que se había refugiado en el resort comienza a abandonarlo para regresar al pueblo. Los coches circulan colina abajo en fila de a uno, tratando de pisar las mismas huellas que los vehículos que les preceden para así obtener un mejor agarre.

Al llegar, Silver Peaks parece una postal navideña con sus tejados nevados y sus calles cubiertas de un manto blanco. La parte norte del pueblo, sin embargo, prácticamente ha desaparecido y en la parte este, más castigada por el viento, alguna estructura se ha venido abajo.

Mientras circulamos por la calle principal, las familiares fachadas se ven diferentes, muchas personas han tapado ventanas y puertas con tablones de madera. Algunos ciudadanos no han querido refugiarse en el hotel y han capeado la tormenta en el pueblo lo mejor que han podido, sin electricidad ni posibilidad de salir de sus casas. El alcalde le ha dicho a Harper que tardarán varios días en evaluar los daños, pero serán cuantiosos.

—La señora Cho ha abierto ya su tienda, increíble —masculla Harper, llevándose una mano a la frente mientras pasamos frente a ella. Tiene una ventana destrozada, pero el cartel de “Abierto” se mantiene desafiante sobre la puerta mientras nos hace señas para que nos detengamos.

—Julia, Harper, entrad a tomar un té, parece que lo necesitáis —grita desde la entrada.

Al adentrarnos, hace mucho más frío que de costumbre, sin duda filtrándose por la ventana rota, a pesar de que ha tratado de taparla, pero el familiar aroma de jazmín y jengibre dispensa una señal de normalidad en medio del caos.

—¿Qué tal fue todo en el resort? —pregunta, colocando dos tazas humeantes frente a nosotras.

—No fue fácil, hubo que dar cobijo a un montón de gente, pero Harper y su equipo hicieron un trabajo increíble manteniendo a todo el mundo a salvo, bien alimentados y calientes.

—Siempre dije que esta chica valía mucho —indica la señora Cho, cogiendo la mano de Harper entre las suyas y consiguiendo que ambas nos ruboricemos.

Fuera, un grupo de voluntarios, liderados por River, comienza a limpiar los escombros de

los pocos edificios que han sufrido daños en esta zona y un camión extiende sal en la carretera para que se derrita la nieve.

—El pueblo lo superará antes de que nos queramos dar cuenta —susurra Harper a mi lado, acariciando la parte baja de mi espalda con tanta suavidad que tengo que hacer un esfuerzo para no suspirar—. Igual que lo hizo con la gran nevada de 1948 —agrega.

—Es increíble que te hayas convertido en toda una experta en la historia de este pueblo sin haber nacido aquí —reconozco, inclinándome para besar su cuello.

—Anda, id con ellos, quizá necesiten ayuda —indica la señora Cho, señalando hacia los voluntarios.

—Más tarde enviaré a alguien para que arregle esa ventana —grita Harper una vez que salimos a la calle.

A mediodía, el sol rompe entre las nubes, proyectando un cálido resplandor sobre nuestro maltrecho pueblo. Uno a uno, voluntarios y residentes, gente de todas las edades y condiciones, se unen en la plaza para una comida improvisada que River y su sous chef, Gentry, han organizado. Puede que no sea gran cosa, pero en esos instantes, me parece lo más maravilloso del mundo.

—¿Cómo lo ve, señor Danforth? —inquiero, acercándome con pequeños pasos a nuestro historiador local.

—No está tan mal como me temía. La mayor de las Merriweather ha hecho un trabajo excelente rescatando a las personas que habían quedado atrapadas y dando cobijo en el resort. Parece que juzgué mal a esa chica —murmura, asintiendo lentamente con la cabeza.

—Creo que todos lo hicimos —confieso con un suspiro.

—En cualquier caso, será un duro golpe perder el festival de Navidad. Supone unos ingresos muy importantes para los artesanos de la zona —me recuerda el señor Danforth con el rostro apesadumbrado.

—Tal vez no tengamos que cancelar el festival —indica Harper, apareciendo a nuestro lado como por arte de magia.

—¿Y eso?

—El hotel está lleno de turistas que no podrán salir a esquiar en un par de días, hasta que nos aseguremos de que no hay peligro de avalanchas. Sería la situación ideal para llevar el festival a las instalaciones del resort y distribuir los puestos por toda la superficie. He convocado una reunión de emergencia en el ayuntamiento. Vale la pena luchar por salvarlo, ¿no crees?

—Definitivamente, vale la pena luchar por salvarlo —suspiro, y creo que no estoy

solamente hablando del festival.

CAPÍTULO 25

Harper

El salón principal del resort parece un lugar diferente, se ha transformado en una especie de aldea de Santa Claus, cubierto de guirnaldas y un gran árbol navideño bien decorado. Todo el pueblo ha contribuido a convertirlo en el lugar ideal para los puestos del mercado navideño. Julie se acerca a mí, sonríe cargada de cajas de adornos. Su pelo está recogido en un moño algo despeinado, con mechones sueltos enmarcando su rostro. Está perfecta incluso en vaqueros gastados y un suéter navideño.

—¿Me ayudas a colocar todo esto? —inquiere, señalando hacia el gran árbol con un gesto de su barbilla—. También estaba pensando otra cosa, a ver qué te parece—añade pensativa—. Podríamos colgar en las paredes algunas fotos de festivales pasados, de esas que guardas en tu futuro museo o exhibición o como lo quieras llamar. Sería un bonito modo de comparar presente y futuro.

—Es… joder, es perfecto, Julie —reconozco—. Creo que el señor Danforth tiene también un buen número de ellas en la sede de la sociedad de historia local. Voy a llamarle ahora mismo a ver si nos las cede.

A nuestro lado, mi hermana Ivy discute con algunos artesanos mientras trata de asignar los puestos a lo largo de los salones y el hall del hotel. Pero cuando suena mi teléfono móvil y observo el nombre que aparece en la pantalla, la felicidad se esfuma en un abrir y cerrar de ojos. Carlos Winthrop.

—Harper al habla, ¿qué puedo hacer por ti, Carlos? —respondo, manteniendo un tono neutral, aunque empiezo a odiar a este tipo por encima de todas las cosas. No sé cómo mi padre podía considerarle uno de sus mejores amigos.

—Necesitamos hablar —responde, su voz extrañamente cortante—. La junta ha mantenido una reunión de emergencia esta misma mañana.

Se me forma un nudo en el estómago al escuchar sus palabras.

—A ver si me aclaro. ¿Habéis convocado una junta sin la familia Merriweather? Sabes que mis hermanas y yo aún tenemos la mayoría de las acciones, ¿verdad? —le recuerdo con un tono de voz seco.

—No nos pongamos dramáticos, Harper. Yo ya estaba en la junta de la empresa cuando tú y tus hermanas llevabais pañales. Ha sido tan solo una reunión informal —se apresura a aclarar—. En cualquier caso, hemos estado revisando las finanzas del proyecto de restauración y… Bueno, los costos son... preocupantes. Demasiado preocupantes.

Me recuesto en una silla alejada del barullo del festival, pellizcándome el puente de la nariz mientras mi mente procesa la información. Quizá debería decir la traición por parte de algunos miembros del consejo de administración.

—Ya sabíamos que no sería barato, Carlos, por eso nosotros...

—Es más que eso —me interrumpe—. Hemos recibido estimaciones tanto para la restauración como para la reconstrucción. Los números no cuadran. Preservar el carácter del hotel, hacer un proyecto sostenible como propone tu hermana Ivy es admirable, ¿pero a qué precio?

—No voy a abandonar nuestro compromiso con el patrimonio de Silver Peaks. El objetivo de este proyecto es honrar el pasado mientras construimos el futuro.

—¿Nuestro compromiso o tu compromiso personal? —interrumpe, helándome la sangre con sus palabras—. El consejo de administración tiene una responsabilidad con los accionistas. No podemos justificar esos gastos. Puede que la familia Merriweather sea mayoritaria en el número de acciones, pero hay mucha más gente que depende de esos ingresos. La empresa cotiza en bolsa, por el amor del cielo —protesta.

—¿Qué sugieres?

—Estamos reconsiderando todo el enfoque. Podría ser más rentable empezar desde cero, derribarlo todo y construir algo diferente, más moderno, adaptado a los tiempos y con mayor capacidad para visitantes.

—¡No! —alzo la voz más de lo que sería conveniente, atrayendo las miradas de varias personas que caminan alrededor—. Absolutamente no, Carlos. No pasaré por ahí. Hicimos promesas a este pueblo y no podemos retractarnos ahora.

—Harper, sé razonable...

—¿Razonable? —replico—. ¿Quieres derribar un siglo de historia porque es más 'rentable' algo más moderno? No lo haré.

La discusión va en aumento, mi tono de voz elevándose por minutos. Me siento traicionada. Por el rabillo del ojo observo que Julie me mira con atención, seguramente pendiente de mis comentarios. Quizá otras personas han captado también parte de la conversación, al fin y al cabo, no estoy en mi despacho sino en un lugar público. Pero no voy a detenerme, esto es demasiado

importante.

—Harper —corta Carlos Winthrop, dejando escapar un larguísimo suspiro, como si estuviese a punto de lanzar contra mí su arma más pesada—. Corren rumores de que estos días has pasado mucho tiempo con una artesana local. ¿Qué pasaría si la prensa económica se hace eco de que pones tu vida amorosa por delante de los beneficios de los accionistas? —Hace una larga pausa, como pretendiendo que cada una de sus palabras cale hondo en mi cabeza—. Tienes mucho dinero, sin duda no te faltarán mujeres que quieran estar a tu lado si eso es lo que deseas. Mira a tu hermana River, siempre rodeada de mujeres hermosas. Lo último que nos faltaba ahora es que pongas en peligro la empresa por unas tetas bonitas.

Le cuelgo el teléfono. Cada una de sus palabras consigue que me hierva la sangre. No pienso permitir que se ponga en duda mis decisiones de ese modo y mucho menos voy a consentir ese tipo de comentarios machistas, por mucho que Carlos Winthrop haya sido educado en otra época.

—Toma —susurra Julia, acercándose a mí para ofrecerme una taza de café—. Parece que lo necesitas.

—Sí, lo necesito —admito, dejando escapar un largo soplido.

—Entonces... ¿ganaste o perdiste?

—Quizá un poco de ambas cosas, no lo sé. Quieren desechar los planes de restauración por completo, pero...

—¿Pero?

—Mis hermanas y yo tenemos la mayoría del voto. Creo en la idea de hacer algo diferente para este hotel, algo sostenible, una experiencia única para los visitantes y no el típico resort de esquí de la familia Merriweather. Es solo que…

—¿Es solo qué…? —pregunta, alzando las cejas.

—Es complicado.

—¿Te supone un problema salir conmigo? De cara a la junta de accionistas, quiero decir. ¿Hay un conflicto de intereses o algo de eso?

—Lo perciben como un conflicto de intereses, pero no lo hay. Creo de verdad en el proyecto, y estoy segura de que mis hermanas también.

—¿Y qué vas a hacer?

—Luchar —suspiro—. Es lo que hacen los Merriweather, luchamos.

CAPÍTULO 26

Harper

—Es hermoso, ¿verdad? —murmura Julie, colocándose a mi lado en el balcón mientras observamos las montañas nevadas que rodean Silver Peaks.

—Lo es.

—Me alegra saber que no eres la tiburona corporativa que pensaba que eras —susurra a mi oído antes de besarme tras el lóbulo de mi oreja, consiguiendo que se me ericen todos los pelos de la nuca.

—Bueno, quizá debería ser algo más tiburona, como tú dices. A mi padre no le hubiese traicionado su propio consejo de administración —admito, mordiendo mi labio inferior.

—Tu padre era un gilipollas, y siento decírtelo de una manera tan clara. Tú eres buena persona, ojalá hubiese visto a la verdadera Harper estos últimos años. Nos habríamos ahorrado unos cuantos disgustos, ¿no crees?

—Unos cuantos —reconozco.

—No habrías conocido al modelo finlandés. Joder, todavía no puedo creerme que te casases con el tipo aquel —bromea, poniendo los ojos en blanco.

—Fue una fase tonta de mi vida. Menos mal que no duró mucho —suspiro.

—Piensa que gracias a esa fase tonta tienes a Lumi.

Y justo cuando nuestros labios están a punto de encontrarse una vez más, la puerta del balcón se abre de golpe. Mi hija se queda parada, observándonos con atención. Abre la boca para decir algo, pero, a continuación, menea la cabeza como si se lo hubiese pensado mejor.

—Van a encender el árbol de Navidad —anuncia—. El alcalde te está buscando.

Momentos más tarde, un enorme árbol de Navidad se alza ante nosotras en el hall del hotel. Hileras de bombillas apagadas serpentean entre las agujas del pino, esperando el momento de cobrar vida mientras un grupo canta villancicos.

Mi hermana River empuja la silla de ruedas de Tilly-Anne, la residente más antigua del pueblo a sus ciento tres años, que será la encargada de accionar el interruptor un año más. Estas Navidades parece un poco confusa, quizá preguntándose por qué el árbol no se encuentra en la

plaza mayor como siempre.

La multitud a nuestro alrededor se queda en silencio en cuanto el Alcalde Thompson da un paso adelante, micrófono en mano.

—Damas y caballeros, vecinos de Silver Peaks y visitantes —anuncia—, es hora del encendido anual del árbol de Navidad. Como viene siendo habitual, Tilly-Anne tendrá el honor de ser la encargada de hacerlo como nuestra residente de mayor edad con ciento tres años.

—Son noventa y seis, jovencito —protesta la anciana, causando una gran carcajada entre los presentes. Por algún motivo, lleva anclada en esa edad los últimos años.

El Alcalde le entrega un interruptor antiguo y Lumi me recuerda que hace tres años no funcionó. La mujer toma un profundo respiro y lo acciona con una sonrisa.

El árbol estalla en un resplandor de luz, sus miles de bombillas cobran vida a la vez, creando un ambiente casi mágico que consigue que la multitud suspire.

—¿Os vais a hacer la foto bajo el muérdago? —exclama Lumi momentos más tarde, señalando hacia un arco donde algunas parejas hacen cola.

Me giro hacia Julie que sonríe y se ruboriza ligeramente mientras muerde su labio inferior.

—Es tradición, ¿no? —sisea, encogiéndose de hombros y extendiendo su mano para entrelazar nuestros dedos.

Es un momento extraño, ambas nos colocamos bajo el muérdago con algo de miedo, como si no estuviésemos seguras, y el tiempo parece detenerse. Soy demasiado consciente de la cantidad de ojos que hay fijos en nosotras, del modo en que River se abre paso entre la multitud muerta de risa para inmortalizar el momento con una foto, del rostro de asombro de Lumi.

Me inclino lentamente, dándole tiempo suficiente para alejarse si quiere o en su defecto, girar la cara para que bese su mejilla, pero no se mueve. Suspira contra mis labios y yo me derrito en ese beso. No porque sea perfecto o el mejor que nos hayamos dado, sino porque a ninguna de las dos nos importa lo más mínimo que casi todo el pueblo, incluida mi hija, esté mirando.

Y el mundo a nuestro alrededor se desvanece.

—Puaj —Lumi se ríe, rompiendo el hechizo—. ¿Le has metido la lengua? ¿No te da asco?

—Espera a ser un poco mayor, señorita. Podrías cambiar de opinión —le asegura Julie, colocándose de rodillas junto a ella.

—No creo que eso ocurra —declara convencida, haciéndonos reír a ambas.

Y mientras miramos las luces en el gran árbol, viendo cómo mi hija se abraza a la mujer que

amo, la traición del consejo de administración de la empresa no es ahora más que un eco lejano.

Esta es la felicidad que buscaba.

CAPÍTULO 27

Julie

—¿De verdad Carlos Winthrop dijo eso? —pregunta River, intentando contener la rabia mientras Harper nos cuenta su conversación con el inversor.

—Palabras textuales —admite.

—¡Qué hijo de puta! —protesta River mientras las gemelas la observan con los ojos muy abiertos—. No me puedo creer que esté haciendo esto, con todo el dinero que ha ganado gracias a nuestra empresa a lo largo de los años.

—También es su empresa y la de los otros accionistas —le recuerda Ivy.

—Pero menos. No debimos sacarla a bolsa. Demasiadas complicaciones con tantos informes, juntas de accionistas y toda esa mierda. Estaríamos mucho mejor tomando todas las decisiones nosotras cuatro, sin esos idiotas del consejo de administración, como hacía papá.

—Carlos se equivoca —corta Ivy—. A largo plazo debemos buscar hoteles más sostenibles, más auténticos. Si seguimos haciendo copias de nuestros propios hoteles, todos iguales, todos en estaciones de esquí, con los años acabaremos mal. Debemos diversificar y diferenciarnos si queremos sobrevivir —insiste.

—Meternos en una batalla contra el consejo va a ser un problema. No sería una buena imagen para la empresa y…

Sloane me interrumpe, levantando la mano y mirando nerviosa al resto de hermanas.

—Llevamos un tiempo hablando de esto —admite.

—¿Hablando de qué?

—De la empresa, de su futuro, del consejo de administración, que son unos idiotas.

—¿Sin mí? —inquiero confusa.

—Siempre estabas muy ocupada dirigiendo el día a día, solucionando los distintos problemas. No te ofendas, pero eres una directora ejecutiva excelente. Como planificadora estratégica… no tanto —bromea River.

—¿Me queréis decir de qué coño estáis hablando? —protesto.

—Una nueva empresa. Más moderna, mejor —agrega Sloane y sus ojos brillan con una

agresividad que me desconcierta.

—Vale, me he perdido —confieso.

—Joder, Harper, sería lo ideal. Esta empresa es papá, pero no somos nosotras. Es su manera de ser, el consejo de administración hará lo que sea para no desviarse de la visión inicial y nos acabará llevando al desastre. Ninguna de las cuatro estamos contentas con lo que ocurre. Llevamos años así. Lo peor de todo es que podemos cambiar las cosas y no lo hacemos —explica River.

—Una nueva empresa —agrega Ivy—. Diversificada. Con restaurantes de lujo, hoteles en zonas costeras, más pequeños y sostenibles, adaptados a cada una de las zonas en las que se ubiquen. Nos quedaríamos con este resort y partiríamos de ahí.

—Y con el de los Alpes suizos, por favor —interrumpe Sloane—. Necesito pasar temporadas allí. El pequeño, el resort grande no me importa.

—¿Pero os habéis vuelto locas, joder? —gruño, abriendo las manos y alternando la mirada entre mis hermanas—. Lo primero, ¿de dónde sacamos el dinero para todo eso que proponéis? Lo segundo, ¿creéis que los accionistas y el consejo de administración estarían contentos si montamos una empresa que haga la competencia a la que ya tenemos?

—Vendemos nuestra parte —responde River sin pestañear.

—¿Cómo?

—Joder, Harper, vendemos nuestras acciones. Tenemos sobre la mesa una oferta de un grupo hotelero sueco que no te has molestado ni en mirar. Creo recordar que ofrecía una cifra que nos permitiría empezar algo grande, bonito, sostenible. Algo adaptado a cada lugar, incluidos hoteles más pequeños tipo boutique. Es lo que siempre quisimos y nunca nos atrevimos a proponer al consejo de administración porque sabíamos que dirían que no.

—¿Estáis todas de acuerdo? —pregunto bajando la voz hasta convertirla en poco más que un susurro.

—Solo faltas tú —tercia Sloane.

—Está bien. Adelante —suspiro y la sonrisa en el rostro de Julie al escuchar mis palabras me parece lo más bonito que he visto jamás.

CAPÍTULO 28

Harper – Un año más tarde.

—Es perfecto —susurro, colocándome detrás de Julie y entrelazando nuestros dedos sobre su vientre al tiempo que observamos la decoración.

—Lo es —admite. La idea de River de exhibir el proceso de soplado de vidrio mientras la gente cena en el restaurante fue brillante.

—Siempre pensando en algo innovador.

—¿Y su última locura? Ese restaurante que está montando en la parte más alta de la montaña al que solo se podrá llegar en teleférico… Guau. Quiere que sea el primer restaurante de la historia en obtener una estrella Michelín situado a 3000 metros de altura.

—River es terca como una mula —le recuerdo, besando su cuello y haciéndola sonreír.

Justo en ese instante, Lumi entra corriendo, sus mejillas sonrojadas por el frío, con una caja de cartón entre las manos.

—¡Mamá! ¡Julie! —han llegado los folletos del hotel pequeñito.

Sonrío mientras Julie abre nerviosa la caja. “Silver Glass Resort & Spa – donde la tradición es todo un lujo”. Para Lumi, el hotel pequeñito es un precioso hotel boutique que estamos a punto de abrir en el primer estudio de la abuela Rose. Allí, los huéspedes, además de disfrutar de la tranquilidad de esta zona de Montana, podrán aprender el arte del soplado de vidrio. Esta vez, fue idea de Sloane a medias con Julie. Como me dijeron hace un año, yo soy buena dirigiendo el día a día, pero no planificando. Las ideas brillantes se las dejo a ellas.

—¿Podemos ver a la tía River? Dijo que tenía una sorpresa —propone mi hija mientras me guiña un ojo de un modo tan exagerado que es imposible que Julie no se haya dado cuenta.

La “sorpresa”, es el anillo de compromiso que llevo en el bolsillo. River insistió en que se lo propusiese en el nuevo restaurante, en una cena privada para nosotras antes de abrirlo, observando el atardecer sobre las montañas nevadas de Silver Peaks.

El teleférico se desliza con suavidad sobre el valle nevado, ascendiendo hasta una estructura de cristal y madera que parece estar suspendida en el aire. “The Peak”, el nuevo restaurante de la familia, parece flotar entre las nubes a tres mil metros de altitud. Sin duda, una experiencia única.

Las paredes de cristal ofrecen una vista panorámica de 360 grados sobre las montañas. Durante el día, la luz natural inunda todo el espacio y por la noche, las estrellas crean un techo natural que hará las delicias de los futuros comensales. La parte negativa; espero que esté siempre lleno, porque hemos tenido que ralentizar la velocidad del teleférico para que la gente se vaya aclimatando poco a poco y aumentar la concentración de oxígeno dentro del restaurante para simular una menor altitud. Algo que jamás habría aprobado el antiguo consejo de administración.

River ha logrado fusionar la alta cocina con los ingredientes locales y su menú de degustación ofrece platos como trucha ahumada servida sobre piedras calientes o cordero criado en libertad en la falda de la montaña. Aunque lo que de verdad distinguirá a “The Peak” es su espectacular barra de cócteles con creaciones únicas, utilizando hielo de los glaciares cercanos.

Tiene tan solo doce mesas, todas ellas situadas de manera estratégica para ofrecer unas vistas perfectas. De momento, las reservas están completas para los tres próximos meses.

Y luego está el pequeño comedor privado, separado del resto de las mesas por una cascada de cristal diseñada por Julie. Y ahí es donde River ha preparado nuestra cena sorpresa para esta noche.

En una esquina, casi oculto, hay un antiguo tocadiscos. Por algún motivo, Julie siempre se volvió loca con esos trastos. River ha seleccionado el vinilo que sonará esta noche, la música que se escuchaba en aquellas fiestas de verano en las que empecé a estar locamente enamorada de una chica rubia de Silver Peaks que robó mi corazón para siempre. La que sonaba la noche en la que bailé por primera vez con Julie, sin atreverme a decirle lo que de verdad sentía por ella.

Parece un nuevo comienzo, pero en realidad, cierra el círculo. Es la culminación de nuestra historia en un remoto pueblo de montaña, la historia entre una chica que soñaba con crear arte y otra que quería cambiar el mundo.

—¿Tú sabías algo de esto? —inquiere, señalando hacia las esferas de cristal que cuelgan sobre nuestras cabezas que ella misma diseñó sin saber que eran para esta sala.

Simplemente me encojo de hombros y cuando River hace sonar en el tocadiscos las notas de aquella vieja canción, Julie se tapa la boca con las manos al reconocerla.

—Es… es la canción que sonaba aquella noche junto al lago —susurra—. Nuestro primer baile juntas.

—La noche en la que casi te beso —confieso—. Temblaba de la cabeza a los pies y no me atreví a decirte nada.

—Recuerdo que te sudaban las manos.

—Estaba muy nerviosa y River no paraba de hacerme señas para que me lanzase —reconozco, poniendo los ojos en blanco y sintiendo que se me pone roja hasta la punta de las orejas a pesar de los años que han pasado.

—Todo esto es increíble —suspira.

—Espera, debo hacer algo antes de que el sol se esconda del todo —indico, levantando la mano para buscar en mi bolso la caja con los anillos.

—¿Qué haces?

—He estado enamorada de ti durante tanto tiempo que casi ni siquiera recuerdo cómo era mi vida antes de conocerte. Incluso cuando creía que te había perdido para siempre, seguías siendo la única persona con la que quería estar. Yo…

—Te espiaba todas las mañanas desde la oficina secundaria del hotel —interrumpe River, provocando una carcajada en todas las presentes—. Era un poco perturbador, si te digo la verdad. Solo te miraba mientras abrías la tienda. Yo que tú me lo pensaría, Julie, todavía estás a tiempo de echarte atrás —bromea.

Pongo los ojos en blanco y meneo la cabeza mientras saco los anillos. Son idénticos, realizados en platino con diminutos fragmentos de cristal soplado de su taller.

—¿Estabas diciendo…?

—Sí, antes de que River me interrumpiese, te iba a preguntar si…

—¡Sí, claro que sí! —chilla, saltando a mi cuello y entrelazando las piernas en mi cintura—. La semana pasada le estuve preguntando a Sloane si debía declararme y me dijo que esperara un poco. Se ve que ya habéis estado conspirando —ríe divertida antes de besar mis labios.

Lumi aplaude emocionada junto a Ivy que no deja de llorar. Algo más a la izquierda, River descorcha una botella de champán. La última luz del atardecer atraviesa los cristales, creando un efecto mágico de colores en toda la sala y no puedo evitar que mis ojos se llenen de lágrimas mientras coloco el anillo en su dedo.

—Te quiero, Harper Merriweather —susurra contra mis labios.

Una vez, la abuela de Julie me dijo que el amor verdadero es como el cristal soplado: frágil y fuerte a la vez, moldeado por el tiempo y la paciencia. Creado con mucho cariño. Aquel día no lo comprendí, pero ahora pienso que sus palabras fueron casi una profecía. A veces, las mejores historias de amor son esas que se toman su tiempo en formarse, como las piezas más hermosas de cristal. Y esta, nuestra historia, no ha hecho más que empezar.